

Laura C. de Castro

Montevideo.



VIAJES



No.

BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA

Donde se encuentra la obra de *Laura Castro*
de *Montevideo*

R. U.

Laura Castro



VIAJES

DE

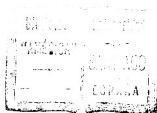
SANTIAGO ESTRADA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DEL PLATA Á LOS ANDES
Y
DEL MAR PACÍFICO AL MAR ATLÁNTICO

PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO
DE
D. PEDRO BOFILL

TOMO I.—3.^a EDICIÓN



BARCELONA—1889

IMPRESA DE HENRICH Y C^{ia} EN COMANDITA
SUCESESORES DE N. RAMIREZ Y C.^a

Pasaje de Escudillers, 4.

ES PROPIEDAD

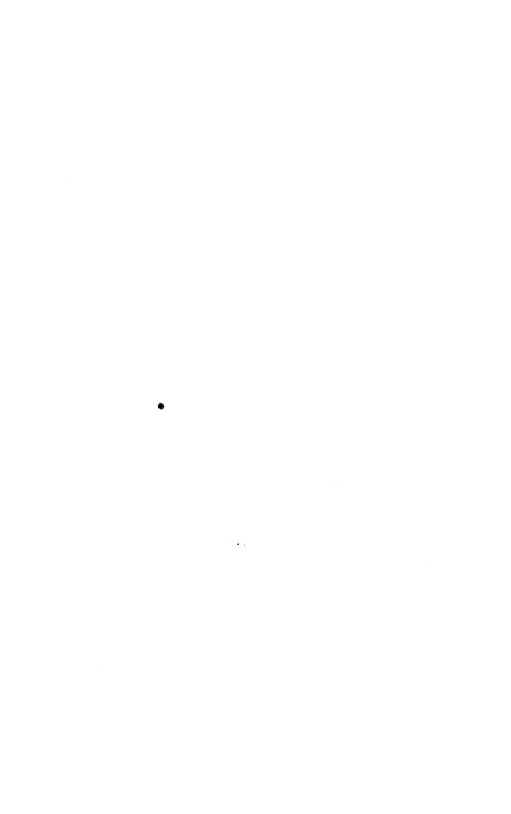
H

Pedro Goyena

Jorge Isaacs

"

Julio Villanueva





PROLOGO

COMO el viajar es un placer muy caro, jamás me ha sido posible darme la satisfacción de correr el mundo en busca de las variadas impresiones que los viajes á diversos países deben de producir en el espíritu humano. ●

¡Qué deleite tan agradable estar hoy en un punto y mañana en otro, observar las costumbres de los pueblos, ver la naturaleza en todos sus aspectos, recorrer valles y montañas, mares y continentes, cambiar de climas y de latitudes, contemplar las sublimes creaciones de Dios y las soberbias obras de los hombres. comparar la cultura y el atraso de las naciones, buscar, en una palabra, como decía Montaigne, «la mejor escuela para modelar la vida con el contraste de tantas otras existencias, fantasías y usos que se ofrecen como una perpetua variedad de formas de nuestra naturaleza!»

A falta de este gusto, para muchos irrealizable, la inmensa mayoría de los hombres tenemos que limitarnos al placer de la lectura. Bien considerado, cada

libro, de cualquier clase que sea, nos hace el efecto de una obra de viajes; y si reflexionamos que el planeta en que vivimos nos lleva constantemente girando por el espacio, y que la misma vida no es más que un viaje desde la cuna hasta el sepulcro, podremos, sin que se nos tache de paradójicos, á imitación del inmortal *Figaro* que decía «*El mundo todo es máscaras: todo el año es Carnaval*», afirmar nosotros que «*todo son viajes*».

La cuestión es clasificarlos: no hay libro alguno que no nos haga viajar. Un tratado de Astronomía es un viaje por el mundo sideral; y aparte el distinto objeto que los guía, no veo gran diferencia entre Stanley que busca las huellas de Livingstone ó las fuentes del Nilo, y Leverrier que recorre los espacios en busca de un nuevo planeta. Un geólogo nos hace viajar ~~en~~ través de las edades de la tierra reconstruyéndonos la fauna y la flora de las diversas etapas por que ha pasado el mundo; y con ser tan hondo este estudio, todavía es más profundo el viaje de los psicólogos al país de los arcanos del alma humana.

¡Qué excursión tan sana y tan fortificante nos hace emprender el libro de un buen moralista! Y... ¿acaso no ha habido un Padre de la Iglesia que nos ha descrito admirablemente *La Ciudad de Dios*?

Los poetas nos llevan por el mundo de la fantasía, y siguiéndolos con efusivo deleite atravesamos comarcas de belleza infinita, paisajes esplendorosos y regiones á veces más pavorosas que el cráter de un volcán ó las yertas y frías soledades del Polo Norte. ¿Habrá algún viajero que haya visto por la superficie del mundo lo que nos hace ver Dante con la fuerza de su genio?

La imaginación del hombre viaja constantemente: no permanece nunca quieta. Lo importante es no dejarla marchar jamás desbocada y sin freno. Conviene escoger hábiles guías; seguir los relatos de autores que nos conduzcan por buenos caminos, ora vaguemos por los espacios celestes, ora recorramos el mundo moral ó surquemos los vastos y flotantes dominios de la fantasía.

El teatro y la novela nos descubren el mundo de las pasiones, de las ridiculeces, de las flaquezas y de los vicios humanos. Como hay en nosotros una tendencia á desentrañar la verdad de la vida, el poeta dramático y el novelista nos ponen ante los ojos las situaciones y los conflictos más interesantes; y si ellos aciertan á cautivar nuestro espíritu, si hallamos ocasión de exclamar: «¡esto es verdadero!», entonces les seguimos donde quieren llevarnos, y al final de la jornada, cuando recuperamos el dominio de nuestra personalidad, en una palabra, cuando hemos terminado nuestro viaje, sentimos que nuestro corazón se ha mejorado, notamos que hemos adquirido ideas y nociones que antes no teníamos; y así hayamos viajado en compañía de un Herodoto ó de un Flammarion, así haya sido nuestro guía un Luciano ó un Swift, tan pronto con San Agustín como con De Maistre, con Sterne ó con Heine, lo mismo con Regnard que con Diderot ó con Quevedo, cualquiera que sea el privilegiado autor que haya abierto horizontes á nuestro espíritu, tendremos que agradecerle tanto, por lo menos, como al ilustre ingeniero que ha roto el istmo de Suez, ó á los exploradores que han realizado grandes conquistas en los puntos más ignotos de la tierra.

El bello ideal del viajero terrestre debe consistir indudablemente en describirnos la parte del mundo que recorre, y á la vez que nos da idea del paisaje, de la ciudad, del hombre, levantar todas las facultades de nuestra alma, comunicándonos alteza de pensamiento, juicios firmes y seguros, ternura, emoción, arranque poético, á fin de que la huella que el libro imprima en nosotros sea deleitosa, fecunda y duradera.

Todas estas condiciones tiene, á mi juicio, el libro **DEL PLATA Á LOS ANDES**, del escritor argentino don Santiago Estrada.

* *

Yo casi no sabía de América otra cosa sino que un genovés llamado Cristóbal Colón la había descubierto.*

También había oído hablar de otros intrépidos navegantes, de conquistadores audaces y esforzados, de una civilización indígena primitiva borrándose lentamente ante la luz de la civilización cristiana, de luchas por la independencia, de instituciones autónomas, y qué sé yo de cuántas cosas más que por su vaguedad no podían constituir en mi espíritu un cuerpo de doctrina.

Pero nada más. Yo no había traspasado esas fronteras, más allá de las cuales fingíase mi imaginación un mundo fabuloso, con sus leyendas heroicas como las de Homero y adonde iban navegando algunos, como los antiguos argonautas en busca del vellocino de oro.

Hablárame de los países europeos, y no hubiera

temor de que yo mostrase desvío ni ignorancia. París me seducía, me encantaba. Ser *boulevardier*... ¡Qué dicha! Londres con sus nieblas y el hollín de sus fábricas me ofrecía el atractivo del *spleen*, que para un meridional como yo debe equivaler á la sensación del *hatchis* ó del opio. Nápoles, Florencia, Roma, me hacían soñar con bellezas artísticas incomparables. Envidiaba al intrépido Tartarin de Tarascón que había dejado ecos provenzales en los picos más altos de las montañas suizas, y hasta me producía cierto agradable cosquilleo la idea de experimentar entre los nihilistas de San Petersburgo los efectos tremendamente explosivos de la dinamita.

Á todos esos puntos podía ir sin dejar el lomo de la tierra: á pie y con cayado, á guisa de peregrino, á caballo, en diligencia, en ferrocarril. ¡Pero pasar el Atlántico! No; Ultramar tenía para mí algo de ultratumba.

Mas, he aquí que otros cruzaron el Océano para confundirme.

Una noche que nunca se borrará de mi memoria, el teatro Español ofrecía un punto de vista admirable. Bellísimas damas, distinguidos y elegantes caballeros ocupaban todas las localidades. Una selecta sociedad de Buenos Aires imprimía carácter de notable brillantez á la sala de nuestro clásico teatro. El eminente actor don Antonio Vico había dispuesto celebrar una función de gala en obsequio del doctor Pellegrini, vicepresidente de la República Argentina, el cual había hecho alto en Madrid de paso para la Exposición Universal que en París iba á celebrarse.

Entre los argentinos hallábase el distinguido escri-

tor é insigne crítico don Santiago Estrada. Era él, no cabía duda; era aquel amante de las glorias españolas, de quien el inolvidable Rafael Calvo hablaba siempre con entusiasta admiración y con fervoroso cariño.

Aquella noche, en el saloncillo del *Español*, mientras el doctor Pellegrini y los más atildados bonaerenses departían efusivamente con don José Echegaray, con don Gaspar Núñez de Arce, con don Manuel del Palacio sobre asuntos artístico-teatrales, yo sentía una impresión parecida á la que debió de experimentar Saulo en el camino de Damasco.

— ¿Conque es cierto — pregunté cándidamente á don Santiago Estrada, — que existe el esplendor de Buenos Aires? ¿Conque ese territorio inmenso de la República Argentina, por el cual suspiran tantos emigrantes europeos, es una realidad fascinante y tentadora? ¿Conque lo del Río de la Plata no es una figura poética?

El señor Estrada, á imitación del filósofo de la antigüedad, quiso probarme el movimiento andando.

Al día siguiente me entregaba los pliegos de varias obras que se estaban imprimiendo en Barcelona, diciéndome:

— Lea V. estos libros. Y si encuentra en ellos algo capaz de hacer mella en su extraviada imaginación, tome la pluma y escriba un prólogo.

¡El pecado de la curiosidad me ha puesto en un trance sumamente dificultoso!

* * *

He leído los VIAJES de don Santiago Estrada, y he gozado extraordinariamente, recorriendo esas páginas

impregnadas de sentido moral, de acentos civilizados, de hermosura poética. Ese encantador viajero, á quien yo sólo conocía por su reputación de hombre muy inteligente en asuntos artísticos y teatrales, me ha llevado cogido por el alma, más bien que por la mano, al través de comarcas tan desconocidas como bellas, me ha hecho cruzar las Pampas, me ha mostrado multitud de poblaciones que ofrecen un pingüe porvenir al que tenga constancia y amor al trabajo para sacar á flote las riquezas que encierran, me ha llevado por las cumbres majestuosas de los Andes, me ha dado á conocer con pinceladas de trazo imborrable la sociedad de Chile, me ha embarcado en el Pacífico, y por entre las sinuosidades del estrecho de Magallanes me ha traído á la memoria, con su estilo hondamente poético, ciertos pasajes del Dante y algunas fantasías del nebuloso Hoffmann.

Es muy fácil decir, así, de corrido, lo que se ha visto en un viaje al través del desierto y de las montañas, desde Buenos Aires hasta Santiago de Chile, y finalmente, desde esa región americana hasta el punto de partida, volviendo por el mar Pacífico. Con unos cuantos adjetivos y otras tantas hipérbolas se puede salir del paso.

Lo difícil es dar cuenta de los diversos puntos que el autor de este libro de viajes abarca; considerarle bajo los múltiples aspectos con que se nos ofrece, registrar todas sus notas severas, patrióticas, tiernas, sentimentales; coger al vuelo, aquí el rasgo de humorismo oportunamente aplicado, allí la lección gravemente dada, acá la ironía que flagela, acullá la hermosa esperanza alentadora de un bien futuro; ora llano hasta la más completa sencillez, ora gran-

dioso hasta rayar en lo sublime; oírle pulsar todas las cuerdas, verle despertar todos los sentimientos, el amor al país en que se ha vivido y el cariñoso recuerdo á la patria de donde se procede, la fe absoluta en el progreso por medio del espíritu cristiano siempre vívido y fecundo, la fuerza instintiva de la bondad, los arrebatadores himnos á la ciencia, el acendrado culto al arte, el íntimo amor á la familia... Eso es para mí lo imposible, compendiar en este prólogo lo que me ha hecho ver, lo que me ha hecho sentir, lo que me ha hecho amar el autor de este libro, sirviéndome de guía por la América del Sur, y aparentando decirme á cada paso con reconvencción silenciosa y cariñosamente amarga.

— ¡Hombre de poca fe! ¿por qué dudaste?

Es verdad; ya no dudo: existe el trozo de una península que llaman América del Sur; pero de igual modo que á mí amedrentábame antes el paso del Atlántico, así también te asustará ahora á ti, curioso lector, tener que atravesar las encrespadas páginas de este prólogo, para penetrar en las bellezas del libro de don Santiago Estrada.

Si un prólogo ha de servir para algo, debe tener el atractivo de un pórtico que empieza por prevenir favorablemente al que trata de visitar un monumento.

La belleza del vestíbulo es una iniciación á las maravillas encerradas dentro del edificio; y mis escasas dotes arquitectónicas sólo pueden ofrecer muros vulgares é insignificantes como los que rodeaban la oriental vivienda en que el Fortunio de Teófilo Gautier ocultaba, al extremo de un barrio pobre de París, los más exquisitos refinamientos de

su existencia sibarítica, ó las tapias embadurnadas de cal y roídas por el tiempo, tras de las cuales ocultan los árabes las primorosas riquezas de su arquitectura.

El vestíbulo de este libro debería ser agradable y suntuoso, á fin de que yo pudiese recibir en él dignamente á los lectores, y decirles á guisa de *cicerone* ó de chambelán introductor:

—;Tengan ustedes la bondad de descansar aquí un rato, mientras yo les abro las puertas del edificio y me dispongo á mostrarles todo lo bello que dentro se contiene!

No puede ser; y á falta de esto, procuraré que los lectores de este libro no se detengan ni hagan antesala, y me juntaré con ellos, siendo un admirador más en vez de hacer el papel de presentador que es el que está asignado, por regla general, á los prologuistas.

* * *

Viajemos, pues, amable lector,—que esto es muy cómodo para nosotros, pudiendo hacer la excursión gratuitamente arrellanados en una butaca, junto á la lumbre si estamos en invierno, ó á la sombra de un árbol si nos hallamos en verano,—exentos materialmente de los peligros que puede acarrear todo viaje al través de accidentadas extensiones de terreno, ora subiendo hasta cumbres altísimas, ora bajando á profundos abismos, aunque no exentos de experimentar todos los goces que los viajes producen, y sentir las más variadas emociones, máxime yendo

en compañía de un tan cumplido *cicerone* como don Santiago Estrada, que á cada paso satisfará con creces nuestra natural curiosidad, proporcionándonos noticias históricas, explicaciones geológicas, datos sobre usos y costumbres, preceptos morales, inspiración poética, todo, en fin, lo que pueda hacernos agradable el viaje.

Según Sterne hay varias maneras de viajar.

Á unos viajeros los mueve la ociosidad, otros viajan porque son curiosos. Hay viajeros que mienten; hay viajeros orgullosos, viajeros vanos, viajeros sombríos, viajeros obligados, viajeros sencillos, y, finalmente, viajeros sentimentales, de los que dió el humorista inglés excelente muestra.

Don Santiago Estrada ha sido un viajero de observación aguda. Se parecería algo á Stendhal en sus *Memorias de un turista*, si no tuviera, además de las apreciaciones finas y originales del escritor francés, un hervor poético que nunca le abandona, y un espíritu cristiano que le impide ver un mal presente sin vaticinar su reemplazo por un bien futuro.

En este libro es el autor un diplomático que sale de Buenos Aires — su país natal — para ir á realizar una misión importante como secretario de la Legación Argentina en la República de Chile.

Colocad á don Santiago Estrada en las condiciones que rodeaban á Javier De Maistre, y escribirá un libro minucioso, delicado, íntimo, como el *Voyage autour de ma chambre*. Ponedle, por el contrario, sobre el verde musgo, entre las flores, bajo los árboles de Alfonso Karr, y el *Voyage autour de mon jardin* saldrá de su viva imaginación con el encanto apetecido.

Pero ahora, carísimo lector, no se trata de esos viajes en que sólo toman parte el corazón, el ingenio y la fantasía.

El señor Estrada me recuerda los procedimientos de nuestro célebre estadista Saavedra Fajardo, autor de las *Empresas políticas*, quien, según él mismo declara. «*en la trabajosa ociosidad de sus continuos viajes por Alemania y por otras provincias, escribía en las posadas lo que había discurrido entre sí por el camino*».

Revestido el señor Estrada del carácter político que le lleva por la inmensidad de las Pampas, y al través de los Andes, hacia Santiago de Chile, va tomando nota de cuanto se presenta delante de sus ojos en esta excursión larguísima, para luego darlo á la estampa y ofrecer á sus conciudadanos lecciones de patriotismo, de humanidad y de virtud, á la par que nos presenta á nosotros, lectores europeos, una descripción detallada y bellamente poética de la República Argentina y del floreciente Estado de Chile.

Trátase de países en que se habla nuestro idioma, se leen nuestros libros y se aplaude el teatro que tanta gloria ha proporcionado á España. Para los cultos hijos de aquellas lejanas tierras, Cervantes es un egregio predecesor, y Calderón de la Barca un ilustre antepasado.

No es de extrañar, por lo tanto, que yo considere á don Santiago Estrada como un escritor de los nuestros, y que te invite, carísimo lector, á recorrer con él las mencionadas tierras, seguro de que has de hallar en el viaje grato solaz. enseñanza fecunda y deleitosa emoción poética.

En las clases de viajeros que antes he designado, nosotros nos inscribiremos en la categoría del viajero curioso.

Como son comarcas nuevas las que vamos á recorrer, aparecerá á cada paso la admiración en nuestros ojos y el interrogatorio en nuestros labios. ;Y no haya cuidado por eso que don Santiago Estrada deje de satisfacer la menor de nuestras dudas!

En Montevideo nos hará volver atrás, desandando el camino, y diciéndonos:

—La previsión asustadiza de esa ciudad nos obliga á seis días de cuarentena para que no le importemos el cólera. Esta tregua nos impedirá embarcarnos en el vapor que parte inmediatamente para el Pacífico. Tendremos que retroceder y hacer el viaje por tierra; pero entretanto visitaremos esta ciudad del Oriente del Plata, que es la más elegante y europea de las poblaciones de la América española.

Y en efecto, don Santiago Estrada, con esa calidad de concentración análoga á la fuerza química que encierra en reducido espacio elementos nutritivos para varios días, nos describe en pocas páginas la ciudad material y la ciudad moral, los edificios y los hombres — sobre todo las mujeres, — la influencia arquitectónica de varias civilizaciones, los alrededores poblados de jardines, los teatros, el Cementerio y la Plaza de Toros, donde, en medio del bullicio animado y pintoresco, propio de la diversión exclusivamente española, y reproducido con pincel lleno de brillantes colores, muestra su desapego por el espectáculo taurino con estas frases:

«*¡Parece imposible que la razón y la justicia estén*

algunas veces del lado de las bestias, y que la sinrazón y la barbarie estén del lado del hombre!»

Y luego añade:

«Las plazas de toros son escuelas de verdugos y espectáculos de naciones en decadencia. La de Montevideo es un contrasentido en un país nuevo, floreciente, y lleno de esperanzas».

No veas, amado lector, en estas nobles palabras un principio sistemático y general de rebeldía contra las costumbres españolas. El señor Estrada siente hacia nuestra patria un acendrado cariño. Estas frases no son más que un impulso de su corazón. En España hay también mucha gente que rechaza las corridas de toros; y entre ellos se encuentra el autor de estas líneas.

De todos modos, es curioso leer la descripción que hace de la fiesta nacional, usando los más vivos colores de su paleta, un espectador que desea para el hombre *«otros teatros y otras luchas en que ejercitar su inteligencia y su fuerza».*

La vuelta á Buenos Aires sólo nos da tiempo para preparar los objetos necesarios á un largo y arriesgado viaje, las cajas de madera forradas con cuero de buey, propias para los arneses de las mulas, las botas de montar, los ponchos, las armas y una porción de baratijas con que hemos de obsequiar á los postillones y los guías.

Así como la podredumbre de la semilla produce la fresca mata y después la dorada espiga, de igual modo los miasmas de la epidemia han producido ese viaje, fértil en enseñanzas y sucesos. Sin los seis días de cuarentena en Montevideo no haríamos ahora esa

excursión al través de la República Argentina por entre las pampas y los altos Andes.

Puesto que don Santiago Estrada se dedica á la crítica teatral, bien podemos decir, usando la fórmula de costumbre al juzgar las obras escénicas: «Sin esto no habría drama». Esto es, sin los temores de cólera en Montevideo, el que hoy es nuestro *cicerone* se hubiera embarcado para el Pacífico, y en la inmensidad del mar, sólo habría hallado la nota profunda, sublime, capaz de enajenar su espíritu en éxtasis contemplativo. Este viaje le habría inspirado tal vez un hermoso capítulo como el que veremos al final, dedicado al Estrecho de Magallanes; pero de ninguna manera habría dado lugar á un libro del interés y de las peripecias del presente, lleno de hermosas situaciones como un drama de Sardou, dividido en cuadros á estilo de las obras de nuestra novísima literatura escénica, con multitud de interlocutores, con vistas de ciudades pintorescas, con decoraciones abruptas y grandiosas, como no ha podido soñar jamás la mente de los escenógrafos Busato y Bonardi, con coros de salvajes, con tempestades en el desierto, y todos los accesorios indispensables para atraer á la multitud y lograr que un cartelillo dijera muchas noches consecutivas al público agolpado junto á la puerta: «¡No hay localidades!»

Considerémonos, pues, actores de este drama, ó si se quiere, de esta obra de espectáculo; y una vez levantado el telón tras el prólogo acaecido en Montevideo, entremos en escena.

La primera decoración que nos sirve de marco es la que representa las verdes y floridas márgenes del Plata, que poco á poco dan lugar al Delta del Paraná, que con sus islas encantadoras trae á la imaginación la América que Colón describe en su diario de viaje. Aquí hay armonías naturales, rumores de hojas, murmullo de agua, zumbidos de insectos, cantos de aves, deliciosamente instrumentados por el artista incomparable, por el Arrieta ó el Chapi de los cielos. Y todo se halla presidido por la poética Luna, personaje importantísimo en este viaje, que unas veces lo veremos surgir como por escotillón del fondo de la tierra en la inmensidad de la pampa argentina y otras lo contemplaremos sobre un agudo pico de los Andes

comme un point sur un i

que dijo Alfredo de Musset, el delicioso poeta que nos enseñó, con su *Spectacle dans un fauteuil*, á ver espectáculos en todas partes.

Pero... como decía Ducray Dumenil, ¿no anticipemos los acontecimientos!

Otro cambio de decoración nos lleva al Rosario. Este es el nombre de la primera población que encontramos en nuestro camino: no se trata de orar recorriendo con los dedos los *dieces* de la sarta mística dedicada á la Virgen. Si queremos levantar el alma á Dios, tenemos otras cuentas más expresivas, las estrellas del cielo, que lucen con elocuencia divina sobre nuestras cabezas, incrustadas en la límpida bóveda azul de la noche. Don Santiago Estrada, protagonista de la obra, ejerce aquí las funciones

de prestidigitador, transformándonos con su varita mágica el Rosario en *la llave de navegación del Paraná, en la puerta del interior de la República Argentina*. Demos vuelta á la llave, atravesemos la puerta, y unámonos con otro personaje de importancia, con el Oficial de la Legación que se dirige á Chile para la misma misión que impulsa á nuestro protagonista.

¡Qué hermosa es Rosario! Tiene nombre de mujer. — como diría Shakespeare. — Es el producto laborioso de varias colonias agrícolas. Todavía no ha llegado al gran movimiento social y literario. Pero ya lo alcanzará cuando los rieles del camino de hierro se bifurquen por todas partes, llevando la vida á las poblaciones diseminadas por el desierto.

Por de pronto, el público aplaude la aparición de ese pueblo esencialmente comercial, consagrado al desarrollo de los intereses económicos.

¿Qué viene después? La llanura... la llanura interminable, recorrida por el ferrocarril central argentino.

Los actores de ese viaje en multitud de cuadros penetran en la provincia de Córdoba, donde el protagonista se descubre para saludar la cuna de su madre y la tumba de su bisabuelo, el general Liniers, esforzado caudillo del partido español, que fué fusilado por los revolucionarios de Mayo.

Honremos la memoria del libertador de Buenos Aires, y abandonando el ferrocarril metámonos en la diligencia servida por ocho postillones.

Con los pasajeros que nos acompañan, ocurren escenas propias de la vida de *Gil Blas de Santillana*. El interés se fija en un canónigo á quien

conocen y saludan respetuosamente los cincuenta gauchos á caballo que habían inspirado serios temores á los viajeros.

No diré yo que la comida hecha junto á la marmita de aquel fogón campestre y al calor de la llama donde se improvisa un suculento asado, tenga la importancia de los manjares de *El amigo Fritz* ó del guiso de carne y patatas con que *El Cura de Longueval* obsequia á sus nuevos feligreses; pero sí puedo afirmar que nuestro sencillo banquete sobre una mesa de tres pies traicionera y maligna, tiene más carácter español, pues parece trasplantada de una novela picaresca del siglo XVII.

Y he aquí que una nueva decoración nos pone frente á frente de la ciudad de Córdoba.

¿Sabéis cómo se representa esa ciudad? ¿No habéis visto en las modernas revistas teatrales salir á veces un individuo con atributos ingeniosos que personifican una idea moral ó traen á la memoria una calle, una ciudad, un monumento? Esos personajes aparecen en escena diciendo: — ¡Yo soy tal cosa! — Y se ve, en efecto, representado en ellos, por el traje ó por otra particularidad cualquiera, el símbolo que tratan de ofrecer á la consideración del público.

Pues bien; aquí Córdoba se nos presenta en la forma y el aspecto de un doctor serio y grave, con birrete y muceta.

Quiere decir que la población es contemplativa y estudiosa. Sus edificios son severos; hay tradición de seriedad hasta en el ambiente.

Algunos personajes frívolos y ligeros — los graciosos de la obra — tratan de molestar al sapientísimo doctor con burlas y cachufletas; pero don Santiago

Estrada defiende noblemente á la ciudad que ciñe el bonete de Santa Teresa. «No están tan difundidas en la República Argentina — dice entre otros notables párrafos de su discurso — las ciencias y las letras, para que podamos nosarnos impunemente de la Universidad y de los doctores de Córdoba. Si hay en aquélla algún pueblo susceptible de ser con el tiempo el emporio del saber, no será aquel que haya engendrado más soldados ó que tenga la vanidad de manejar mejor la lanza. Tal gloria le cabrá al que conserve más vivas sus tradiciones literarias y crea que el bastón del doctor es preferible al sable del montonero...»

Los abuelos del señor Estrada deben de experimentar en sus tumbas un sentimiento de orgullo al oír ese alegato en pro de los altos fueros de la inteligencia.

No está muy lejos la mansión de *Atta Gracia*, donde se conserva la memoria de los antepasados del señor Estrada.

Allí penetra nuestro *cicerrone* experimentando «*la conmoción que sacude los nervios del que llega á su hogar y lo encuentra vacío*».

Esto es un aparte sentimental del viaje: un tierno monólogo de la obra, en que el protagonista pone en práctica una de sus facultades más salientes, como es evocar lo pasado, hacer revivir lo que ya se extinguió, y poetizar el polvo de los sepulcros.

Al revés del legendario personaje de Zorrilla que animaba los mármoles á fuerza de sarcástico descreimiento, el guía de nuestro viaje presta vida á lo inmaterial por un procedimiento que podríamos llamar *atarista*. Como si tuviera claro el recuerdo

de otras existencias y hubiese marchado al través de los tiempos en contacto con pasadas generaciones. da el señor Estrada un salto atrás y ve á sus abuelos en los salones de *Alta Gracia* antes de que los azares de la fortuna apagarán en dicha vivienda el eco producido por la voz de sus primitivos moradores.

La hierba del patio pide perdón por la indiferencia con que brota entre las piedras; los arruinados molinos del huerto parecen decir:

—No es culpa nuestra si estamos inservibles... Las injurias del tiempo nos han traído al estado en que nos encuentras.

Y por medio de la oración en el templo, don Santiago Estrada establece mística plática con el hombre honrado á quien las gentes de los alrededores llamaban el *Patriarca de Alta Gracia*.

Para animar el cuadro van apareciendo en nuestro camino hacia los Andes, varios ríos que llevan numeración ordinal como los soldados, 1.º, 2.º, etc., que figuran en la lista de personajes de algunas obras dramáticas.

Tres ríos habían ido animando el paisaje con el bullicio y la transparencia de sus aguas. Aparecieron por su orden, obedeciendo á la voz de cuidadoso traspunte. Y cuando ya el Río Tercero ha ocultado sus aguas entre bastidores, aparece en lontananza el Río Cuarto precedido de una tormenta pintada tan sublimemente por el *cicerone* que dan ganas de reproducir aquella frase de *Alfonso Muñoz* de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, que dice:

“;Sublime tempestad, mándame un rayo!..”

La brocha está manejada habilísimamente. Cruzan los condores el espacio; la luz fosfórica ilumina los campos y llena el vacío; las descargas eléctricas simulan el estrépito de una batalla de colosos; el huracán ha roto las cadenas de su cárcel; reina la anarquía, la demencia en los cuatro puntos cardinales del horizonte... ¡Cuadro de gran efecto! Parece que llega el fin del mundo. Pero no; ya sale el sol. El campo presenta bellísimo aspecto. Vense acá y acullá varios pastores guiando sus rebaños de ovejas y de cabras. ¿Nos hemos trasladado á la Arcadia? No; estamos en los dominios del Río Cuarto, que si antes me ha inspirado una comparación militar, parece que ahora ese Río Cuarto quiere agradecerme haciendo salir á escena al Teniente Coronel Mansilla, que está allí con sus soldados, mandando las fuerzas de la frontera.

Ese Mansilla es uno de los personajes más simpáticos de la obra. ¡Qué caracter tan jovial, tan decididor, tan expresivo! ¡Parece que ha brotado de una comedia de Bretón de los Herreros ó de Narciso Serra!

El señor Estrada nos lo presenta, y ¡no haya miedo de que le olvidemos!

Pasa ante nuestros ojos la Villa del Río Cuarto como una de las ciudades argentinas de más esperanzas, y con un cambio brusco de decoración acompañado de un suave *trémolo* en la orquesta nos hallamos metidos en plena Pampa.

El gaucho es uno de los tipos más interesantes del libro. Habitante del desierto americano lleva en su corazón un remedo de la inmensidad en que se agita. No hay dobleces en su alma, como no las hay en el dilatado terreno que recorre. El señor Estrada hace resaltar la sencillez, la paciencia y el sufrimiento de ese guía del viajero. En las horas de descanso, toma el gaucho la guitarra y canta sus amores con triste melodía. El cariño á la patria y el sentimiento de la amistad van envueltos en las exhalaciones del hombre del desierto.

El gaucho y la pampa se completan. Difícil sería formar idea cabal del uno sin la otra.

Por eso en la obra de espectáculo que estoy suponiendo, nos ha presentado el autor, después de una magnífica y fiel descripción del desierto americano, la interesante figura del ser que vaga errante por la planicie, como un vivo recuerdo del triste Chactas que Chateaubriand entrevió en los afanosos tiempos de su negra melancolía.

Achiras y San Luis, excitan la sensibilidad de nuestro *cicerone*. Esta última ciudad carece de agua, y esto dice mucho. «Ha sido flagelada por el caudillaje y esto explica lo que resta por saber respecto de las causas de su pobreza. Todo revela allí la postulación que sucede á las grandes luchas».

San Luis, en una palabra, tiene un aspecto semi-fantástico, y despierta ideas de ruina y de vigor, de vida y de muerte.

Ya estamos casi en la falda de la cordillera. Una serie de picos coronados de nieve se nos ofrecen como dispensadores de sorbetes.

Todavía encontramos árboles que tienen algo de

genealógico, puesto que descienden de los que plantaron Cobo, San Martín y Sarmiento en las inmediaciones de Mendoza.

Pero... ¡atención! nos hallamos en peligro de una irrupción de salvajes.

Aquí es extraordinaria la animación escénica. Coro de gentes que huyen en carretas ó á lomo de caballo llevando sus mejores prendas. Ni las mujeres ni los hombres han olvidado sus guitarras. ¡Reconozco á la España tradicional, á la España de nuestros abuelos!

«Nuestros campesinos—dice don Santiago Estrada, encarándose con el público—no pueden negar su origen, porque sus instintos poéticos les harían traición. Vagan errantes, pero llevan á donde quiera que van, como el trovador español, el instrumento con que se acompañan sus quejas. Lloran, pero lloran cantando. Si no cantaran, las lágrimas se les cristalizarían en las pupilas, como á los condenados del tercer recinto del infierno del Dante».

Y luego sigue:

«Hicimos alto á la puerta de la casa de huéspedes de la Villa, desierta y convertida en fortaleza.

»Apenas nos detuvimos empezaron á acudir mujeres y hombres. Una de ellas había perdido un brazo en el Paraguay; la otra había escapado milagrosamente del poder de los indios; la de más allá casi había muerto de sed huyendo de los bárbaros de la montonera. Uno de éstos, y no tenía que jurarlo, declaraba á voz en grito que se había embriagado para cobrar valor: el otro señalaba una ruina y nos decía que aquel montón de ladrillos era lo único que los indios le habían dejado; el de más allá, orador de corrillo y palabrero valiente, trazaba el plan de una defensa

que no haría, y aseguraba el triunfo á los que, como él, no tuviesen instintos de galgo.

»Un redoble de tambor puso en conmoción al grupo que nos rodeaba. La voz del orador y el furor narrativo de las mujeres fueron dominados por una diana feroz con que un negro, tambor de la época de la Independencia, retirado en la Villa de la Paz, saludaba á los inesperados huéspedes.

»Esta escena grotesca y lúgubre, ridícula y conmovedora, tenía lugar mientras el sol se ocultaba. Apenas se movían las hojas de los árboles que rodean el pueblecito. La agitación y el ruido estaban concentrados en el pequeño espacio en que nos encontrábamos. Occidente parecía reflejar las llamas de un incendio lejano».

Seguiría transcribiendo de buen grado toda esta escena, si las dimensiones demasiado extensas que va alcanzando ya este prólogo no me lo impidiesen.

En la inminencia del peligro el autor piensa en su familia, en sus hermanos, que en aquella misma hora debían de celebrar el cumpleaños de su padre.

Ellos á su vez dedicaban un triste recuerdo al viajero, adivinando vagamente el peligro en que se hallaba.

El riesgo, sin embargo, se desvanece. Llega á la plaza de la Villa un destacamento que enviaba en su auxilio el Gobierno de Mendoza.

«La pérdida calma tornó al hogar de los pobres campesinos, que corrieron presurosos á saludar á sus defensores y á ofrecerles el pan, el fuego y el agua que poseían. Inmediatamente encendieron varias hogueras, á las cuales se acercaron los soldados á secar sus ropas humedecidas por el rocío de

la noche. Las mujeres cogieron sus guitarras y entonaron algunas coplas, tiernas como su historia y sencillas como el perfume del trébol de la llanura».

Si has visto, amado lector, en el teatro el episodio nacional titulado *Cádiz*, ¿no es cierto que encuentras alguna semejanza entre lo que acabo de copiar y el final del primer acto de la popular obra de Javier de Burgos?

Así podría ir recordándote en cada uno de los capítulos interesantes de este libro de VIAJES tal ó cual escena, esta ó la otra situación de varias obras dramáticas que tú has aplaudido, con lo cual quedaría justificado mi prurito de infundir alguna amenidad á este trabajo, simulando que un libro tan sesudo, tan pintoresco, tan científico y poético á la vez como el tomo de VIAJES de don Santiago Estrada, que de todas veras te recomiendo, es una obra de gran espectáculo con vistosos telones y con música verdaderamente española.

Con esto, al fin y al cabo te vendría á demostrar lo que como una paradoja he apuntado al principio de este artículo; esto es: que en cualquier asunto, bien sea geológico, poético, moral ó astronómico, etc., se puede hallar incentivo para un agradable viaje del espíritu, puesto que en este libro del señor Estrada que voy examinando, con ser una obra de viajes sumamente entretenida, nos salen á cada paso al encuentro curiosas nociones de geología, serios estudios de ciencias naturales, profundas apreciaciones históricas, exhalaciones poéticas de primer orden, un sentido moral perfecto, y sobre todo una caridad cristiana y un amor á la humanidad tan acrisolados, que hacen dudar de si el autor los siente con absoluta

independencia de toda mira patriótica. ó si es que va por el camino cumpliendo anticipadamente su misión diplomática, y espera que con los nobles sentimientos que trata de infundir á sus compatriotas logrará mejorar y enaltecer cada vez más las condiciones de nuestros hermanos los pobladores de la floreciente América Española.

Tal proceder no podría menos de sernos á nosotros altamente simpático: y por eso aprecio yo tanto los trabajos literarios de don Santiago Estrada, en los cuales se ve siempre reflejado un grande amor á la madre Patria que es nuestra tierra española.

Han desaparecido ya completamente los rencores de familia que pudieron agriar algún tiempo las relaciones entre los países de la América del Sur y el histórico tronco de donde salieron.

¿Qué madre no se alegra de la prosperidad de sus hijos, los cuales sintiéndose un día mayores de edad se emanciparon de su tutela para correr tentadoras aventuras juveniles y emplear después la fuerza de su nativo origen en crearse un estado próspero y fecundo?

Pocos escritores americanos perciben este sentimiento con la claridad y el fervor de don Santiago Estrada.

Si me fuera dable seguir acompañando al lector en este curioso viaje, muchas ocasiones habría de encontrar en que esa buena calidad del escritor argentino se patentizase; pero es necesario poner pronto término á este trabajo, no sea cosa que algún malévolo se crea autorizado para decir, en vista de la desmedida prolijidad de mi pluma, que esto parece

más bien un libro para un prólogo que un prólogo para un libro.

He abierto, pues, una especie de entreacto en la imaginaria obra de espectáculo que estaba detallando, y he aquí que después de las anteriores digresiones hechas en el *foyer* ó salón de descanso, no me queda espacio para continuar el viaje.

Te dejo, por lo tanto, carísimo lector, en la proximidad de la cordillera de los Andes, dentro de la ciudad de Mendoza, entregado á la profunda tristeza que te hace experimentar el autor, recordando el horroroso temblor de tierra que destruyó aquella ciudad en pocos instantes.

Inspirándole las ruinas conceptos de poesía desconsoladora. La naturaleza embellece los escombros, y la actividad humana realiza trabajos gigantescos. Todos, el rico y el pobre, trabajan por recuperar lo perdido. ¡Es un pueblo — dice el autor con bellísima frase. — que se levanta de la tumba, libre de las ligaduras del pasado!

* * *

¡Los Andes! ¡oh! ¡los Andes! ¡Cordillera inmensa, cuna del Amazonas, del Orinoco y del Plata, yo te saludo y me quedo al pie de tu falda, despidiéndome de los lectores que siguen á don Santiago Estrada en las peripecias de su viaje!

El autor se expresa de este modo, antes de empezar la ascensión á la gran cordillera:

— «La majestad de las montañas, la hora eminente

temente triste, el ruido del agua y el canto de los pastores hablaron á mi alma con esa voz impregnada de misticismo que despierta también en el hombre la memoria de la familia y de la patria.

»El recuerdo del templo en que hice mi primera comunión, del hogar de mi familia y del techo hospitalario de mis amigos me advirtió que me encontraba lejos, muy lejos, de las afecciones de mi alma, y en el principio de una peregrinación cuyo resultado no podía presentir. Solitario hoy, iba á ser extranjero mañana.

»Contemplé las montañas y los reflejos del sol que acababa de hundirse en occidente, presté oído atento á los ecos de la soledad y percibí dentro de mí un resplandor y un eco que venían de otro mundo.

»Yo no estaba abandonado. Dios mora y resplandece en la montaña y en el corazón del que lo ama y lo busca en la soledad.

»Alumbrado por la luz dudosa del crepúsculo, acariciada mi frente por el aura y apoyado en una piedra, escribí la oración del viajero de los Andes en las páginas de mi libro de memorias».

Las imágenes poéticas del señor Estrada en esta parte de su viaje adquieren un señalado carácter de antropomorfismo. Ve los altos picos de las montañas como colosos con aureolas ígneas: unas, rojizas que le recuerdan el Sinai; otras, de resplandor pálido y azulado que le hacen pensar en las montañas de Nazaret.

La aurora es para él una sonrisa, una alegría, un nacimiento; el crepúsculo de la tarde es imagen de la ilusión que pasa, de la despedida y de la muerte.

Allí, lejos de la sociedad humana, eleva fervorosos cánticos á Dios, porque se halla más cerca de él en aquellas alturas.

Como dice Grilo en *Las Ermitas de Córdoba*:

;Muy alta está la cumbre!
;La cruz muy alta!
Para llegar al cielo,
;Cuán poco falta!

*
* * *

Antes de empezar el insigne escritor don Pedro Antonio de Alarcón, hoy completamente inactivo para desgracia de las letras españolas, su precioso libro de viajes titulado *La Alpujarra*, trazó toscamente sobre una gran hoja de papel un mapa del itinerario que había de seguir en su excursión por los montes granadinos.

Ignoro si el señor Estrada habrá usado este procedimiento para fijar de antemano las alturas á que subió y los valles donde puso la planta al atravesar los Andes.

Sé que tiene en gran aprecio el estilo elegante de Alarcón, cuyos libros de viajes iba leyendo cada vez que abandonaba el *confort* y las comodidades de su casa para dirigirse á tierras extrañas.

Un plano semejante, trazado por el ilustre escritor argentino, me facilitaría ahora grandemente la conclusión de este prólogo, porque podría indicar en pocas palabras los puntos que recorrió, desde el Valle de los Penitentes que debe su nombre á un sorprendente grupo de columnas de nieve que á

cierta distancia presentan ilusión de un grupo de penitentes vestidos de blanco y petrificados por sentencia divina, hasta las casas y los huertos del pueblo de San José que empiezan á ofrecer ya una muestra de la constante laboriosidad del pueblo chileno.

Entre esos dos puntos pasaríamos por el Tunuyán y veríamos las montañas circundantes que parecen bajos relieves de combates colosales esculpidos por Miguel Angel; pernoctaríamos sobre los bancos de nieve á cuatro mil pies de altura; descenderíamos al Valle del Yeso formado por un súbito cataclismo mediante el cual los ángulos salientes de unos cerros corresponden matemáticamente con los entrantes de otros, pareciendo verse allí á dos luchadores airados que esperan la señal del combate, y apreciaríamos, finalmente, esa diversidad de puntos de vista poéticos, solemnes, grandiosos, aterradores, con que brinda al viajero la inmensa Cordillera tendida desde el cabo de Hornos hasta el estrecho de Behring como un monstruo descomunal nacido de una de las con-mociones terrestres primitivas.

Pero no nos detengamos en las cumbres donde anida el condor, donde ruge el león americano, donde cruzan de un lado á otro manadas de huancos... La fauna y la flora de los Andes, minuciosamente descritas por el señor Estrada con auxilio de escritores que son autoridad en la materia, nos detendría mucho.

Descansemos un rato en Santiago de Chile donde ya el autor se ha despojado de su melancolía para guiarnos por la ciudad y acompañarnos á los establecimientos termales que son todavía derivaciones de

los Andes, pero donde se ve á las montañas anteriormente agrestes, hirsutas, solitarias, bravías, transformadas ahora por el contacto civilizador de Chile en laderas salutíferas y pintorescas que ofrecen á la sociedad activa y trabajadora de aquellos países dura robustez para el cuerpo y grato esparcimiento para el espíritu.

Don Santiago Estrada, al volver á su amada tierra argentina nos conduce por el Pacífico; y al través del Estrecho de Magallanes atenacea nuestro corazón haciéndonos descripciones tan salientes, tan profundas, tan avasalladoras, que serían irresistibles si no las dulcificara con el inmenso coro chileno que todo á lo largo de la costa celebra, cantando un himno patriótico, el aniversario de su Independencia.

* * *

El autor de este libro de VIAJES califica el Estrecho de Magallanes de *cuna de la nostalgia*.

Yo experimento también nostálgica necesidad de volver al punto de partida, y desde allí resumir en pocas frases lo que me parece la obra del señor Estrada.

Quien ha sabido escudriñar en sus más recónditos secretos á los colosos del arte como La Ristori, Rossi, Sarah Bernhardt, La Duse, Rafael Calvo, ¿no ha de saber tratar maravillosamente de los colosos naturales de los Andes?

El señor Estrada no es, como Bernardino de Saint Pierre, un amante platónico de la naturaleza. Para él, es la inmensa creación el pedestal del hombre: nunca

pinta paisajes sin figuras. La ciencia, la poesía y el vuelo hacia Dios forman en su corazón unidad perfecta. Quiere á la naturaleza transformada y hermo-seada por la mano del hombre. Las dificultades ven-cidas le enamoran. Un camino de hierro, un túnel, un puente sobre el abismo... ¡cuánta inspiración halla en esto el señor Estrada! El humo de una fábrica le parece incienso á la Divinidad, y el silbido de una locomotora antójasole la trompeta de Josué frente á los muros del Jericó de la barbarie. Hasta cuando se encuentra en las quebradas y los picos de los Andes, se acuerda allí del trabajo del hombre; pero ya espiritualiza su sentimiento y se eleva mentalmente al cielo. Es un ferviente católico que no teme las dis-quisiciones de la ciencia, antes al contrario, las ama entrañablemente.

Los relatos del señor Estrada quedan grabados en la memoria como si los infundiera con buril de fuego. Son agua-fuertes. No es un hombre que refiere: es un corazón que habla. La poesía brota en él espontánea-mente, fecundada por la bondad de su alma. Una tris-teza generosa y una melancolía elegante y activa le crean pensamientos llenos de original nobleza. Algu-nas veces raya en lo misantrópico. Parece inglés ó alemán por sus frecuentes rasgos de humorismo; pero es siempre español por su estilo amplio y cadencioso.

Cuando salió de Buenos Aires para visitar la tierra española y escribir un libro titulado *En la Madre Patria*, que viniera á unirse á los ocho volúmenes de trabajos literarios con que ha dado ocupación á las prensas de Barcelona, los periódicos argentinos le dedicaron artículos llenos de cariñosa simpatía.

Uno entre ellos, *El Diario*, donde colabora el cri-

tico bonaerense, ha publicado en su loor elocuentes párrafos que denuncian la nerviosa y acerada pluma del Director de aquel periódico, don Manuel Láinez, por lo general espíritu satírico y mordaz, como un redactor del *Figaro* parisiense, cuando se trata del *vulgo necio*— como decía Lope de Vega, — pero siempre admirador y entusiasta al referirse á personas del temple de alma y del valor literario de don Santiago Estrada.

*

Nuestro ilustre compañero el escritor argentino, adora á Madrid, como el colosal personaje de Rabelais adoraba en Paris hasta lo que él llamaba « las verrugas » de la capital francesa.

Desde aquí hace don Santiago Estrada artísticas excursiones á las provincias de España (preparándose ahora para visitar en la montaña de Santander el hogar de sus abuelos paternos): estudia monumentos, frecuenta museos, observa tipos, apunta costumbres con una fidelidad y un toque tan acertado como no lo ha tenido ni el mismo brillante escritor italiano Edmundo de Amicis, con ser éste uno de los viajeros que más exactamente ha descrito á España.

Es que don Santiago Estrada siente un apego infinito por la tierra española.

Mientras otros viajeros que han pasado — deleitosamente, es cierto — varios días en Madrid, se encuentran, al escribir yo estos renglones, en la Exposición universal que en París se celebra, el autor de los VIAJES que ha dado motivo á este deslavazado pró-

logo. no sabe renunciar todavía á su Madrid predilecto y á su alegre gabinete del Hotel de Roma.

No seríamos cumplidos españoles si no agradeceramos esta deferencia del escritor bonaerense.

Don Santiago Estrada encuentra algo en el ambiente español que despierta en su pecho latidos análogos á los que sintió al visitar, más allá de la Córdoba argentina, la casa en que vivieron sus abuelos.

¡Hay para él todavía en Madrid un reflejo de *Alta Gracia!*

PEDRO BOPILL.

Madrid, 1 de Agosto de 1889.





INTRODUCCIÓN

EL 15 de Enero de 1869 fuí nombrado Secretario de la Legación Argentina en Chile.

Este decreto, á la vez que me confería un inesperado honor, me ponía en el caso de realizar, en parte, una de las principales aspiraciones de mi vida.

Desde niño he tenido una decidida afición por los viajes.

Uno de los placeres de mi infancia ha sido la lectura de los libros en que los viajeros han consignado sus impresiones.

Las aventuras de los que penetraban en el Africa, escalaban los Andes, atravesaba-

ban los mares ó levantaban sus tiendas en los lugares más desconocidos de América, exaltaban mi imaginación y predisponían mi espíritu á las emociones que debía experimentar más tarde.

He llegado á hombre sin haber realizado en toda su extensión aquel deseo de los primeros días de mi vida.

Antes de ser nombrado Secretario de Legación, conocía solamente la Provincia de mi nacimiento, dos ó tres de las que forman la República Argentina, y el salvaje pero hermoso Paraguay, rodeado entonces de la aureola de los combates.

Todavía no había contemplado la soledad del mar, la extensión de la pampa, la majestad de las montañas: apenas conocía los ríos plateados de mi patria, los montes de sus campos y las hermosas sierras del Sud de Buenos Aires.

Al entrar en una nueva y honrosa carrera, iba á conocer el Océano tempestuoso, el desierto inmenso, las nieves eternas y el fuego de los volcanes de los Andes, tantas veces admirados por el explorador y el viajero, tantas veces cantados

por el poeta inspirado y el trovador popular.

Mi jefe tenía la misión de celebrar, en nombre de la República Argentina, con el Gobierno de Chile, varios tratados destinados á estrechar las relaciones de los dos países; las que los celos de vecindad ó las disidencias políticas habían aflojado, y que en los días de gloria y de prueba para el continente americano constituyeron la fuerza y el triunfo de la Independencia.

Incorporado á la Legación, mis esfuerzos, en ella y en la prensa, podían ser de utilidad á mi país.

De manera, pues, que se me presentaba una brillante oportunidad para realizar una ilusión y contribuir á algo más útil, por cierto, que satisfacer una mera curiosidad.

Mientras hacía mis preparativos de viaje concebí dos trabajos.

El primero debía tener por objeto estudiar las instituciones chilenas: el segundo consignar en un solo cuerpo mis impresiones de viaje.

Aquél está publicado: éste es el que ve hoy la luz pública.

El trabajo que va á leerse reproduce impresiones mejor sentidas por el corazón que expresadas con la pluma.

Estas líneas tendrían un mérito indisputable si reflejasen la salvaje grandeza de las selvas, los horizontes grandiosos del desierto y los perfiles sorprendentes de las montañas, las ruinas silenciosas de la ciudad muerta y el movimiento de la ciudad viva, la luz pálida del Estrecho de Magallanes y la aureola vaporosa que ciñe la frente del Tupungato á la caída de la tarde.

He descrito la pampa, las provincias argentinas, la gran cordillera de los Andes y el Estrecho de Magallanes, bajo el único punto de vista en que me es posible hacerlo: bajo el punto de vista pintoresco.

Algunas noticias geológicas que mi trabajo contiene, pertenecen á los hombres de la ciencia. No he invadido el terreno de Burmeister, Philippi, Domeyko, Leybold, Pissis y Lastarria.

Los geógrafos é historiadores me han suministrado noticias de otro orden, á que he dado colocación en el lugar conveniente.

Confíando en la bondad de Chile, arrojo

á la publicidad estas pobres hojas, sencillas como el trébol de mis llanuras, y que no aspiran á vivir lo que las inmortales de los Andes.

Flores humildes del desierto, demandan el recuerdo de un día y piden para el siguiente el olvido piadoso de la tolerancia.

DEL PLATA A LOS ANDES



MONTEVIDEO

EL 6 de Febrero de 1869. día designado para mi partida, amaneció nublado y lluvioso.

La naturaleza parecía asociar sus sombras á las de mi espíritu atribulado.

¡Cuesta tanto abandonar el hogar de nuestros padres y decir adiós á los seres que nos aman! ¡alejarse, quizás para siempre, de las tumbas de los abuelos!

Los viajes encierran una incógnita cuya solución buscamos guiados por los primeros síntomas de la nostalgia.

La idea de encontrar la muerte en medio del mar, de la montaña, ó del desierto que vamos á atravesar, se interpone como nube siniestra entre nuestro punto de partida y

el horizonte lejano del país á que nos dirigimos.

Toda despedida es imagen de la eterna despedida.

Antes de estrechar por la última vez á los vivos, fuí al Cementerio á despedirme de los muertos.

La tumba de mi madre recibió la primera lágrima del viajero.

Los árboles que dan sombra á los sepulcros, las flores que abren su seno acariciadas por el sol de los muertos, escucharon la ferviente plegaria del amor filial y su melancólica despedida.

Momentos después las agitadas olas del Plata balanceaban la barca en que debía alejarme de las playas de Buenos Aires. Parecía que ella sentía la impaciencia del que se afana por separarnos de algún objeto amado.

De pie, en el muelle, un padre bien querido y hermanos inolvidables, me esperaban con los ojos y el corazón llenos de lágrimas.

Me desprendí de sus brazos y me arrojé al fondo del bote, que partió velozmente.

Cuando levanté los ojos, los vi agrupados

en el extremo del muelle, agitando las manos y los pañuelos.

El adiós que da la mano ó el pañuelo del que se queda, es más tierno que el adiós de la lengua; es la despedida muda de la separación. Es un adiós que se ve, pero que no se oye: es la primera prueba material de que el espacio empieza á interponerse entre los corazones. El adiós visto es mensajero del adiós leído. Al telégrafo sucederá la carta.

Desde la cubierta del vapor dirigí una mirada á mi ciudad natal. La contemplé al través de mis lágrimas llena de atractivos y de recuerdos. ¡Nunca me pareció más hermoso su cielo azulado! ¡nunca más llena de promesas! ¡nunca más querida!

Allá, á la derecha, los árboles del Cementerio en que descansan mis mayores; al frente mi casa, los eucaliptus y naranjos del jardín, las persianas verdes de los aposentos de mis hermanos, el terrado en que juegan sus tiernos hijos y el humo de la chimenea del hogar; entre la mansión de mis padres y la ciudad de los muertos, las torres de los templos, la Universidad, las

escuelas, los teatros y las moradas humildes ó lujosas de mis compañeros de infancia.

Esto veía con los ojos del cuerpo, y con los de la mente contemplaba el tiempo pasado, el porvenir sin forma, y el presente encerrado en la palabra ¡adiós! Mi imaginación vagaba por la alcoba que acababa de abandonar, por el salón adornado con los retratos de mis antepasados, por la mesa en que dejaba un puesto vacío, por todos los rincones de la casa paterna. Y esa alcoba, y ese salón, y esa casa me decían también, ¡adiós!

El vapor levó anclas, y la noche lo envolvió todo con su amplio manto sin que yo me diera cuenta de que había comenzado á viajar.

La luz del siguiente día, domingo de Carnaval, nos alumbró en las inmediaciones del cerro de Montevideo.

La ciudad del Oriente del Plata se nos presentó, sonrosada por las tintas del alba,

tal cual la pintan sus poetas: fresca y sonriente.

Apenas fondeamos, nos notificaron que debíamos quedar en observación durante seis días, y se nos arrojó, desde el bote de la Capitanía del Puerto, la bandera amarilla.

Montevideo temía que le importásemos el cólera, que la previsión asustadiza había visto pasar por debajo de los arcos triunfales que Buenos Aires levantaba en honor del Carnaval.

Una segunda noticia vino á poner el sello á la contrariedad que aquella medida me produjo: acababa de fondear en el puerto el vapor en que debía embarcarme para el Pacífico. Siendo de todo punto imposible el transbordo, tenía que resignarme á perder la oportunidad de seguir el viaje emprendido y á desandar lo andado para tomar la vía de tierra.

Cuatro vapores más, en uno de los cuales se encontraba el oficial de la Legación, fueron enviados con el nuestro á la *Isla de Ratas*.

En sus inmediaciones pasamos seis hermosos y largos días, contemplando con el

antejo la más elegante y europea de las ciudades de la América española. Tres de estos días correspondieron al Carnaval. Los gritos alegres de los ciudadanos orientales, las músicas de las mascaradas y las iluminaciones nos llegaron de reflejo, aumentando, como es consiguiente, el *spleen* superlativo que importó á nuestros cuerpos el celo infundado de la policía de sanidad.

Al empezar el séptimo día de reclusión, un enjambre de botes y balleneras rodeó cada vapor de los observados. Del fondo de esas embarcaciones partían gritos en todas las lenguas del mundo. Parecía que la Babel de los libros santos se hubiese transformado en botes, balandras, balleneras y lanchones.

El desorden del embarque fué compensado por el orden del desembarque.

Penetramos alborozados en aquella ciudad, que yo visitaba por primera vez, limpia como una capital europea, bien edificada y acariciada por el mar y las aguas del Plata.

Nos detuvimos en el Hotel Oriental, la mejor casa de su género entre las innu-

merables que cuentan Buenos Aires, Río Janeiro y Montevideo. Entrar en ella y anunciar á mi familia que dentro de dos días volvería á verla, obra fué más breve que la que hago para contarla. En poner un parte y echarme á la calle, empleé el mismo tiempo.

Cuando llegó la hora de almorzar ya había visitado la Matriz, la Plaza Principal, el Mercado, el Teatro Solís, la Bolsa y la casa de Correos.

El Encargado de Negocios de la República Argentina, un parte telegráfico, y una invitación al baile de máscaras que debía tener lugar en la noche, esperaban mi regreso en el Hotel Oriental.

Consagré el día á recorrer los pintorescos alrededores de Montevideo, llenos de magníficos jardines y de preciosos edificios de todos los órdenes de arquitectura conocidos. El dórico y el gótico se tocan allí con el morisco y el chinesco: la casa de los valles suizos se eleva en las inmediaciones de pequeños palacios que imitan castillos de la edad media. Todos estos edificios están encuadrados en arboledas frondosas, rodea-

dos de frutales recortados caprichosamente, y circundados de plantas de Europa y América.

Por la tarde visité el Cementerio, circunvalado por el río de la Plata, cuyo ilimitado horizonte se descubre desde la puerta principal. El panteón está dividido en tres grandes departamentos; el primero, que tiene en el centro una capilla rotonda, es el de los muertos aristocráticos; el segundo, rodeado de nichos, está ocupado por la clase media del campo del reposo; el tercero contiene la fosa común y las cruces ignoradas. Las categorías sociales no han pasado bajo el nivel que ha igualado la condición de los que allí descansan. El patio principal ostenta verdaderas joyas de arte. El cincel italiano ha labrado en mármol de Carrara casi todos los monumentos. Recuerdo una estatua de la libertad desvelada y llorosa sobre la tumba de un guerrero; un obrero que abre la tumba de un compañero; el dolor cristiano que lamenta resignado la muerte de una niña, y una columna rota que conmemora la muerte de un mancebo valeroso.

Las cenizas de los hombres notables del país han sido reunidas en la rotonda, donde disfrutan de la paz y del silencio á la sombra de una bóveda común.

Al penetrar en este Cementerio se borran de la mente las imágenes tétricas que la muerte inspira. Es un jardín cultivado por manos cariñosas, inundado de luz y cubierto de flores. Parece que de allí á la inmortalidad no mediara sino un paso.

Las alas del ángel de la resurrección deben cernerse sobre aquel campo, en que los cuerpos esperan á las almas que los abandonaron en la hora de la muerte.

El Hospital general de la ciudad, fundado por el señor Maciel, es el más hermoso de los establecimientos públicos de Montevideo. Ha sido edificado con sujeción á un buen plano y consultándose todas las condiciones requeridas por la higiene: es amplio y ventilado. No dejan que descarsus salas, cubiertas de mármol, sus soberbias escalas, su hermosa capilla y sus bellas estatuas. Él es, en fin, un verdadero monumento, consagrado por la munificencia pública á la más hermosa de las virtudes.

Todas las instituciones de carácter oficial son dignas de llamar la atención en Montevideo.

El buen régimen de la Junta Económica Administrativa se revela en los más mínimos detalles de la población.

El día siguiente al sábado en que desembarcamos, fuí á dar, empujado por el pueblo, á las puertas de la plaza de toros, situada en la Unión. El espectáculo bárbaro que tenía lugar en ella me produce siempre repulsión y curiosidad. Tiene de bárbaro y de hermoso todo lo que tiene de romano: tiene algo del circo por lo sangriento, y mucho de artístico por las actitudes plásticas de los luchadores.

El paisaje que se domina desde las gradas de la plaza de Montevideo, forma, por su sencillez agrícola, el más acabado contraste con el espectáculo de que ésta es teatro. Fuera de las bardas de la plaza, campos verdes, arboledas brillantes, molinos y sembrados de trigo: dentro de ella, arena

ensangrentada, fuerzas é inteligencias desperdiciadas, animales destrozados y perdidos para la industria. Allá el trabajo que aprovecha el tiempo, aquí la ociosidad que lo desprecia: allá el hombre servido por los brutos, aquí el hombre verdugo de los brutos.

¡Parece imposible que la razón y la justicia estén algunas veces del lado de las bestias, y que la sinrazón y la barbarie estén del lado del hombre! El hombre se ha convertido en fiera y la fiera en hombre. Es absurdo, pero es verdad, que el ser racional hiere y mata por diversión, y que el ser irracional combate para enseñarle á respetar la vida y el dolor!

Reflexiones á un lado: la corrida va á empezar. La anuncian el clarín y el silencio del pueblo que ha dejado de lanzar improperios por sus millares de cloacas, ó de bocas, como mejor cuadro al lector. Un trapero de honras no encontraría en aquel lugar ni un guiñapo de la de las madres ni un jirón de la de los santos de la corte celestial. El olor de la sangre ha afilado las lenguas callejeras.

La puerta del arrastradero se ha abierto y ha empezado á desfilár la cuadrilla. Espadas, capeadores, banderilleros, picadores, chulos y mozos atraviesan la plaza procesionalmente. Los siguen las mulas, enjaczadas con plumas y cascabeles, que sacan de la arena los toros muertos. Los lidiadores saludan al juez de plaza que ocupa el palco principal. Terminado el paseo se presenta uno de los heraldos y recibe la llave del toril de manos de aquél. Mientras tanto, los toros golpean con los cuernos las maderas del brete en que están encerrados. Abierta una rendija de la puerta del toril, se abalanza á la arena una de las fieras. Sale como la flecha, clava los cuernos en el suelo, levanta en seguida la cabeza y mira con curiosidad despreciativa al populacho que lo saluda con imprecaciones y aplausos. A una señal dada por el clarín, acuden los picadores, á quienes embiste el toro apenas pisan la plaza. La lucha se establece entre el hombre que pretende detener al animal con su pica acerada, y la bestia que trata de derribarlo del caballo. La piel del toro, rasgada por la pica, brota sangre: el cuerno

de la fiera penetra á cada instante en los intestinos del caballo del lidiador. Éste está en peligro á cada momento. Cae del caballo muchas veces y se salva á duras penas ó merced á la habilidad de sus compañeros que distraen con presteza la atención del toro. — Los capeadores suceden á los picadores. Este ejercicio es uno de los más bellos y el único que no repugna en las corridas. En él despliegan los toreros valor, agilidad y elegancia. — La capa de colores vivos atrae al toro, que busca al enemigo detrás de ella y encuentra el vacío. Cuando el animal enfurecido los hostiga de cerca, tienen en la barrera, que saltan con sorprendente presteza, un escudo impene-trable. — Los banderilleros vienen detrás de los capeadores á irritar al toro con aquel juego inhumano que destroza al desgra-ciado animal. — Pasado este ejercicio hay un momento de espera y ansiedad. Se ha tocado á matar. Si el toro es de buena san-gre, se planta en media plaza, golpea el piso con las patas y lanza mugidos de dolor y de rabia: es la naturaleza que se queja contra el hombre. — Si el animal no es de

los que los aficionados llaman de buena ley, rodea la barrera con paso acelerado, mide su altura y trata de saltarla: es el instinto de la conservación que busca la salvación en la huída. — En uno y otro caso el pueblo se enfurece: quiere la muerte del valiente, porque le irrita la fuerza: quiere la muerte del cobarde, porque desprecia el miedo. — El espada se presenta, adelanta con paso de descuadrillado, se saca la montera, y brinda el toro en estilo tauromáquico, es decir, en bárbaro estilo. — Inmediatamente comienza la lidia. Cubre la espada con la tela roja, llama al toro, le elude el cuerpo, y entre pase y pase, aguarda el momento propicio para atravesarle el corazón. — Si el golpe es bien dado, el animal se bambolea y cae; si el golpe es mal dirigido, el martirio se prolonga largo rato. En el primer caso, el populacho aplaude; en el segundo, insulta como un ejército de demonios. Cuando la fiera cae en tierra, el puntillero la desnucan. — Una vez muerta, se presentan los mozos de plaza, aseguran un lazo á los cuernos del toro, y lo sacan de la arena ensangrentada. — Este juego se repite va-

rias veces en cada corrida, con gran placer de la muchedumbre, radiante de alegría y chispeante de desvergüenza.

Las plazas de toros son escuelas de verdugos y espectáculos de naciones en decadencia. La de Montevideo es un contrasentido en un país nuevo, floreciente y lleno de esperanzas.

Sería temerario asegurar que todos los que las frecuentan asisten á ellas á recrearse en el dolor y en el martirio. Sé que los amantes de esas luchas admiran en ellas la superioridad y el valor del hombre, y las consideran como simples ejercicios de agilidad. Se imaginan asistir á un gimnasio sin trapecios. Pero la verdad es que la generalidad va á gozarse en la lucha, en el combate y en el dolor. Y por esto las considero desmoralizadoras, escuelas de sangre y de muerte. Es sabido, y por vulgar se calla, que quien se acostumbra á martirizar los animales está á un paso de la cárcel y del cadalso. Se cuenta que el hijo de cierto verdugo pelaba los pollos vivos.—Una ley sabia, humana y previsorá, debíá concluir con espectáculos que descienden de la barbarie

romana.—El hombre tiene otros teatros y otras luchas en que ejercitar su inteligencia y su fuerza.— El español matador de toros es un enano: el matador de lobos de Chicago es un gigante. — Cerremos el paso al torero: abramos camino al *pionner*.— Aquél educará espadachines de taberna: éste levantará hogares al hombre y escuelas al ciudadano.

Asistí en el teatro de Solis, magnífico coliseo, á la representación de *La Traviata*, magnífica loreta de la música, cantada por la Carozzi, magnífica artista italiana.

La cortesana derrotada por el amor atrajo al teatro numerosa concurrencia.

Carlota Carozzi, en cuya frente espaciosa había visto reflejarse por la mañana todas las emociones que en su corazón producía la lidia de los toros, me puso de relieve, en la noche, las pasiones que atormentaron el alma de Margarita Gauthier.

El amor de esta mujer es á la corrupción moral, lo que el fuego fatuo á la co-

rupción del cuerpo: una llama que brilla sobre un cadáver.

Tengo amor por los pecadores y compasión por los extravíos, porque simpatizo con la desgracia, y no sé hasta qué punto habré intervenido la falta de fuerzas en la caída de aquéllos. Pero no simpatizo con el que, viendo la luz y conociendo el rumbo, vuelve los ojos al puerto y se arroja nuevamente en el abismo. El defecto principal que tiene ese drama, tan bien sentido y tan bien expresado, es que el corazón inexperto siente repulsa por los personajes honrados que en él actúan, y concede, sin examen, toda su simpatía al vicio enfermo: á la loreta enferma de amor. Si se sustituyera en él á Margarita por Magdalena, *La Traviata* sería un drama evangélico.

Pero sea de esto lo que fuere: en la noche á que me refería conocí dos grandes artistas: á la Carozzi y al público de Montevideo. Si el drama me produjo cierta tristeza, este encuentro me produjo gran alegría. He aquí el recuerdo que quería consignar.

El Jefe Político de Montevideo me invitó á pasar algunas horas en una fiesta de familia.—Agradecí al señor Bustamante su recuerdo por varias razones que no quiero callar.—Me introdujo en su hogar, me obligó á recorrer en la noche los encantados alrededores de Montevideo y me hizo admirar la belleza andaluza de sus paisanas.

Por un camino cubierto de árboles, de jardines, y de preciosas casas iluminadas, llegué á su morada hospitalaria y sencilla, y asilo en esa noche de la hermosura y el buen tono.

La mujer oriental es esbelta y atractiva. Si sonrío, descubre dientes pequeños y regulares, ocultos, cuando sería, por labios frescos y rojos cual las flores del granado. Su cabeza, bien contornada, ostenta cabellos relucientes y abundantes, generalmente del color de sus ojos, brillantes y negros como los de la gacela. Pero su principal encanto es cierta gracia que le es peculiar, y á la cual contribuye su traje irreprochable, la mantilla española y el abanico, cuyas varillas sirven de celosía á sus sonrisas, ó al alma que quiere ver sin que la vean aso-

mada á los ojos. La mujer oriental es afable, hospitalaria, entusiasta por las cuestiones de actualidad; artista cuando niña, buena esposa y excelente madre cuando adulta. Montevideo es la hija mimada de la naturaleza y la patria de las mujeres encantadoras.—El viajero que olvida su clima, su cielo y sus flores, no olvida á sus hijas.—El que olvida á Italia no es artista: el que olvida á Montevideo no tiene corazón.—El culto de lo bello, llámese arte ó mujer, vincula la memoria á los pueblos en que Dios le ha erigido altares.

La geografía explica la riqueza de Montevideo: el contacto diario con el viejo mundo, su cultura: la inmigración europea, su engrandecimiento material.

La guerra civil es impotente para vencer á la naturaleza. La paz completará en el Uruguay la obra de Dios.

II

EL PARANA.—EL ROSARIO.

EL FERROCARRIL CENTRAL ARGENTINO.

EPISODIO HISTÓRICO

De regreso en Buenos Aires, fué necesario que aligerásemos nuestros equipajes y nos proveyésemos de algunos objetos indispensables para atravesar la pampa y la cordillera. Tuvimos que cambiar los grandes baúles por cajas de madera forradas en cuero de buey, propias para los arneses de las mulas, y que comprar botas de montar, ponchos, armas y algunas baratijas para obsequiar á los postillones y guías.

Terminados los preparativos nos embarcamos, el oficial de la Legación en el puerto de Buenos Aires, y yo en el del Tigre, el 25 de Febrero, dándonos cita para el siguiente día en la ciudad del Rosario.

El viaje desde Buenos Aires al Tigre se hace por el ferrocarril del Norte, cons-

truído al pie de los barrancos que miran al Plata. Este trayecto es muy pintoresco. Desde el tren de pasajeros se domina un interesante paisaje. Todas las propiedades tienen frondosos huertos, grandes jardines ó sembrados de hortalizas, cultivadas por labradores europeos. Los edificios coronan las eminencias. Hacia la derecha se extiende el magnífico río de aguas plateadas y horizontes sin medida: aquel que hacía exclamar al P. Lozano en un arranque de entusiasta admiración: «Litiguen los ríos más antiguos sobre el Principado: déle la palma Aristóteles á su Indo, porque tiene de ancho cincuenta estadios: haga Arriano superior al Ganges: corone por rey Virgilio á su Eridano: defienda este derecho Diodoro Sículo para el Nilo: que todos deben callar á la vista del Plata, y decidir á su favor la controversia, confesándole por emperador de todos, sin haber apenas uno en el orbe nuevo que se le asemeje ¹».

¹ El Río de la Plata tiene también sus poetas, aun cuando no tan entusiastas como el P. Lozano, cuya exageración raya en el idealismo.

Barco Centenera dice de él en *La Argentina*, edición de 1602:

«El río que llamamos argentino,
Del indio Paraná ó mar llamado.

No sé si por ilusión de la mente, ó porque no se comprende el valor de las cosas sino al perderlas, pero es verdad que en aquel día me pareció el río de la Plata tan bello como lo cantan sus poetas.

Con harta pena saludé al pasar los pueblos de Belgrano, San Isidro y San Fernando, risueños testigos de alegrías y sueños juveniles.

A las diez me embarqué en el Tigre, y una hora después saludaba con tristeza las lujosas moradas de las Conchas, edificadas en medio de bosques de sauces, naranjos, álamos y acacias. En los balcones que dan al río ó detrás de las glisinas y madre selvas de las ventanas, veía asomar rostros amigos.

Entramos en la magnífica abra del Capi-

De Norte á Sur corriendo su camino
En nuestro mar del Norte entra hinchado;
Parece su corriente un torbellino
O tiro de alcabuz apresurado,
Mas con el viento Sur plácidamente
Se vence navegando su corriente».

El inspirado poeta fray Cayetano Rodríguez le ha dedicado un soneto que empieza así:

«Sagrado río, émulo glorioso
Del vasto mar en donde te sepultas,
Píelago dulce que soberbio insultas
Al píelago salobre y espumoso».

tán. de verdes y floridas márgenes, cuyas aguas han escuchado cien veces mis risas y el canto de mis compañeros en las alegres regatas del domingo.

Al poco tiempo navegábamos el Paraná. Este río «que en latitud de 27° se enriquece con las aguas del Paraguay, navegable á distancia de seiscientas leguas, y con las de otros muchos ríos y arroyos en todo su curso, el Uruguay, que á igual latitud baja de la parte del oriente aumentando asimismo su caudal, forman una maravillosa ramificación de canales que se unen en un solo tronco bajo el nombre de Río de la Plata ¹».

Desde la cubierta del vapor contemplé embelesado el territorio insular á que se ha llamado Tempe Argentino.

«El Paraná, como otros ríos, tiene en su embocadura un terreno formado de aluviones y por otras causas, que se llama *Delta* por su figura triangular semejante á la letra griega de ese nombre. El Delta del Paraná está comprendido entre varios brazos denominados Paraná de las Palmas,

¹ Registro estadístico de la provincia de Buenos Aires, tomo primero, 1822.

Carabelas, Paraná Miní y Paraná Guazú, por los cuales desemboca en el Plata. Es un vasto triángulo isósceles envuelto por el Paraná, el Uruguay y el Plata, que presenta á estos dos últimos su base en unas quince leguas, con una altura que no bajará de treinta, y cuyo vértice está enfrente de la villa de San Pedro ¹.

Estas islas que, hasta hace poco tiempo, eran reputadas inhospitalarias é inútiles, son hoy, merced al esfuerzo del hombre, una fuente de riqueza para Buenos Aires. En el fondo de sus selvas vírgenes, guarida del tigre en época no remota, existen maderas de construcción y frutales excelentes que se utilizan y exportan en grande escala. La tierra es apta para la agricultura y la jardinería. Los tubérculos alimenticios y las flores se propagan con una fecundidad increíble. En ellas existen magníficos viveros y sembrados de grau importancia ².

El naranjo, el sauce, el álamo y el ceibo,

¹ Del precioso libro del señor don Marcos Sastre, titulado *Tempe Argentino*.

² Los señores Sarmiento y Sastre han sido los exploradores de estas islas y los propagandistas de sus riquezas, que hoy utilizan hortelanos como Brunet y Favier.

crecen libremente y ostentan proporciones que hacen pensar en la existencia de familias gigantes entre las especies conocidas en las ciudades. La flor del aire, fruto delicado de una parásita que vive asida á aquellos árboles, y la luna, blanca y perfumada, se entrelazan en las copas de los grandiosos pobladores de este territorio. En la estación de las flores y de las frutas, el Delta del Paraná trae á la imaginación la América que Colón describe en su diario de viaje. Los sauces y álamos de una orilla se juntan, en ciertos parajes, con los de la otra. Las naranjas, los duraznos y los membrillos, inclinan con su peso las ramas que los sustentan, sobre la transparente superficie del río, cuya corriente arrastra suavemente los azahares, las pasionarias, las flores rojas del ceibo y las albas de la poética planta, hija del aire embalsamado. Las frutas que se desprenden de los árboles y las flores que el viento arranca de las plantas, interrumpen, al caer sobre el agua dormida, el poético silencio que domina la soledad. Millares de calladas avecillas revolotean en las orillas del río,

surcado por ánades blancos. Cuando pasan las horas del calor y aquellos pájaros, mudos en el día, se tornan vocingleros, y el somormujo se aloja en los islotes de aromáticos nenúfares, y las flores de la tarde empiezan á abrir sus cálices, y la brisa comienza su melodía de rumores, y el sol desaparece en la espesura de la fronda, el espíritu se reconcentra, el alma cree escuchar la bendición que fecunda los gérmenes que encierran la tierra, la semilla y el árbol. En este instante deben celebrarse las nupcias de la naturaleza con el sol que se oculta detrás de las cortinas de su vaporoso tálamo... Y la noche acude á velar con sus sombras el plácido sueño de los esposos, ó á encender el fánal de la luna para que alumbre con pálida luz los desposorios de la madre tierra con el rey de los astros.

Mi pluma se niega á pintar la noche azul de las islas, porque no encuentra tintas apropiadas en la paleta de la imaginación. La atmósfera embalsamada, el cielo purí-

sino y las selvas vírgenes, no pueden reflejarse sino en el Paraná y el alma del poeta. Trasladarlos al lienzo, es tarea vana. La transparencia del aire, las sombras, las medias tintas, las siluetas de aquel paisaje, se ven, se sienten, pero no se pueden pintar. La lengua es también un instrumento rebelde que no expresa lo que la cabeza concibe en presencia de ciertos espectáculos.

Al aproximarnos al Rosario se levantó una densa niebla, inconcebible en un día de Febrero. Pero aquél amanecía con humor de hacer lo contrario de lo que podía esperarse de la estación y las costumbres del mes. Un frío intenso nos obligó á cubrir con el capote de la cordillera el vestido ligero del llano quemado por el sol canicular.

El Rosario es la llave de la navegación del Paraná y la puerta del interior de la República Argentina. Colonia cosmopolita, debe sus progresos materiales á la natura-

leza y á los derechos diferenciales con que el Gobierno de la Confederación atrajo á su puerto el comercio extranjero en hostilidad á Buenos Aires, cuando esta provincia se hallaba segregada del cuerpo de la nación.

El establecimiento de centenares de europeos que acudieron atraídos por el cebo de la fortuna, y la fundación de colonias agrícolas en la provincia de Santa Fe, unidos á la colocación de esta ciudad en el territorio, han operado en ella, en poco tiempo, una transformación radical, convirtiéndola en una de las más importantes poblaciones argentinas.

Sus calles tiradas á cordel, ostentan bellos y elegantes edificios, cuya sencillez y armonía revelan la modestia del capital y un equitativo reparto de la fortuna.

La ciudad, iluminada á gas y dotada de agua corriente, cuenta con un templo, varios Bancos, casas amuebladas, dos teatros, hoteles y lujosos casinos.

El Rosario es la población argentina que más se asemeja á Buenos Aires en forma y espíritu, aun cuando, como es de suponer, carece del movimiento social y literario,

cuya ausencia caracteriza los pueblos esencialmente comerciales y consagrados por entero al desarrollo de los intereses económicos.

Reunido al oficial de la Legación en la ciudad del Rosario, pocas horas después de mi arribo, emprendimos viaje al día siguiente en el ferrocarril central argentino.

Una ley dictada por el Congreso en 5 de Septiembre de 1862, autorizó al Gobierno nacional para contratar la construcción de este camino desde el Rosario á Córdoba.

Las grandes ventajas que el país reportará de esta línea, se empezarán á sentir apenas se clave el último de sus rieles y se extienda hasta el Río Cuarto, que es el punto del cual se bifurcan todos los caminos del interior.

Ligadas las vías de comunicación al Río Cuarto, como los nervios al cerebro, el ferrocarril central argentino será la columna vertebral de un nuevo sistema de caminos.

Él está llamado á llevar la vida á las poblaciones diseminadas en el desierto, á

derramar á su paso la fecundidad, á cubrir de aldeas las ciento cincuenta leguas de terrenos incultos que han sido concedidas á la empresa explotadora.

Cuando las líneas paralelas sobre que marcha la locomotora triunfante, opriman la tierra del indio, el extranjero se la disputará al salvaje, la seguridad de la propiedad llevará al colono á los campos desiertos, la corriente de inmigración que se condensa, se estanca, produce el miasma y muere en Buenos Aires, romperá el dique del conventillo, salvará sus fronteras, atravesará en los buques de vapor los ríos tributarios del Plata, y penetrará, como torrente fecundante, en el seno virgen de las provincias mediterráneas.

El central argentino va á operar en nuestro país grandes transformaciones sociales, científicas é industriales.

Apenas el pito de sus locomotoras disipe la sombra del pasado que envuelve á la ciudad de Córdoba, cual en otro tiempo abatieron las trompetas de Josué las murallas de Jericó, se realizarán tres grandes acontecimientos:

La instalación de un observatorio astronómico en Córdoba.

La apertura de una facultad de ciencias exactas en su antigua Universidad.

La inauguración de una Exposición Nacional.

Merced á este camino, que liga la ciudad de Córdoba con el Atlántico, podra el astrónomo, Colón de los cielos de Sud-América, lanzarse en una inmensidad desconocida é inexplorada y extasiarnos con sus revelaciones; levantar la carta de esas pampas de nubes azules y blancas que cubren nuestras vastas soledades y sorprender á la ciencia con una nueva uranometría y con la medida de la luz de las estrellas que nos señalan los rumbos del desierto.

Merced á ese camino, la educación adquirirá el carácter práctico de que carece en el interior.

Las matemáticas, la física, la química y la historia natural presentarán dilatados horizontes á los espíritus prácticos.

El cálculo matemático, aplicado á la naturaleza y al arte, pondrá á la juventud en las vías que conducen á lo bello y á lo útil.

La física, explicando la naturaleza y propiedades de los cuerpos, y la química analizando y comparándolos, estimulará á los que se dediquen á ellas á abrazar otros estudios, que serán de remarcable utilidad para estos países desconocidos.

El geólogo, el botánico y el naturalista revelarán al mundo nuevas noticias sobre la formación y composición de nuestro suelo. sobre la flora y la fauna que poseemos, como poseen las aves de las islas del Paraná las flores del aire que se columpian en el naranjo y el ceibo.

Merced también al ferrocarril central argentino, tendrá lugar el concurso agrícola-industrial que he mencionado anteriormente.

En él, no solamente vamos á darnos cuenta de la riqueza que poseemos y á conocer las producciones naturales y fabriles de nuestro país, sino que van á conocerse y estrecharse los argentinos que viven separados por las distancias y las preocupaciones.

La Exposición de Córdoba será una Exposición de productos y de corazones argentinos.

En ella se reunirá el trigo de la llanura de Buenos Aires y el oro de las minas de Catamarca, el corazón que late á orillas del Plata y el que palpita al pie de los altos Andes.

Y así como se reconocerá la excelente calidad de las semillas y la buena ley de los metales, vengan de donde vinieren, así también se apreciará en justicia el corazón y la inteligencia de los argentinos, sea el que fuere el lugar en que nacieron.

Las prevenciones de unos pueblos contra otros, engendradas por la ignorancia ó el caudillaje, dejarán de ser una vez que los hombres se conozcan y se traten, se estimen y se amen.

El firmamento, la montaña, el río y la tierra; el astro, el árbol, el metal, la flor y la hierba, van á pasar por el examen de la ciencia, por el análisis del telescopio, de la retorta y del microscopio.

Dada una revolución científica de tanta magnitud, ¿podría haber dejado el corazón de exigir para sí á las ideas un rayo de luz y un destello de esperanza?...

Seguramente que no.

Él también tendrá su parte en este festín de la libertad y del progreso, de la paz de los pueblos y de la amistad de los hombres.

Se refiere á los que viajan por el central argentino, mensajero de riquezas y bendiciones para el interior, que del fondo de la sociedad cordobesa se levanta una voz que previene al pueblo contra esta invasión de libros y de instrumentos, de hombres nuevos y de ciencias nuevas.

Espíritus recelosos son los que alzan ese grito, que pretende ser eco de arraigadas convicciones religiosas.

Pero felizmente él no encuentra apoyo en la sociedad cordobesa, que ha repetido estas conocidas palabras del P. Hecker: ¹

«El geólogo puede sin causar temor penetrar hasta las entrañas de la tierra y arrebatarse el secreto del calor que anima su seno; el químico puede someter la materia á su crisol, y examinar, con el auxilio del microscopio, lo que se escapa á la vista; el astrónomo multiplicar sus instrumentos ópticos, y acortar, por decirlo así, la altura de

¹ *Las aspiraciones de la naturaleza*, por el P. Hecker.

los cielos; el historiador hojear los anales de las naciones y descifrar los jeroglíficos de los monumentos antiguos; y por último, el moralista puede poner á descubierto los más recónditos pliegues del corazón humano, y el filósofo observar las leyes que presiden á la razón soberana del hombre. ¡Sabios! el Catolicismo no os tiene miedo; llama, alienta vuestros más atrevidos esfuerzos; sabe muy bien que en cuanto lleguéis al término de vuestras ardientes investigaciones, os veréis obligados á reconocer que vuestros trabajos confirman sus enseñanzas, y que vuestros descubrimientos añaden nuevas perlas á la corona de verdad que adorna su frente! »

Poco, ó ningún interés, presenta el camino en las primeras estaciones de la vía férrea. La monotonía de la llanura no engendra ningún pensamiento en el que la contempla desde las ventanillas de los carros de un ferrocarril. Es un mar de tierra cuyos horizontes no pueden sondearse. La grandeza del cuadro está limitada por el marco que

cierra el cristal ó la persiana. En la época á que se refieren estos apuntes, todavía no se habían establecido en las veras del camino las colonias extranjeras que hoy las pueblan. Esto explica su falta de animación.

Á las doce y media llegamos á las *Tortugas*, estación en que cambian de vía los trenes.

Al anunciarme uno de los compañeros de viaje que pisábamos tierra cordobesa, experimenté una doble sensación. Un impulso involuntario me obligó á descubrirme para saludar la cuna de mi madre y la tumba de mi bisabuelo.

Relacionado este recuerdo con la historia de mi país, y siendo uno de los primeros que acuden á la memoria al pisar la provincia de Córdoba, voy á narrar el episodio que abrió aquella tumba.

El general Liniers, defensor de Buenos Aires en los años 1806 y 1807, el primer caudillo y el primer soldado que se cubrió de gloria en las calles de aquella ciudad, fué

fusilado allí en holocausto á los principios proclamados por la revolución de Mayo.

El partido español acordó resistir á ese movimiento, y Liniers se encargó de reclutar en el Alto Perú el ejército reaccionario ¹.

El aspecto que los sucesos tomaron en Córdoba, le obligaron á abandonar su retiro de Alta Gracia, á huir, en dirección al Perú, en compañía de sus correligionarios, el Obispo Orellana, el intendente Concha y su asesor Rodríguez, el coronel Allende y el oficial Moreno.

El coronel Ocampo, que había ocupado á Córdoba, envió al teniente coronel Balcarce en su persecución y fueron presos.

A pesar de que Vieytes, representante del Gobierno central, creyó vencida la resistencia con la prisión de Liniers, la Junta resolvió de otra manera, enviando al doctor Castelli, al doctor Peña y al coronel French con la orden de fusilar á los prisioneros.

Encontrados éstos, camino de Buenos Aires, fueron fusilados en el monte de los

¹ Véanse las *Lecciones de historia argentina*, por José M. Estrada.

Papagayos y sepultados en el lugar denominado Cruz Alta.

Pocos días después apareció grabada en la corteza de un árbol la palabra *clamor*, formada con la primera letra del apellido de las víctimas.

Tal es el sencillo pero elocuente epitafio que la mano amiga de un sacerdote escribió sobre la tumba del libertador de Buenos Aires. Los años han pasado: la inscripción ya no existe en el árbol, derribado tal vez por el huracán y el rayo. Pero el epitafio ha pasado del árbol de la selva al libro de la historia y de la crónica al corazón de los argentinos.

Ya no escuchamos las protestas de los hijos y de los amigos de Liniers, contra aquel error de la revolución: ya no se les oye llorar sobre la fidelidad castigada con las armas que no sabían manejar nuestros prohombres.

No obstante, el *clamor* de la sangre no se ha extinguido.

La efímera vida del hombre pasa; los monumentos que conmemoran las grandes acciones también desaparecen.

Pero la justicia, la santa justicia, permanece inmutable.

Disfrutando de imperecedera memoria, censura por medio de la historia, y premia con el laurel cívico por medio de la posteridad.

La de los hombres de Mayo no debe ser terrible en su fallo: el fanatismo disculpa aquel error, que habría sido un crimen imperdonable si hubiese sido consumado en la época actual.

Nuestros mayores no se educaron en la escuela constitucional de los Estados Unidos. Hijos de los conquistadores españoles, eran hombres de espada: derribaban todos los obstáculos y se abrían paso con la lanza. Los que hemos nacido en estos tiempos, manejamos otras armas: preferimos la razón á la fuerza: la ley al sable.

III

CÓRDOBA

En la provincia de Córdoba, limitada al Norte con Santiago del Estero y Catamarca, al Este con Santa Fe y Buenos Aires, al Sur con San Luis y las Pampas, al Oeste con San Luis y San Juan, moran 225,243 almas ¹.

En sus campos pacen numerosos rebaños de ovejas y cabras. La tierra se presta admirablemente al cultivo del maíz y del trigo. Se exportan de esta provincia lanas indígenas, mestizas y merinas, cueros secos curtidos, de cabra y cabritilla. Tiene excelentes mármoles de todas clases, y especialmente el transparente, de gran valor; minerales de plomo argentífero, hierro y cobre; piedra de sapo, que se emplea en los

¹ Diego G. de la Fuente.

edificios, y cuarzos de varias clases.—La industria textil está adelantada, y se fabrican excelentes frazadas, colchas y ponchos¹.

« El sistema cordobés, propiamente dicho, escribe un naturalista, forma la parte más oriental del orden central. Éste es una serie de alturas, que, como ya lo hemos indicado, se inclina muy ligeramente al Este. Por sus pendientes orientales este sistema se confunde con la pampa, que principia á sus pies, por una altura media de cuatrocientos metros en Córdoba misma y sigue todo el largo del meridiano de esta ciudad, desde Río Cuarto á la extremidad Sur, hasta Sumampa, sobre una línea de 5° de latitud.

» Estas montañas están pobladas de árboles de trecho en trecho y atravesadas, al Sur de los 31°, por muchos arroyos, que, utilizados por el cultivo, no llegan sino muy reducidos á la llanura y se pierden bien pronto. La aldea de Achiras, por donde pasa el gran camino que conduce á Chile, se halla hacia la extremidad meridional de la cadena principal que acaba más

¹ *Boletín de la Exposición Nacional.*

lejos por grandes llanos ondulados, cubiertos de excelentes pastos.

» En el Norte, bajo un clima más seco, los terrenos descienden á un nivel poco superior al del mar, pues están á trescientas leguas; forman, á pesar de esto, ondulaciones profundas sembradas de grandes rocas de gneis y de micachistes, cubiertas de una arena granítica que no impide que se desarrolle una vegetación arborizante bastante robusta. Esta parte Norte del sistema cordobés, que pertenece á la provincia de Santiago del Estero, y se compone de las dos vertientes de Ambargasta y de Sumampa, sufre casi siempre de sequía. No hay arroyos, sino algunas lagunas temporarias, estanques artificiales llamados *represas*, que construyen los habitantes, y las fuentes naturales al pie de las dos vertientes. El terreno medianamente accidentado de esta región, está cubierto de arbustos achaparrados, en medio de los cuales, pueden, sin embargo, criarse ganados.

» Estos terrenos principian á adquirir importancia á un grado Sur del Saladillo. Hacia la aldea del Chañar, provincia de

Córdoba, la roca es más superficial, la capa de terreno vegetal es más espesa y las gramíneas abundan. Numerosos valles cruzan la cadena en todo sentido, pero las pendientes son siempre muy suaves, y toda especie de rodados la suben y bajan con facilidad.

» Cerca del punto culminante de la sierra ó antes de su arista principal, corre del Norte al Sur una ondulación que se ensancha de más en más, y alcanza su máximo de extensión en la pampa de San Luis, en las cumbres de las Achalas y en las de San Javier y de Lutes, que son su continuación. Estas altas llanuras muy rocallosas, de una altura variable entre mil ochocientos y dos mil trescientos metros, encierran, sin embargo, buenos pastos; y, á pesar del rigor del clima, alimentan numerosos rebaños. Una porción de arroyos nacen de allí y sus aguas reunidas forman los cuatro ríos designados por su orden numérico, pues el Tercero (Río Tercero) llega solamente al Paraná. Poco más cerca, bajo la latitud de Córdoba, la larga y ancha arista principal que hemos descrito está precedida de otra zona formada por un eslabón oriental, el

cual circunscribe el primer valle por donde pasa el río que riega esta ciudad. Este eslabón se extiende en elevación hacia el Norte en donde forma, quince leguas más lejos, las cumbres de la cal, cimas de mil quinientos setenta metros de elevación, detrás de las cuales, al Oeste, se encuentra la altura de la Punilla.

» Detrás de la zona mediana principal de todo el macizo, la de las Achalas, de San Javier, de Lutes, etc., se presenta una segunda altura más baja, pero muy notable por su composición geológica, los volcanes apagados y las venas metalúrgicas que encierra. Este terreno comienza al Sur por la sierra de Chaquin-Chuna, que se destaca oblicuamente del macizo de San Javier y se dirige al Noroeste, formando una especie de semicírculo que abraza los departamentos de Pocho, de la Cruz del Eje y una parte de la Punilla. Esta sierra forma el borde exterior, y se extiende hacia el Norte por los eslabones de Guaza-Pampa y de la Cerezuela, que descienden hacia el llano de la Rioja, mientras que la extremidad de Chaquin-Chuna está casi á pico y no puede

descenderse sino por quebradas extremadamente malas. El terreno de Pocho, comprendido entre esta sierra, la gran arista de las Achalas y la línea de conos volcánicos de la Yerba-Buena, del Agua del Tala y de la Ciénaga, está á una altura media de mil cien metros: el de la Punilla no tiene más que ochocientos de elevación y una inclinación bastante rápida hacia el Norte: en su parte superior presenta un relieve muy quebrado.

»La línea de los antiguos volcanes, que se dirige del Oeste al Este, cuenta cuatro, especialmente los tres que ya hemos citado, de los cuales el más occidental que hemos trepado, es el de Yerba-Buena, que mide mil seiscientos cuarenta y cinco metros de altura absoluta. Este cono traquítico está formado sobre el borde más occidental del terreno, y la pendiente hacia el llano de la Rioja es extremadamente rápida. El cerro del Agua de Tala es menos escarpado; el de la Ciénaga forma un cono perfecto.

»Se producen algunas veces en los alrededores de estos volcanes, muy ligeros sacudimientos de tierra, y se oye, dicen, de

tiempo en tiempo, detonaciones subterráneas; pero no se recuerda que ellos hayan arrojado jamás ni llamas ni humo, y ninguno de ellos tiene cráter aparente. Sin embargo, las piedras pómez y sobre todo los traquites abundan en las inmediaciones; esta última roca forma vetas parduzcas, que se extienden á los alrededores en diferentes sentidos; se encuentran también á dos leguas del pico principal.

»El terreno de la Punilla, exclusivamente formado de gneis, de micachistes y de granitos muy feldespáticos, continúa hacia el Norte y se confunde con los terrenos más bajos aún de Ischilín y de Quilino. Las aguas escasamente abundantes que vienen de la vertiente occidental de la arista principal, atraviesan estos dos terrenos inferiores para ir á perderse en el llano de la Rioja.

»Las venas metálicas encierran plomo argentífero en abundancia, encontrándose también al Norte y muy cercano á los conos volcánicos de Pocho, diseminados en los pequeños eslabones del Guayco y de la Higuera. Este distrito mineral puede tener de

quince á diez y seis leguas de superficie. Los minerales de cobre se encuentran en el eslabón más oriental, á la orilla misma de la pampa, entre el Río Segundo y Río Tercero. Es también á este eslabón oriental al que pertenecen los depósitos abundantes del calizo sacaroide tan notable que produce la sierra de Córdoba. Estos depósitos no le son exclusivos, porque se encuentran en un gran número de puntos de todo el macizo.

» Colocada bajo un bello clima, con una altura poco considerable, la sierra de Córdoba tiene una hermosa vegetación: está cultivada y poblada por todas partes ¹.

Atravesando chácaras sembradas de maíz y campos cubiertos de algarrobos, llegamos á las seis de la tarde á Villanueva, última estación entonces del central argentino.

En este lugar debíamos tomar la diligencia de la carrera de Córdoba.

La noche no tuvo nada de agradable. El

¹ MARTIN DE MOUSSY: *Descripción geográfica y estadística de la Confederación Argentina*.

hotel, que así llamaban al malhadado parador en que la pasamos, nos ofreció una comida saturada de especias, vino mendocino, camas de dudosa limpieza y una buena dosis de escozor producido por causas que es mejor dejar en los respectivos catres en que habitan. La luna la echó de melindrosa y no quiso dejarse ver por los huecos de las ventanas, que debieron tener vidrios, sin cierta fuerza mayor que ocurrió al fundarse el establecimiento. Dicho lo malo que había dentro y la obscuridad que reinaba por fuera, es casi innecesario agregar que no pudimos ni dormir la noche ni pasarla á la luz de la compañera de los desvelados.

Al amanecer nos despertó el conductor de la diligencia, mestizo de reducida estatura y doctor en pereza.

La diligencia era como todas las diligencias, salvo que la manejaban ocho postillones, caballeros en otros tantos caballos, cargados de años, de hambre y de mañas.

Entre los pasajeros iba un ingeniero alemán, un comerciante que trataba de introducir en Córdoba el alumbrado á gas,

un poeta que había escrito dramas y un canónigo de la Catedral del Paraná.

En el camino tropezábamos de tiempo en tiempo con los troncos de los árboles derribados para fabricar durmientes para el ferrocarril central; sorprendíamos de cuando en cuando alguna familia de huancos, ó encontrábamos de hora en hora alguna tropa de carretas, cuyos conductores parecían solazarse con la parsimonia de sus bueyes.

Llegamos á Chapa, primera posta de esta jornada.

La posta de la pampa es el lugar en que se mudan caballos ó se pasa la noche. El Estado subvenciona á los que se consagran á este servicio, que desatienden hasta donde es posible descuidarlo.

En la posta hay un corralito de ramas, en el cual se cogen los caballos para la muda, un pozo de agua salobre, y dos ranchos: uno para alojamiento de los pasajeros y otro para habitación del llamado *maestro* de la ya nombrada estación. Los peones duermen bajo la *ramada* en que se cocina, ó de la diligencia que conducen.

Nos detuvimos en tres puntos llamados Chamico, Lujunta y Empírea. Éste no tenía de su tocayo sino las dificultades del camino.

Caía la tarde cuando nos aproximábamos á *lo de Villalón*, donde debíamos dar por terminada la jornada. Desde una larga distancia descubrimos más de cincuenta gauchos á caballo, lo cual no dejó de alarmarnos, á pesar de que el dormilón del mayoral nos dijo que se trataba de carretas, y nos aseguró que éstas ocasionaban aquel grupo de gente fosca y mal pergeñada.

Bajamos *donde Villalón* con cierta desconfianza por la seguridad de nuestros equipajes, golosina que suponíamos muy del paladar de aquellos beduinos, que parecían repetir por lo bajo y con tonada el célebre dicho de Proudhon: *la propiedad es un robo*. Pero apenas descubrieron al canónigo, todos echaron pie á tierra y empezaron á saludarlo y pedirle la bendición. Las exclamaciones de *¡paire! ¡mi pagre! ¡el curita!* y sobre todo los innumerables: *¡mi tío! ¡mi señor padrino! ¡el que me casó! ¡el que me bautizó el muchacho!* que resonaron

en torno del sencillo sacerdote, nos tranquilizaron y volvieron la seguridad de que nuestros equipajes continuarían siendo nuestros al día siguiente.

Como por casualidad apareció un fogón, sobre el fogón una marmita, y junto á la llama de la leña un asado.

Aquellos buenos hombres, sospechados por nosotros de malas intenciones, se reunieron al amor de la lumbre á esperar al canónigo que, de regreso á sus pagos, les iba á hacer el honor de *presidir el fogón*.

Comimos en una mesa de tres pies, traicionera y maligna, que á cada momento se cchaba al suelo, y sentados en escaños de adobe, que de puro sólidos nos hacían ver las estrellas.

A contemplarlas de veras salí yo. La luna se alzaba en el confín izquierdo de la llanura, tan pálida que parecía enferma. Un cielo azul y transparente, salpicado de puntos luminosos, cubría el cuadro. Los lejanos balidos de los rebaños de cabras, mezclábanse con los incomprensibles rumores de la soledad. Una que otra luz revelaba la existencia de otros hogares, más misera-

bles que el que ardía á pocos pasos, en torno de los cuales quizá se hablaba de amor, y cuya llama secaba tal vez las lágrimas del gaucho soldado ó de la madre viuda, errante como el paria.

La luz del fogón campesino, siempre inspira tiernos sentimientos. La esposa que no tiene para el hijo de su amor otra cuna que sus brazos desfallecidos, el pastor miserable y vagabundo, el payador que entristece el desierto con las notas de su guitarra, y el beduino desertor de los ejércitos, encienden esos fuegos en la única hora en que son libres y felices. El fogón es su centro social, y el fuego el único amigo que los acalora. ¡Sí, el fuego, corazón del planeta, artífice en la fábrica, guía cuando es luz y vida cuando es calórico, es inspiración, amor, esperanza, cuando arde en la pampa desheredada!

A las tres de la madrugada del 1.º de Marzo nos pusimos en marcha hacia Córdoba. Atravesamos con dificultad un lugar

arenoso, que debíamos pasar con *la fresca*, para no fatigar los caballos, y entramos, ya de día, en los campos vecinos á la posta de Moyano, cubiertos de margaritas silvestres y de una hierba de emanaciones resinosas llamada *poleo* ¹.

El Río Segundo ², que atravesamos, tirada la diligencia por bueyes, me pareció encantador. Apenas lo vadeamos bebimos de su agua deliciosa, y nos detuvimos un momento á admirar el paisaje, en cuyo fondo apenas se destacaban las sierras sonrosadas. Quebraban la monotonía de ambas márgenes del río algunos ranchos, blanqueados con cal indígena, de una albura sólo comparable con la de la nieve. Veíanse en los techos de esas cabañas, tendales de duraznos descarozados puestos á secar al sol.

Los postillones refrescaron en la pulpería

¹ El *poleo* es una planta medicinal de virtudes astringentes.

² El sabio Burneister, citado por el señor Lastarria en su precioso trabajo *La Pampa Argentina*, describe así el sistema fluvial cordobés: «Se forma de los cinco ríos separados que nacen de la sierra de Córdoba y sus dependencias, tomando su dirección principal al Este. El Río Primero y el Segundo se pierden en Lagunillas, el Tercero entra al Paraná, el Cuarto en el Tercero bajo el nombre de río Saladillo, y el Quinto que nace de la sierra de San Luis se pierde en unos pantanos en la sierra austral de Córdoba».

vecina, cuyas existencias no pasaban de dos azumbres de aguardiente y una hornada de tortas.

A mediodía llegamos á la posta de Rodríguez, posada regular, cercada de algarrobos, con un jardín y una laguna artificial al frente. En el palenque nos aguardaba la propietaria del parador, mujer alegre, cuarentona, ordinaria, parlanchina, hospitalaria y afectísima á encontrar semejanzas. Antes que hubiéramos pisado el patio de la casa, ya sabíamos quiénes eran nuestros parecidos de Córdoba. Entre las plantas del jardín, y más rosada que sus claveles, se hallaba una muchacha fresca, robusta y lectora de novelas por entregas.

No habíamos vuelto del fastidio que nos produjo el cariño irreflexivo de doña Eduvigis, cuando nos gritó desde el pescante el mestizo dormilón: *¡Córdoba!*

Estábamos sobre la ciudad y no la veíamos. Edificada en una hondonada, se la descubre de golpe después de ascender una

rampa natural. Es muy agradable la primera impresión que produce la variedad de formas de las torres y el número de cúpulas, agrupadas á la derecha del pasajero. Se comprende á una simple mirada la importancia de aquella población, por la abundancia de grandes y hermosos edificios públicos que ostenta en sus arenosas calles. El más inexperto reconoce en ella la ciudad que ciñe el bonete de Santa Teresa.

El aspecto grave de sus monumentos y la solidez de las construcciones, imprimen á Córdoba cierto carácter de majestad que habla al corazón del viajero de una pasada grandeza, de un antiguo esplendor, de una tradición, de algo que debe tener su novela y su historia.

Se ha dado en incurrir en una especie de crueldad, que se parece al desprecio que algunos abrigau por los hombres de otra época, lanzando el ridículo sobre todo lo que tiene origen ó se relaciona con la ciudad de Córdoba. Si algún pueblo de la República se hace acreedor á un proceder contrario, es aquel que cuenta entre sus edificios los claustros de una célebre Uni-

versidad y las aulas del colegio de Monse-
rrat, en que se han educado muchos de los
hombres que han figurado en nuestro país.

Convengo en que los pueblos que no son
sino Universidad, Bolsa ó Convento, incu-
rren en exageración al subordinarlo todo á
las leyes, al comercio y á la teología. Pero
no por eso debemos desconocer lo bueno y
lo bello que se esconde detrás de esas exage-
raciones. No están tan difundidas en la
República Argentina las ciencias y las
letras, para que podamos mofarnos impu-
nemente de la Universidad y de los doctores
de Córdoba. Si hay en aquélla algún pueblo
susceptible de ser con el tiempo el emporio
del saber, no será aquel que haya engen-
drado más soldados ó que tenga la vani-
dad de manejar mejor la lanza. Tal gloria le
cabrá al que conserve más vivas sus tradi-
ciones literarias y crea que el bastón del
doctor es preferible al sable del montonero.

La Universidad de Córdoba, salvada por
el cariño filial de los cordobeses, está lla-
mada á ser en esta época lo que fué con
relación á los tiempos en que floreció. Pero
esto no se conseguirá inventando anécdotas

picantes que sólo sirven para entretener la ociosidad, ni dando pábulo á preocupaciones que producen el desprestigio de una parte de nuestra propia familia. Con la burla no se edifica: con el lápiz de Cham no se trazan programas de reforma ¹. Los caricaturistas no están llamados á cambiar la faz de la tierra. Esta misión corresponde al amor, que liga las voluntades, y á la ciencia que fecunda la inteligencia, en que se siembran ideas, y el campo en que se siembra trigo.

Estas reflexiones se me venían á la imaginación escuchando á algunos de mis compañeros de viaje que saludaban á Córdoba con la risa del desdén y con epigramas más ó menos mordaces. Al consignarlas aquí creo llenar un deber de justicia y corresponder con ello á las demostraciones de cariño de que fuí objeto en aquella ciudad. En los días que permanecí en su seno, advertí que

¹ El Gobierno nacional ha colocado la Universidad de Córdoba en el ancho carril del progreso, reformando su plan de estudios y estableciendo en ella la enseñanza de las matemáticas y de las ciencias naturales.

el amor irreflexivo del pasado había desaparecido para dar paso á un nuevo culto. Córdoba se preparaba para celebrar la inauguración del Ferrocarril Central, de la Exposición y del Observatorio Astronómico. En medio de mis buenos é inolvidables amigos, se afianzó esta creencia, antigua en mí: no son los más civilizados aquellos que colocados en frente de lo mejor ó de lo más nuevo, desprecian el legado y el nombre de sus padres.

Paréntesis á un lado.

La ciudad de Córdoba está edificada en una hondonada cubierta de arena, á lo cual debe adjudicarse el fuerte calor que reina en el estío. Delineada como todas las ciudades españolas, presenta, mirada desde la azotea del Hotel de la Paz, el aspecto de un gran damero, en el cual descuellan, como piezas de un ajedrez proporcionado, las torres y miradores de los edificios públicos.

El más notable de ellos es la Catedral,

que revela el sello que los moros imprimieron en las artes españolas. Trabajada en piedra, sus torres están cubiertas de esculturas y calados hechos á punta de cincel. Se advierte cierta desproporción entre las naves laterales, un poco estrechas, y su amplia y magnífica nave central. En el fondo de ésta se levantan el altar mayor y su magnífico tabernáculo de plata.

Los jesuítas dejaron sin terminar la iglesia de la Compañía, de propiedad de su Orden. Este templo, de piedra de sapo, está revestido desde la cúpula hasta la base, de cedro del Paraguay, perfectamente tallado. En las paredes se encuentran los retratos de los santos de la Compañía. El altar mayor conserva un buen cuadro de la escuela flamenca, representando la muerte del Salvador.

Santo Domingo fué construído en 1861, bajo el mismo plano, aunque reducido, de la iglesia de igual nombre existente en Buenos Aires. En la nave de la izquierda hay un altar gótico consagrado á la Virgen del Rosario. La imagen tiene entre las manos el bastón que Liniers le ofreció en los momen-

tos críticos de la defensa de Buenos Aires en 1807.

Este templo fué construído por un fraile tan ilustrado como piadoso. Propagandista y obrero, maestro y director un día de gran parte de la juventud de Buenos Aires, su nombre, ya escrito en la piedra de la tumba, está grabado también en el corazón de centenares de personas. Fray Olegario Correa es una de las glorias de Córdoba.

San Francisco, la Merced, San Roque, la capilla del Hospital, dirigido por las Hermanas de la Misericordia, Santa Catalina y Santa Teresa, no tienen nada de notable. Los dos monasterios de monjas que he nombrado, brillan por el aseo y los preciosos adornos fabricados por las religiosas.

En el convento de Santa Teresa existe una monja que fué compañera de infancia de mi madre. El día en que visité el convento la hice llamar al locutorio. Al escuchar su voz, que yo creía que debía tener la frescura de la de mi madre, experimenté una sensación inexplicable. Ella me advirtió que entre el presente y el día que murió aquélla, mediaban muchos años. Era la

primera vez que me imaginaba á mi madre envejecida. Me entristeció la idea de que sus hijos no hayan podido servirle de apoyo, ni recibir las lecciones de su experiencia. El tiempo acrecienta en mí dos sentimientos que se ha dado en decir que se debilitan con la edad: la fe en Dios y el amor por mis muertos. A proporción que avanzo en mi camino, creo más y amo más á mis antepasados. Así se lo decía, en la tarde de aquel día, al Obispo de Córdoba, venerable sacerdote, antiguo amigo de mis abuelos, y testigo del esplendor de su familia, ahora despedazada por la ola de los acontecimientos.

Al día siguiente visité el Colegio Monserat, célebre en los anales argentinos. Este magnífico edificio, construído por la Compañía de Jesús, está ocupado actualmente por el Colegio Nacional. El establecimiento consta de dos departamentos, cruzados por tubos acústicos que se comunican con las oficinas de la dirección. Tiene algunas

habitaciones construídas con el propósito de hacer imposibles las conversaciones á media voz. La palabra se escucha claramente desde el centro de ellas, aun cuando sea pronunciada en las extremidades.

La Universidad, fundada en 1666 por el señor Trejos, es el más renombrado de los edificios cordobeses. Esta casa, consagrada á la enseñanza del derecho y la teología, ha sido la cuna de los más notables ingenios de nuestro país. El ruido de los pasos del que la visita parece despertar en el fondo de sus claustros los ecos de los pasados disertantes. Se cree escuchar la voz de los que, obedeciendo á un sistema escolástico en boga, defraudaban la nación de sus luces, malgastándolas en interminables sabbatinas. Pero á pesar de esto, se percibe algo que nos dice que allí residía la única ciencia que la colonia poseía; que allí germinaron las semillas de cuyos frutos nos envanecemos los espigadores del presente.

El edificio de la Universidad, que ha sido restaurado, está formado por dos departamentos de doble piso. En el lujoso salón de grados se encuentran los retratos de algu-

nos hombres notables. La Biblioteca, fundada en 1818 por el doctor don Manuel Antonio Castro, está formada, en su mayor parte, por autores antiguos de ciencias políticas y morales. Existe una sala de dibujo natural dotada de modelos de estatuas romanas. Los gabinetes de física y química no son de gran importancia.

Aun se enseña á los visitantes, en el patio principal de la Universidad, un intersticio que comunicaba con el entresuelo del primer piso de los claustros, y por el cual pasaban los estudiantes revoltosos para ir á buscar refugio en la vecina iglesia de la Compañía.

El paseo de Córdoba, que ocupa una manzana, tiene en su centro un lago artificial. Cuatro aceras, resguardadas por una doble fila de árboles corpulentos le forman marco. En medio del lago hay un kiosco, en el que se coloca la música, que atrae la concurrencia en los días festivos. En las noches de luna se recorre en bote aquel

lago, navegado por blancos cisnes. Cuatro arcos, colocados en los ángulos del paseo, franquean la entrada á los visitantes. La mano de la gratitud ha escrito en ellos los nombres de algunos de los buenos servidores de la provincia.

La educación popular preocupa la atención del Gobierno y de la Prensa, empeñados en difundir sus beneficios.

El único teatro que existe en Córdoba es de poca importancia, á pesar de que el arte tiene numerosos admiradores en esa capital.

Más de seis publicaciones, diarias y periódicas, número excesivo tratándose de una provincia mediterránea, revelan su amor por la lectura.

Córdoba cuenta con varios establecimientos comerciales de lujo, entre los cuales descuellan los cafés y hoteles.

Todo lo que en Córdoba estudié y vi me hizo comprender que esta ciudad no era, como se me había hecho creer, una ciudad muerta.

Córdoba esperaba dormitando la hora de despertar, como la aguardan hoy, sentadas á la sombra de la muerte, algunas de sus hermanas.

Abiertas las puertas del interior por el gran Central Argentino, ella será lo que está llamada á ser, lo que de sus tradiciones debe esperarse en orden al progreso moral y material: el segundo pueblo de la República.

IV

ALTA GRACIA

El 6 de Marzo salí de la ciudad de Córdoba en dirección á Alta Gracia.

El camino que conduce á aquella hacienda carece de interés, aun cuando está cubierto de bosquecillos y rodeado por las sierras.

Llevábamos una hora de viaje, cuando avistamos al pie de éstas una pequeña masa blanca. El conductor nos dijo que ese punto era la antigua morada de mis abuelos.

El camino se estrecha momentos antes de llegar á una pendiente, en cuyo término se encuentra la puerta principal de Alta Gracia.

Al acercarme á aquella casa, experimenté la conmoción que sacude los nervios del que llega á su hogar y lo encuentra vacío.

Todas las historias que á su respecto había oído á mis abuelos, sus sufrimientos, los placeres y las tristezas que habían pasado á la sombra de aquellas bóvedas levantadas por la Compañía de Jesús, se agolparon á mi memoria al pisar el cuadrado patio de la entrada.

Busqué á la derecha, instintivamente, los graneros en que mis abuelos guardaban las semillas y el fruto de las cosechas que dividían con los pobres; á la izquierda, la escalera del coro; y al frente, la doble gradería de piedra que franqueaba el paso á los corredores que rodean la casa.

Todo estaba como en el día en que aquéllos la abandonaron para siempre.

Las hierbas del patio y las injurias que el tiempo ha inferido al edificio, era lo único que no conocía en Alta Gracia.

El aspecto de la casa, al parecer deshabitada, trajo á mi memoria esas moradas solariegas ocupadas solamente por algún viejo y fiel servidor, que espera en vano la

vuelta de sus señores, proscritos y perseguidos por los hombres que les sucedieron en el poder y el favor de los pueblos.

Me recibió, en la galería del frente, el mayordomo de los descendientes de Solares.

Cuando conoció el objeto de mi viaje, se mostró complacidísimo de mi visita.

Su obsequio me llenó de placer, porque comprendí que la memoria de mis mayores no había caído en el olvido que sucede á la desgracia, á la ausencia y á la muerte.

El buen hombre me condujo al salón, alhajado con muebles que pertenecieron á los jesuitas.

Desde las ventanas de esta cámara se domina un hermoso espectáculo formado por las sierras, el huerto, y las ruinas de dos molinos, cuyo motor debió ser el agua del vecino arroyo.

Después de contemplar aquel paisaje tantas veces pintado al niño con los sencillos colores de una narración empapada en lágrimas, el hombre quiso doblar la rodilla en el templo de Alta Gracia.

Me imaginaba que la oración que yo elevara al pie de sus altares, debía ser

escuchada en el cielo por aquellos que me infundieron la vida.

Al pasar por delante de las habitaciones que dan al claustro que es necesario atravesar para bajar al templo, mi guía me dijo que conservaban el nombre de los que las ocuparon antes que la hacienda fuese vendida á los ascendientes de sus actuales poseedores.

El templo, consagrado á la advocación de Mercedes, está perfectamente cuidado.

Debajo de su pequeña cúpula y frente á los altares dedicados á la Virgen del Carmen y al Cristo crucificado, hay una lápida.

Esta losa cubre las cenizas de un hombre honrado á quien las gentes de los alrededores llamaban el *Patriarca de Alta Gracia*: de un cristiano que había restablecido en aquellos lugares los hábitos sencillos de los antiguos tiempos; de un juez oficioso que dirimía amigablemente las querellas de los vecinos, sujetando sus acciones á la ley de Dios; de un amigo fiel que ha conservado vivas las tradiciones de mi familia, salvándolas del olvido en el corazón sin malicia de los pobres y de los pastores.

La mano de la gratitud ha grabado sobre la piedra de su tumba estas palabras, que leí al terminar la oración que consagré á mis mayores:

LAS LÁGRIMAS DEL NIÑO HUÉRFANO. DE LA VIUDA
DESAMPARADA Y LAS DEL POBRE DESVALIDO,
SE DERRAMARÁN EN ESTA FRÍA LOSA AL
RECORDAR Á SU BENEFACTOR

DON JOSÉ MANUEL SOLARES

Q. E. P. D.

*Murió el 28 de Agosto de 1868 á la edad de
84 años y 8 meses.*

SUS FIELES AMIGOS NUNCA LO OLVIDARÁN

La mayor gloria á que puede aspirar el hombre de bien es á la gratitud del mendigo y de la viuda á quienes amparó; del amigo y del extraño á quienes legó bellos ejemplos de abnegación y caridad. Los que escribieron en el mármol las sencillas palabras que acaban de leerse, tal vez no se imaginaron que otras lágrimas que las del huérfano, la viuda y el pobre cayeran sobre la humilde sepultura de Solares.

Las mías la han regado también, en nombre de sentimientos casi desconocidos en estos tiempos en que la indiferencia ahoga en la memoria el recuerdo de los que fueron y desaloja del vacío corazón las imágenes que perturban sus placeres con la sombra de la muerte.

A pocos pasos de la tumba de Solares se encuentra la puerta del templo de Alta Gracia, que da á un pórtico, en forma de anfiteatro, desde el cual se domina una aldehuela, cuyas casas se alzan sobre un terreno ligeramente ondulado.

A la derecha del pórtico está el cementerio de los jesuítas, y un poco más adelante, pero en la misma línea, el obrador en que trabajaban sus esclavos.

Cuando sonó el toque de la oración, las mujeres que habían ido á llenar los cántaros en las vertientes de los arroyos inmediatos al tajamar, los depusieron en tierra, cruzaron los brazos y unieron el murmullo de sus oraciones al del agua que se desli-

zaba mansamente entre las piedras de las acequias.

En el templo encontramos un grupo de ancianos, mujeres y niños, que habían acudido convocados por la campana, cuyos metálicos sonidos resonaban en las sierras vecinas.

Asistí á la exposición del Santísimo Sacramento y á la *Salve* que cantó el pueblo, desde la tribuna destinada á mis abuelos.

Aun cuando nos separa el sepulcro con barreras que sólo la muerte puede hacernos salvar, el recuerdo los animó allí, á mi lado, y la oración puso sus almas al habla de la mía.

Terminada la ceremonia religiosa recibí la visita de varias personas que, habiendo sabido mi llegada, tuvieron la galantería de venir á pedirme noticias de los descendientes de Liniers, dispersos en ambos mundos.

Entre estos buenos vecinos se contaban algunas negras. Me presentaron su cuarta generación, comunicándome, con voz conmovida, que algunos de los últimos miembros de su descendencia llevan el nombre

de sus señores, como prenda de la gratitud que guardan á la familia de Liniers por haber dado libertad á sus hijos.

Este reconocimiento revela que al adelantarse á su época los miembros de esa familia, sembraban el bien en tierra fértil, y que no tienen razón de ser las preocupaciones de los que creen que el corazón de las razas inferiores rechaza los sentimientos generosos.

Los que despedazan el cuerpo del negro no pueden esperar de él, como no puede esperarse del hombre de la raza blanca á quien se maltrata, sino odio y venganza.

Concédasele al negro lo que le pertenece, devuélvasele lo que bárbaras costumbres le quitan, y encontraréis en él un ser capaz de agradecer lo que otro hombre no agradecería á su orgulloso prójimo.

En la madrugada siguiente á esta noche inolvidable, me despedí de Alta Gracia.

Antes de abandonar el viejo caserío visité el huerto, me detuve un momento en la reja del cementerio, subí al claustro desde donde se descubren las sierras, sourojadas en aquella hora por las primeras caricias

de la luz, presté oído atento á los murmullos de los bosques y al canto de las aves, que me imaginaba reunidas en las cornisas y los árboles en que anidaron sus predecesores, aquellos que anunciaban á mis abuelos la llegada del día.

En esa hora de muda contemplación, me sentía colocado en medio de dos fuerzas opuestas: una me retenía á aquel lugar, otra me impelía á abandonarlo.

Experimenté en Alta Gracia algo parecido á lo que siento en los momentos que preceden á la salida de mi casa para emprender un largo viaje.

Mis pies parecían ligados á aquel lugar, que debía abandonar obedeciendo á los dictados de la razón.

Como aquel que huye de lo que no puede poseer, me separé rápidamente del muro en que me apoyaba, bajé de dos en dos las gradas de la escala y me arrojé al fondo del coche á esperar á mis compañeros.

Al partir, éstos tenían los ojos cargados de sueño: yo llevaba los míos repletos de lágrimas.


Sobre las ruinas de los monumentos

modelados por el hombre, lloran y cantan artistas y poetas: sobre las ruinas del esplendor del hombre, modelado por Dios, suelen llorar sus descendientes...

Ha dicho Lamartine ¹, hablando de la huella que deja la inteligencia en el corazón, que las llagas que abre el fuego sagrado no cicatrizan nunca. Otro tanto podría decirse de las heridas que la injusticia abre en nuestro pecho. La historia que se escribe con lágrimas es inmortal.

¡Ah! ¡si pudiéramos empapar nuestra memoria en las aguas del Leteo!

¹ *Nuevas confidencias.*



V

RIO CUARTO

El 9 de Febrero salimos de Córdoba con rumbo al Río Cuarto, donde debíamos tomar la Diligencia de Mendoza. El camino no nos presentó novedad digna de ser apuntada. Atravesamos muchas propiedades, cubiertas de alfalfares unas, de duraznales otras, y de corpulentos algarrobos casi todas. Volvimos á vadear el Río Segundo, é hicimos alto en un rancho desvencijado. Caía la tarde cuando, después de comprar un ternero y de ordenar su muerte, nos sentamos en un banco de madera á la puerta de aquella miserable habitación. Nuestros pulmones necesitaban aire respirable. El bochorno del día no había cesado. Los condores de la sierra, que iban y

venían atraídos por el olor de la sangre del becerro, y las aves de paso que cruzaban dando gritos, eran los únicos animales que demostraban indiferencia por el calor. Las hojas de los árboles estaban como talladas en sus ramas. Se percibía ese olor á quemado, peculiar de la pampa en el verano y producido por los incendios de los pajonales. Un velo negro é impenetrable se extendió por fin sobre el firmamento. En dirección al Norte empezamos á ver reflejos rojizos, de breve duración, que parecían fognazos de artillería, y que eran, en verdad, perezosos relámpagos. Todo presagiaba una de aquellas tempestades que no olvida el que viaja por los campos de Córdoba. La noche transcurrió sin otra novedad que cierto murmullo semejante al mugido de los toros encerrados en el brete. Era el trueno que rezongaba impaciente entre las nubes, como murmuran las notas de un órgano dentro de los tubos de plomo, cuando una mano débil recorre su teclado. El día no llegaba á pesar de haber pasado la noche. De pronto se derramaron en el espacio todos los colo-

res del iris. Una inundación de luz fosfórica cubrió los campos y llenó el vacío. Las sierras debieron temblar al escuchar el ruido de las descargas eléctricas, que simulaban el estrépito de una batalla colosal. Las pampas, las montañas y el hombre desaparecieron ante la majestad de la tormenta que todo lo avasallaba. Infinitas saetas de fuego atravesaban la atmósfera inflamada. El huracán, escapado de su cárcel, iba y venía con desesperación. Parecía que la demencia hubiese invadido los cuatro puntos cardinales del horizonte. Una granizada seguida de torrentes de agua, puso término al desacuerdo de los elementos. La calma sucedió en breves momentos á aquella tempestad, hermana legítima de las que sacuden ó derriban los bosques de los trópicos.

Aun cuando el sol apareció, su palidez auguraba la continuación de la lluvia. El mayoral advirtió que debíamos seguir nuestro viaje, porque en caso contrario nos exponíamos á pernoctar de este lado del Río Tercero.

Apenas nos pusimos en marcha se ocultó

el sol: una segunda granizada obligó á los peones á desatar los caballos del coche y á refugiarse debajo de él, para salvar sus cabezas de pedradas y chichones.

Cuando volvimos á andar, la temperatura había bajado considerablemente.

El campo que recorriamos presentaba un bellissimo aspecto. Cubierto de lomadas y de hierbas, servía para el pastoreo de numerosos rebaños de ovejas y cabras. Los animales, empapados por la lluvia y amedrentados todavía por la tempestad, permanecían en pie y arrimados los unos á los otros como para prestarse protección.

A mediodía pasamos un gran pedregal, dominado por algunos talas seculares y rodeado de molles de hojas cenicientas.

El ruido de una corriente nos apercibió de la proximidad del Río Tercero, de impetuoso y turbio caudal. Lo atravesamos con algún esfuerzo; y una vez en la opuesta orilla, paso á paso y dando tumbos, porque las piedras interceptaban el camino, llegamos á la posta de Tegua, término de la jornada.

Con los primeros albores del día abando-

namos aquella malhadada ranchería. A las doce vadeamos el Río Cuarto, en cuyas orillas lavaban sus ropas los soldados de guarnición en el pueblecito vecino.

A la sazón ocupaba aquel lugar el Teniente Coronel Mansilla, Comandante de la frontera S. S. O. de Córdoba. Ligado á él por una antigua y bien probada amistad, y deseoso de transmitirle las palabras que en su honor había oído en todas partes, ansiaba verlo, estrecharlo y anudar nuestra interrumpida conversación de Buenos Aires.

No había caminado cuatro pasos en las calles del Río Cuarto, cuando se me presentó uno de los ayudantes de Mansilla: él lo enviaba para que me condujera á su alojamiento.

Lo encontré afectuoso, bien puesto, bien plantado, quemado por el sol, con la piel curtida por el aire del desierto.

Las mesas de su oficina, cubiertas de libros y de planos, y dos escribientes que pluma en mano esperaban órdenes, me

hicieron comprender que mi colega de redacción en diario que no circulaba á fuer de sensato, estaba en plena actividad.

La actividad de Mansilla es martirizadora para sus amanuenses. Hombre de hierro que no conoce la fatiga, se imagina que sus adláteres son formados de la misma materia. La mirada floja y la actitud desfallecida de los que en aquel momento bendecían mi llegada, daban testimonio del error en que, respecto á sus fuerzas, estaba su buen jefe.

La oficina era un mare magnum de gentes de todas profesiones, desde la muy digna del sacerdocio, representada por venerables franciscanos, hasta la muy productiva del comercio, encarnada en el honrado y cascarrabias proveedor de la guarnición. Les seguían unos indiazos sucios y mal cubiertos, mujeres que imploraban gracia en nombre de sus cónyuges, viejos desocupados que iban á caza de noticias, y abuelas agradecidas que llevaban al Comandante huevos de tero y avestruz.

Mansilla echaba su párrafo con los franciscanos, desesperaba á encargos al proveedor, platicaba con los indios, concedía ó

negaba amnistía á las mujeres, sorprendía á los buenos viejos con algún episodio que los dejaba boquiabiertos, mandaba á la cocina á las viejas, y tenía tiempo para expedir órdenes, escribir la correspondencia oficial, dictar centenares de epístolas, y atender al gran pensamiento que lo preocupaba. Consistía éste en restablecer, en primer lugar, la disciplina, y, en segundo lugar, en avanzar la frontera al Río Quinto. Se proponía ligar su extrema izquierda con el pueblo del 25 de Mayo (provincia de Buenos Aires) y con el Sud de Santa Fe, practicando previamente una expedición formal al desierto.

Dudo que haya al frente de operaciones de este género un hombre de más espíritu y de más perseverancia, y aseguro, sin hesitar un momento, que es imposible encontrar otro más activo y resistente.

Mansilla está dotado de una naturaleza excepcional. Se puede decir que es un hombre que ha ensayado todos los caracteres y que no muestra el propio sino en las situaciones supremas.

Lo he conocido italiano, inglés, francés,

oriental y argentino: artista, hipocondríaco, espiritual, indolente, imaginativo. De un día á otro rompe sus pinceles, arroja el *spleen*, abandona á Voltaire, desprecia el *dolce far niente* y se divorcia de los sueños poéticos. Ha llegado la hora de escribir y se hace periodista; ha llegado la hora de combatir y es soldado; ha llegado la hora de atravesar la pampa y es gaucho; ha llegado la hora de trabajar y es chino. Pero ¡qué digo! ha sonado la hora de la actividad y de la lucha y es, es él. Entonces deja sus modelos y asume su verdadero carácter. Arroja la máscara italiana, francesa é inglesa, y se presenta Mansilla por activa y Mansilla por pasiva.

La villa del Río Cuarto, importante pueblo de la frontera cordobesa, es el cimiento de una gran población. Situada en un punto estratégico de la República, es la gran estación de las diligencias que la atraviesan y de las tropas de carretas que conducen al litoral los productos del interior.

Actualmente no tiene un edificio mejor que la iglesia que construyen los franciscanos.

El trazado del pueblo es excelente: los edificios son de ladrillo y azotea, y las calles rectas y espaciosas.

Si se toman en cuenta la situación geográfica y las promesas del porvenir comercial de la República, se puede asegurar, sin vacilación, que el Río Cuarto es una de las ciudades argentinas de más esperanzas.

El ramal del ferrocarril central que se trata de llevar hasta sus puertas, será para ella un mensajero de riqueza y el principal agente de su engrandecimiento.

La población hará la ciudad, y la agricultura labrará su prosperidad.

VI

LA PAMPA.—ACHIRAS

«La jurisdicción de Buenos Aires, dice el Padre Lozano ¹, parte términos con la de Santa Fe en el arroyo de las Dos Hermanas: con la de Córdoba en la Cruz Alta, y con la de Mendoza, ó la Punta en el río que llaman Cuarto y en distancia de más de sesenta

¹ *Historia de la conquista de las provincias del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán: contiene la población de sus ciudades y progreso del dominio español en esta parte de la América meridional, por el Padre Lozano, de la Compañía de Jesús.* Esta afamada obra se mantiene inédita. En la Biblioteca Americana del señor don Gregorio Beeche existe una copia que se supone fué la que su autor envió á España preparada para la imprenta. Este ejemplar lo obtuve en Madrid, en una librería de viejo, el señor Vicuña Mackenna. El señor Beeche lo compró al señor Vicuña.

La obra consta de dos gruesos tomos escritos en papel florete. El índice y la protestación de la fe del autor parecen de puño y letra del Padre Lozano. Esta última está dada en Córdoba de Tucumán á 8 de Julio de 1745. Algunas enmendaturas hechas en esta excelente copia, pertenecen á la misma letra con que está escrita la protestación de la fe. Estas correcciones han sido practicadas en pequeños pedazos de papel que han sido pegados después sobre los párrafos reformados.

leguas al Norte y Poniente: por el Oriente no tiene otros límites que el Océano Atlántico, y por el Sur el celeberrimo Estrecho de Magallanes distante más de cuatrocientas leguas. Este dilatado distrito es todo llanura interminable, que corriendo desde Cabo Blanco en el mar del Norte llega hasta la cordillera, formando un célebre desierto que llaman Pampas, castellanizado ya el vocablo, que es propio de la lengua *quichua*, general en el Imperio Peruano en que significa campo raso, y lo son tan dilatadas que no quedan inferiores á los desiertos más famosos del orbe, cuales son los de Libia y Tartaria, porque su extensión es por partes de trescientas leguas desde el mar á la cordillera, y de más de cuatrocientas desde el Estrecho á Buenos Aires: sus caminos fué preciso abrirlos con aguja desde una á otra ciudad de las que hay en los confines, y fuera forzoso usarla hasta el presente á no ser tan frecuentados; pero por tierra adentro no se puede dar paso sin ella, como si uno se hallara en alta mar, pues no se descubre sino cielo y tierra sin término, que por eso con razón las llamaba el Ilustrísimo

señor Victoria, Obispo del Tucumán, con graciosa analogía: *Mare magnum terrestre*, al modo que llaman *mares arenosas* á los vastísimos campos llenos de arena y salitre, que corren los que de Siria van por Persia á la India, ó los que de Egipto se conducen para la Etiopía.

»Diferenciáanse estas pampas de los otros desiertos en que no son tan estériles é infecundos, sino antes muy pingües en partes, que por siglo y medio sustentaron muchos millares de ganado vacuno, y hasta hoy dan alimento á millaradas de caballos y yeguas cerriles y bravías, que aquí llamamos *cimarronas*, y se halla bastante caza de venados, avestruces, y otros animales propios del país, fuera de mucha volatería. Esta fecundidad proviene no tanto de ríos y arroyos que los bañen ó rieguen, que en la realidad son muy pocos y de no mucho caudal para región tan amplia, cuanto de las lluvias frecuentísimas del invierno, de las cuales en ciertos parajes se forman aguadas, á que concurren los animales del país.

.

»Nuestro Juan de Ulloa supone que por

la falta de montes que guarden y condensen en lluvias las exhalaciones marítimas ó terrestres, son inhabitables nuestras pampas. Pero por lo dicho consta que es diversa la razón, pues vemos que llueve copiosamente, y que no son precisamente necesarios los montes para la formación de las lluvias, sino que el estar inhabitadas provienen, ó de que esa agua no se puede recoger sin sumo trabajo, de forma que baste para dar de beber á grandes poblaciones, ó lo más cierto, porque ha habido siempre falta de gente española para poblarlas, y se sabe que en la tierra adentro viven muchos infieles, que no sucede en los otros desiertos de Libia y Tartaria, por ser el suelo arenoso y esterilísimo.

» Los vientos en estas pampas son furiosísimos y sobre manera frígidos los que soplan de la cordillera, desde que no encontrando altura en que quebrantar su furia, llegan al mar ó al Río de la Plata, tan violentos, que se hacen temer de los navegantes, quienes desde el lugar por donde atraviesan los llaman *Pamperos*, y en los tiempos que reinan más frecuentes, que son los meses de

Junio, Julio y Agosto, es muy difícil tomar la boca del Río de la Plata á las naves que vienen á Buenos Aires, porque, ó ya entradas las arrojan en alta mar, ó las detienen meses enteros para que no entren ».

« Los confines de la provincia de Cuyo ¹, dice el Padre Ovalle, por la parte del Occidente son Chile, por la del Oriente son las Pampas, y llanadas del Río de la Plata y parte de las de la Gobernación de Tucumán, que extendiéndose de allí hasta la de la Rioja y tierras de San Miguel, con todo lo demás que se comprende entre Salta y Jujuy, le hacen banda por el lado del Norte y por la del Sur la del Estrecho de Magallanes. Todo lo contenido en esta circunferencia son llanadas escombradas, y tan dilatadas, que no halla término la vista á la manera que se experimenta en el mar, y así parece que sale y se pone el sol dentro de la tierra, por lo cual después de haber salido no alumbra un buen rato, y consiguientemente pierde la luz de sus rayos antes de perderse sus rayos ».

¹ *Histórica relación del Reino de Chile, por el Padre Ovalle.*—Roma, XLVI.

Entramos en los dominios del pampero el 13 de Marzo.

El comisario pagador de las fuerzas de la frontera me ofreció un asiento en su coche, que marchó escoltado por algunos soldados de la guarnición del Río Cuarto.

En Laguuilla nos detuvimos á mudar caballos y seguimos nuestro camino pocos momentos después.

Algunos pequeños pliegues del terreno interrumpían la monotonía de la pampa, que se nos presentó pocas horas después en su salvaje esplendor.

Grupos informes de cortaderas, campos de gramilla, grandes espacios cubiertos de virreínas y de flores azules, preceden al Paso de los Indios, lugar polvoriento y triste en que la imaginación cree descubrir la huella de los corceles del desierto.

En la Barranquita encontramos rastros de los salvajes: una casa quemada y un huerto destruído, daban testimonio de su estadía en aquel lugar.

Los conductores del coche encendieron una hoguera á pocos pasos de las ruinas, é improvisaron, con una rama de árbol, un

asador, en el cual clavaron un trozo de carne.

Practicaron esta operación con la presteza y buena voluntad de que hacen gala los árabes que conducen á los viajeros que atraviesan el desierto que separa el Cairo del monte Sinaí.

La vida del gaucho argentino tiene muchos puntos de contacto con la de aquellos pobres parias.

Su existencia errante, el desierto que es su teatro, la resignación con que soportan las fatigas, el calor, el frío, el hambre y la sed, y la fidelidad con que sirven al que los trata con cariño, son sus puntos de contacto.

El hijo de la pampa cuida del pasajero como el árabe del peregrino, y es la providencia del que por primera vez arrostra las inclemencias de la naturaleza.

El gaucho es el héroe del desierto: es el personaje de ese gran lienzo cuyo marco está formado por interminables horizontes.

Se necesita poseer su agilidad para atravesar las grandes distancias que separan las poblaciones enclavadas en los llanos; se necesita de su valor para desafiar los peli-

gros del desierto; se necesita de su fuerza para sujetar el potro indomable y el toro bravío; se necesita poseer su instinto para encontrar el rastro del que pasó y el rumbo perdido, y su frugalidad para poder vivir en lugares deshabitados y desprovistos hasta de agua en la estación de las sequías.

La vida del desierto es una verdadera lucha con la naturaleza, que no puede ser aceptada por otros seres que no sean el gaucho ó el beduino.

Es verdaderamente admirable la resignación con que el hijo de la pampa ha aceptado el papel que los hombres le han repartido en el drama de la vida.

Ni se queja, ni se fatiga, ni ambiciona, ni aspira nada.

En las horas de descanso se afana por servir al viajero que conduce, ó toma la guitarra y canta sus amores en coplas informes, vagas, melancólicas.

Su pensamiento íntimo se vela en la penumbra de sus frases incorrectas; pero no así el sentimiento doloroso que inspira sus versos.

El canto del gaucho tiene el perfume del

desierto, perfume indefinido por la diversidad y desproporción de los elementos que lo componen.

La patria, el amor y la amistad se exhalan en sus quejas, como se exhala en la pampa el perfume del trébol y la verbena.

Y así como no podría decirse cuál de estas hierbas esparce más efluvios en la atmósfera, tampoco podría decirse cuál de aquellas afecciones predomina en la composición del canto del gaucho.

El hombre del desierto es susceptible de educación y de perfeccionamiento, porque su corazón es noble, porque la curiosidad aguijonea su espíritu, porque las sombras en que vive no son las sombras de la muerte eterna.

En esta primer jornada de nuestro viaje advertí el placer con que escuchaba nuestras conversaciones y nuestras lecturas.

Después que tomamos el alimento que nos había preparado, leí á mis compañeros algunos fragmentos del *Facundo* de Sarmiento y de la *Cautiva* de Echeverría, libros que siempre me acompañan en mis viajes.

El *Facundo* es el cuadro gráfico de la

pampa, es la historia romancesca de sus héroes, es la filosofía de nuestra tempestuosa historia.

La *Cautiva* es la voz de la soledad, es el aliento del pampero, es el espejo en que el alma ardiente del poeta ha reflejado el alma del morador de la pampa.

Pues bien, aquellos pobres gauchos que nos rodeaban, lloraban al escuchar la lectura del *Facundo*, y sonreían y suspiraban al escuchar los versos de la *Cautiva*.

Su corazón sancionó con la autoridad del que sufre, la verdad de la historia dolorosa del gaucho: su espíritu percibió la revelación del arte.

El filósofo y el poeta engendraron en ellos la doble sensación de la verdad y de lo bello.

El día declinaba cuando seguimos nuestra interrumpida marcha.

Entonces dejé de observar á los extraños para sentir otras impresiones.

El desierto predispone con su luz pálida y sus horizontes sin medida á vagar por la

región de lo informe, de lo aéreo, de lo infinito.

En presencia de las pampas se apoderan de nosotros deseos sin nombre, aspiraciones sin expresión humana.

El corazón escucha músicas lejanas, armonías desconocidas, acentos que no se sabe de do vienen ni á do van, ni de qué ser, ni de qué coro, ni de qué bosque, ni de qué mar, ni de qué cielo emanan.

Las montañas ejercen sobre el espíritu influencias de otro género.

El espectáculo de la montaña nos obliga á reconcentrarnos.

La imaginación pierde en ella la fuerza de sus alas: las visiones adquieren formas: lo vago se convierte en idea y la idea en arrobamiento.

En la montaña el hombre pulsa las cuerdas de su corazón: en el desierto las siente heridas por una brisa melancólica que les arranca al pasar acentos indefinidos: en la montaña, el corazón es una lira de poeta: en el desierto es una arpa cólica.

El escenario y el paisaje modifican el sentimiento.

Si habéis experimentado alguna vez esa pasión que es soplo creador, fuente de juventud, aroma perdurable, calor de la vida y aliento del alma inmortal; si os habéis sentido oprimidos por ella como por la atmósfera, si la habéis respirado como el aire, si platea vuestras noches como la luna y alumbrá vuestros días como el sol; si habéis oído pronunciar el nombre del ser que os la inspira, al árbol, á la brisa y al eco de la soledad, en las noches plácidas del mar, en las mañanas rosadas de la pampa, y en las tardes melancólicas de las montañas, habréis podido comprender que ella es arcano insondable en el Océano, inmensidad en el desierto, majestad en la montaña y poesía en la tierra y en el cielo.

Sí, cada comarca imprime su fisonomía al sentimiento.

Estoy en la pampa y sueño y canto, pero no puedo narrar el sueño ni dar forma al canto.

Visiones de la edad pasada, armonías de la juventud que se va, patria, familia, amigos, sombras, claridades, alegrías, lágrimas, desencantos, ilusiones, todo lo que es

mi historia, todo lo que ha formado la delicia y el dolor de mi vida, se agita en mi corazón removido por un soplo, se ilumina con un rayo de vaga luz en el panteón de la memoria, brilla y pasa.

No experimento ni pena ni alegría, ni dolor ni placer.

Esas imágenes que vienen y van no son tan acentuadas que pueda detenerme á observar sus perfiles: mis dolores no son tan agudos que pueda quejarme: mis placeres no son tan dulces que puedan acariciarme.

Todo lo veo como se ve al través de la nube perfumada del pebetero que humea á sus pies, la mujer que termina el tocado en la noche de sus nupcias: todo lo veo como se ve al través de las lágrimas la ciudad que se abandona: todo lo veo como se ve el cielo en esa penumbra que sigue al sueño y que precede al despertar.

En la gran lámina de los cielos empieza á desvanecerse la luz del sol que se pone en los confines occidentales del desierto.

Á proporción que la tarde avanza, las hierbas y las flores silvestres, semejantes á esos scres humildes que temen ostentar sus

encantos á la luz del día, ó á las naturalezas delicadas que se expanden en el misterio y en la sombra, empiezan á revelar su existencia por medio de sus perfumes.

Las aves de paso, judíos errantes del espacio á quienes el viento parece repetir en todo momento: *¡andad! ¡andad!* dejan escapar sus gritos melancólicos, semejantes á la queja que la nostalgia arranca al corazón del viajero y del proscrito.

Fijos los ojos en el sol que se oculta, y al retirarlos se interponen entre él y mi retina, cien y cien imágenes de su globo, despojadas de luz, sombrías y flotantes, como se interpone entre el pasado y el presente, reproducida por la imaginación, la sombra de un ser querido á quien la muerte arrojó en la tumba.

En el término de la llanura, y por uno de esos efectos de espejismo producidos por la refracción de la luz, el campo aparece inundado por un río plateado y transparente; visión que se aleja á proporción que avanzamos, como la ilusión que perseguimos ardientemente en los días de la juventud.

El crepúsculo ha enlutado la tierra: sus sombras han penetrado también en el espíritu que soñaba.

Hemos llegado al fin de la jornada.

Como el crepúsculo es de larga duración en la pampa, cuando llegamos al Fortín Achiras aun reinaba una claridad dudosa.

Achiras, situado en la falda de la sierra, es una población fortificada, con una capilla, una plaza, con una pirámide enana, y un arroyo que corre á su derecha.

El lugar, cubierto de álamos, manzanos, higueras y nogales, es muy pintoresco y celebrado por la pureza de sus aguas y las virtudes de sus baños.

Los guadales de los alrededores producen berros y achiras de hojas lustrosas y flores rojas.

Nuestra presencia en el Fortín produjo sensación.

El comisario pagador era esperado con ansiedad por los soldados y sus acreedores.

El Comandante nos hospedó en su casa,

sencilla y pobre, pero limpia y agradable, gracias á los cuidados de una mujer laboriosa y honrada.

Luego que descansamos y despojamos del polvo del camino, nos sirvieron una cena campesina que nos pareció excelente, porque fué sazonada con buena voluntad.

Cuando nos levantamos de la mesa, la noche estaba bastante avanzada. Reinaba una calma perfecta; no se movía una hoja en los árboles y el cielo resplandecía.

El murmullo del arroyo, el grito de alerta que de cuarto en cuarto de hora lanzaban los centinelas, y el mugido de los bueyes de una tropa de carretas que estaba acampada á pocas varas de la plaza, interrumpían el sueño aparente de los demás objetos.

Algunas mujeres vinieron á nuestro alojamiento á vendernos *mallas*.

A las nueve estaban apagadas las luces de los faroles de las calles y el fuego de las hogueras de los soldados.

Sentado en un banco contemplé el cielo infinito y las sombras que me rodeaban.

Cuando el silencio dominó por completo

la vasta extensión y el pueblo que dormía, empecé á escuchar á mi corazón que hablaba de no sé qué historias, de no sé qué fantasmas, de no sé qué sueños.

La existencia de los relojes y del corazón se hace perceptible con el silencio.

Pasó un momento y empecé á reposar arrullado por la música del alma.

El sueño que nos infunde la insensibilidad del mármol, es el mejor lenitivo para el dolor del corazón, cuando no es presa nuestra mente de una de esas ideas que, como la gota de agua que cae perennemente sobre la piedra, termina por traspasarla.

El día siguiente á esta noche, después que mi compañero pagó á los soldados sus devengados sueldos, salimos de Achiras en dirección al Morro.

El camino se nos presentó animado y pintoresco. A cada paso encontrábamos carretas y jinetes vestidos con ropas de fiesta. Altas piedras envueltas en musgo, cubrían ambos lados de la carretera, tapizada de margaritas de todos colores.

Llevábamos pocas horas de marcha cuan-

do percibimos la cumbre del Morro de San Luis y el Portezuelo.

Ya entrada la tarde pasamos el Arroyo de la Guardia y el Cerro de la Avanzada, y descubrimos la torre de la iglesia del pueblecito en que íbamos á pasar la noche.

Puesto que *ya somos puntanos*, como se dice al pisar el territorio de San Luis, interrumpamos la narración, y hablemos un momento de sus límites, topografía y producciones.

VII

SAN LUIS

Los campos de la provincia de San Luis están alternados por pampas, lomajes, sierras y bosques pastosos ¹. Consta ella de doce zonas ó regiones contiguas y paralelas que, partiendo de sus límites orientales, son las siguientes: *zona de las pampas ó llanuras horizontales*, cubiertas de gramíneas y herbajes que se mezclan en los 40° con el trébol de olor: *zona ondulada del nacimiento*, superficie verde y florida, erizada en algunas partes de pliegues más ó menos profundos: *zona de los sistemas destacados* que

¹ Todas las noticias que van á leerse referentes á los límites, topografía, mineralogía, flora y fauna, de las provincias de San Luis y Mendoza, son extractadas del Registro Estadístico Nacional, formado por el señor don Damián Hudson, cuya laboriosidad es digna de aprecio.

se compone de los grupos aislados del Rosario, del Morro, de Chalonto, de Varela y de otros menores: *zona de las sierras elevadas*, formada por dos sistemas independientes que siguen diferentes aunque contiguos meridianos: estos dos sistemas son el de la sierra de la Punta y la extremidad austral de la sierra de Córdoba: *zona de los páramos*, formada por el coronamiento de la región de las altas sierras, pues se halla dentro de sus límites: es elevada y áspera, abunda en gramíneas forrajeras y carece de árboles: *zona de los grandes valles*, se compone de los valles de Renca, San Francisco, Socoscora, el Chañar, Cati, Nogoli, el Potrero, las Chacras, etc.: *zona de los bosques en faldas pendientes*, se extiende á lo largo de las faldas occidentales de las sierras y continúa al Norte extendiéndose por las provincias de la Rioja, Catamarca y Tucumán: *zona de la cañada grande* ó llanuras interpuestas entre los dos sistemas paralelos del Pencoso y de la sierra de la Punta, larga lengua de tierra esterilizada por la residencia de las aguas de aluvi6n que descienden de las dos faldas pendientes

que la estrechan: *zona ó cordón del alto Pencoso*, formada por una cadena de lomas de granito cuarzoso sobrepuestas en grade-rías á lo largo de la región anterior y abundante en bosques, gramíneas y flores: *zona de los bosques occidentales*, se extiende al Occidente del Cordón del Pencoso: la continuidad de esta región se halla cortada por la sierra de la Quijada, que corre del Ocaso al Oriente y se prolonga al Norte y al Sur en un espacio de cuarenta leguas de largo y de quince de ancho, yendo á confundirse con las selvas riojanas: *zona de los sistemas occidentales*, comprendida y enclavada en la anterior zona; la constituyen tres grupos distintos, pero yuxtapuestos, de las sierras de las Palomas, Gigante y Quijadas: *zona de las llanuras saluginosas*, consiste en una banda de tierras guadalo-sas y esterilizadas por el salitre: se extiende oblicuamente desde la extremidad occidental del cerro de las Quijadas hasta las márgenes del lago Bebedero.

La elevación de las alturas más culminantes de la provincia de San Luis es la siguiente: *Solomasta*, seis mil pies; *Solo-*

lasta, cuatro mil quinientos; *Cumbre de Paucata*, cuatro mil; *Cerro del Gigante*, tres mil; *Cerro del Morro*, tres mil; *Cerrito del Piace*, dos mil.

Las substancias minerales que abundan en los cerros de San Luis son la mica y el cuarzo, del cual hay algunas variedades.

La piedra caliza existe en los dos sistemas de la Punta y Córdoba, en los cuales se encuentran también tablones de rico alabastro.

Hay igualmente una arcilla plástica impregnada de mica con la que se fabrican vasijas.

El antracito ó verdadero carbón de piedra se halla en los cerros del Rosario, en los que se encuentra también cristal de roca en minas y filones.

En la parte de la sierra cordobesa, perteneciente á Punta, hay canteras de mármoles blancos y negros, de color de rosa y jaspeado.

El oro se encuentra en varias partes y bajo distintas formas. En veta, en las cumbres centrales del sistema puntano; en grano, en los lavaderos, en el fondo de

las quebradas, y en los valles hondos de los páramos superiores; en polvo, en ciertos arroyos auríferos, en el lecho del estero de la *Cañada Honda* y en el cauce del Río Quinto.

En el sistema cordobés, en los grupos occidentales del Gigante y de las Quijadas, se encuentran galenas argentíferas, el sulfuro y el cloruro de plata.

En Guayaguás, extremidad occidental de las Quijadas, en el territorio de San Juan, se han descubierto minerales de este metal. Los minerales de cobre son muy escasos en el sistema puntano.

La pirita de hierro es muy abundante.

En las márgenes occidentales del lago Bebedero se encuentran bancos de mica cristalizada, de hojas muy brillantes y tenues, superpuestas, y meollos de cuarzo caldemónico de primera calidad.

Los bosques de la provincia de San Luis producen en maderas de construcción el algarrobo, el quebracho, el tala y el chañar.

En los verjeles de la Punta se obtienen frutas exquisitas: las uvas, los duraznos, las manzanas y los higos son excelentes.

Al pie de los árboles se producen hierbas olorosas y medicinales, como la verbena, la salvia, el poleo, la menta y el romerillo, y en sus copas la flor del aire azul y blanca.

Abundan la paloma azulada, el tordo, la perdiz, el loro, el jilguero, la calandria, el cardenal y el benteveo, entre las aves útiles y canoras: las carnívoras están representadas por el gavián, el chimango, el halcón, el águila y el condor.

Se encuentran en los bosques, el león, el tigre y el arguará; en los páramos el huano, el corzuelo y los siervos grises; en las pampas, el gamo anteadado, las mulitas y los quirquinchos; en las cañadas, el colosal avestruz; en las lagunas, truchas, dorados, y aves acuáticas.

El Morro es una población miserable, pero aseada y agradable. Tiene plaza espaciosa, capilla regular, fonda limpia, algunos despachos con mostradores de adobe, y varias escuelas muy concurridas, lo cual

habla en favor de los padres de familia de San José.

Comimos en la fonda en compañía de dos muchachos con el pelo sobre los ojos, de un capitán, *tajeado* como un negro Mina, de un *camilucho* que vestía un traje de merino morado, y de un orador formado en gacetillas y almanaques.

La campana de la capilla, que llamaba á los fieles al *rosario*, me condujo hasta el altar de San José del Morro. Muchas mujeres rezaban con fervor haciendo coro al capellán, no muy fuerte en el latín.

Cuando salí de la capilla, una hoguera encendida junto á un bulto que se destacaba en la obscuridad, me designó el lugar de nuestro alojamiento.

Los peones vivaqueaban al pie del coche y en la puerta de la fonda en que habíamos parado.

Al siguiente día salimos para el Río Quinto.

En todas las postas circulaban rumores de invasiones de indios.

Encontramos en el trayecto varias tropas de carretas sanjuaninas, que conducían

frutos del país al Rosario. Los peones marchaban delante de los bueyes comiendo á grandes bocados alfajores de arrope. El apetito que manifestaban, sólo podría encontrar émulo en el de la langosta, que había talado los campos de San Luis y despojado de la corteza el ñandubay y el molle de sus caminos.

Llegamos á la posta de los Loros, célebre por las depredaciones de los indios, con un tiempo pésimo. El cielo se había nublado y caía una lluvia trasminante.

Pasamos el Río Quinto á duras penas, porque los caballos que llevábamos no tenían de tales sino el nombre. De su fuerza y forma no quedaban vestigios.

El alojamiento de esta posta no puede ser peor: está formado de un rancho de paja con poyos de barro, que hacen las veces de catres.

La comida no le va en zaga á la habitación, aunque no hay nada que decir contra su sencillez y frugalidad. Como el Río Quinto es la patria de los cabritos y cada uno de estos animales vale un cuartillo, no se come allí otra carne que la de los hijos

de la cabra. El mamoncillo, transformado en caldo, guisote ó asado, es servido en una fuente honda, que por las mañanas desempeña las funciones de palangana. El día que se rompa este tiesto, el Río Quinto se quedará sin loza.

Quiso la suerte, para aumento de nuestro padecer y recargo de trabajo del cuchillo y medio y tenedor y cuarto de la posta, que llegaran esa tarde dos diligencias del interior, que debían partir para el Rosario la mañana siguiente.

Aproveché la oportunidad y escribí á mi familia la primera carta empañada con el aliento de la nostalgia. Aquel lugar desprovisto de lo más indispensable para la vida, aquellos horizontes nebulosos, y aquel campo infinito en que resonaba tristemente el eco de nuestra voz, me llenaron de pena. Si hubiese habido un instrumento y una mano que produjera en él los acordes de una música amada, yo habría llorado. Sentía que mis lágrimas se agolpaban á mis párpados y que no esperaban para derramarse sino un impulso ó un latido del corazón. En la pampa y en la montaña, en las

noches de luna del mar y en las horas en que la melancolía forma horizonte en la tierra extranjera, he podido experimentar la influencia de la música y medir la intensidad de sus sensaciones. La música es para el alma triste el imán del llanto.

Los aires de las montañas de Suiza son las brisas de la melancolía: el doliente yaraví de la triste quena de las montañas del Perú, es el gemido de los amores que mueren ó de las ilusiones perdidas: el *pifferrari* italiano lleva dentro de su instrumento un poema de suspiros. La música es el idioma del alma sin patria y sin tesoro.

La luz del nuevo día puso término á nuestra estadía en el Río Quinto. Salimos hacia San Luis llevando al frente de nuestro coche la escolta y marchando por entre sierras agrestes. Cuando llegamos á Cerrillos, donde hicimos alto, el cielo se había nublado y caía una lluvia finísima. Media hora después de haber escampado apareció el sol, cuyos rayos aprovecharon los soldados para

secar sus ropas. Una vez practicada esta operación, asaron una *mulita* que habían cogido en el camino, la comieron, reservando una parte de su frugal almuerzo á un compañero que se había quedado atrás, y untaron las armas con la grasa del cliptodón degenerado. Nos pusimos en marcha cubiertos por una nube, menos benigna que la que cobijaba á los hebreos en su viaje á la tierra de promisión, pues en vez de facilitarnos la marcha nos la entorpecía con los raudales de agua que arrojaba en el camino. La carretera descompuesta por las ruedas de los carros de carga, estaba cubierta de pozos que ponían nuestro coche en peligro de volcar. Para salvar estos malos pasos, los peones echaban pie á tierra y llenaban con leñas de los montes vecinos, los baches más profundos. Las sierras que nos rodeaban estaban cubiertas de blancos vapores. A la caída de la tarde volvió á aparecer el sol. Sus débiles rayos, que atravesaban con esfuerzo las flotantes nieblas, se descomponían al pasar por ellas y presentaban todos los cambiantes del prisma. Las sierras se cubrieron al ponerse el sol de varias tintas,

distribuídas caprichosamente. En sus cumbres asomaban los colores de la doncella sorprendida en amorosa plática; en su centro el pálido pero bello tornasol del nácar de Oriente, y en su base, fuertemente acentuadas, las tintas aterciopeladas de las violetas de los Alpes.

Al llegar al Chorrillo, que surte de agua potable á la población de San Luis, volvió á llover. El agua producía un ruido monótono, y por consiguiente triste, al caer sobre los sembrados que, de trecho en trecho, encontrábamos en ambas veras del camino.

Al llegar á los suburbios de la ciudad; tuvimos que lamentar una desgracia; el mayoral cayó de su caballo y el coche le fracturó una pierna. Apenas le vieron caer unas pobres mujeres que tomaban mate en la puerta de su cabaña, corrieron al interior y salieron inmediatamente conduciendo una manta, sobre la cual colocamos á nuestro cochero y lo condujimos al pobre hogar que abría sus puertas al gaucho desconocido. La solicitud de aquella buena gente fué tan súbita como la impresión que le produjo la desgracia. Hay en el hombre

argentino una gran sensibilidad unida á una actividad sin ejemplo. Si el límite de las sensaciones pudiera señalarse con líneas, sería imposible trazar la que separa en su corazón el dolor producido por una desgracia, del anhelo por aliviarla, y á este sentimiento, de la acción caritativa en que debe traducirse la simpatía por el infortunio. Ningún reloj podría medir la duración de la sorpresa que paraliza sus movimientos, cuando él cree que debe derramar bálsamo sobre el cuerpo magullado ó restañar la sangre de la herida abierta por el puñal.

Entramos en San Luis bajo tristes auspicios. Inmediatamente que nos instalamos en el Hotel, enviamos á buscar al herido, que fué curado por un médico italiano que alojaba en la misma casa.

La ciudad de San Luis, es, indudablemente, una de las más desgraciadas de la República Argentina. Carece de agua, y esto dice mucho: ha sido flajelada por el

caudillaje, y esto explica lo que resta por saber respecto de las causas de su pobreza.

Un gaucho á quien se preguntaba si había sido soldado, respondió con una frase que sintetiza todo lo que se puede decir para explicar los fenómenos de nuestra historia. «Sí, señor, dijo el campesino interrogado: he sido soldado cuando era *capataz de la pelea* el señor don Angel Peñaloza».

El pastoreo había convertido á la República Argentina en una gran estancia, de la cual eran capataces los caudillos y peones los ciudadanos. Los hábitos bárbaros del gaucho, señor de vidas y haciendas, se habían convertido en leyes escritas á la luz del vivac y sobre los parches de cuero sin curtir de los tambores de la montonera.

Los que levantan un rancho para que los cubra con su techo, y creen que el rancho es eterno; los que duermen el tiempo de la siembra, confiando en que la naturaleza multiplicará sus semillas y regará sus campos; los que se han entregado á la fatalidad, no son ciertamente los llamados á levantar ciudades, á dictar leyes que produzcan el

bienestar y la riqueza, ni á fundar la sociedad sobre la base del derecho y del trabajo común.

San Luis parece una ciudad levantada por las exigencias de una necesidad apremiante. Entregada al destino, cuyos dioses tutelares deben haberla olvidado, sus habitantes esperan con los brazos cruzados á que el cielo les envíe el maná con que alimentó á los israelitas.

Todo, todo revela en San Luis la huella del caudillaje: todo, todo revela en San Luis la postración que sucede á las grandes luchas. La naturaleza le sonrío con sus espléndidas galas; pero el álamo, el nogal y el granado esparcen sus hojas y sus flores marchitas sobre ruinas silenciosas, recuerdo de hogares abandonados. En el cementerio, donde reposan las cenizas de Pringles, paladín de la epopeya americana, empieza la destrucción de la ciudad, ruina que marcha, especie de cáncer que, engendrado en el seno de la muerte, consume todo lo que encuentra en su camino de invasor. Una iglesia, sin la severidad del santuario ni la belleza del arte, se eleva en la plaza prin-

cipal. Hermosas mujeres asoman sus rostros, blancos como la nieve de las sierras, por los huecos que los cristales dejaron en las ventanas de sus humildes habitaciones. Las aves cantan en los árboles de los huertos, con la tranquilidad que produce en los pájaros la soledad del bosque. En el hotel se reúnen todas las noches algunos vecinos presididos por el médico, boticario y profesor de lenguas del lugar, á conversar por la milésima vez de lo pasado, sin mentar el presente ni cuidarse del porvenir. San Luis, en una palabra, lleva sobre su espalda el fardo de recuerdos que lo abruma con su peso, y ostenta en su fisonomía el sello del dolor y de la decadencia ¹.

La lluvia nos detuvo dos días en San Luis. Al empezar el tercero de nuestra residencia, salimos para Mendoza.

En los árboles del camino encontrábamos

¹ La villa de Mercedes, trazada y edificada sobre el Rio Quinto, está llamada con el tiempo, según algunos, á ser la capital de la provincia. Hoy ya es un buen pueblo, próspero por su comercio y lleno de esperanzas por el espíritu activo de sus habitantes.

alcancías, formadas con cuernos de vaca, destinadas á recoger limosna para costear sufragios á las ánimas. Las árreas de mulas que conducen al litoral pasas de uvas y orejones de durazno, se sucedían sin interrupción. Los troperos, perfectamente emponchados y con las piernas cubiertas con guardamontes, seguían el paso indolente de los pacíficos animales, guiados por la campanilla de las yeguas que los preceden en la marcha.

En la Posta del Valde encontramos una pastora que conducía un rebaño de cabras: llevaba la cabeza descubierta, un cayado en la mano y los ojos fijos en la tierra. Parecía pertenecer á una tribu fugitiva, y que se hubiese separado de sus compañeros por no poder seguir su paso, más ligero que el de las cabras, fatigadas y hambrientas.

Hicimos nuestra última jornada y llegamos á la posta San Antonio. En la tranquera tropezamos con un huaso emponchado que nos cerró el paso y preguntó con gran calma: — *¿Qué se les ofrece?* — Esta especie de posadero del *Duende*, era lo que se llama el *maestro de posta*, soquete

de carne y hueso que alquila los caballos al pasajero, al correísta y á los expresos del Gobierno; hombre vulgar, ineducado y con ciertos humos de gente de pro. A la pregunta del cancerbero de San Antonio respondí con un *¡entrar!* que resonó en el bosque vecino é hizo abandonar la cocina á dos mocetonas y á una vieja diligente como una ardilla y bestia de los pies á la cabeza. — *Leis* prevengo, replicó á mis respuestas el burdo patrón, que los indios *estain* al *cair*, y que yo no *teingo* nada que venderles. *Heimo enterrau* los *cuchiyos* y los *pinchantes*: si vienen no encontrarán sino las personas. — Todo lo grande es digno de admiración: tanto lo era aquel animal, que me quedé extasiado ante él. — Pasen paentro, nos dijo la vieja, que aunque los *cuchiyos* estén *floreceiditos* han de servirles *pa lo que son*. — Entramos á la posta y pedimos de beber. El posma se presentó, solicitando permiso á la pierna derecha para mover la izquierda y nos dijo: — Esperen á que *asiente* el agua: *ahorita nomas* han *entrau* los *cabayos* al charco y está *turbiécito*.

¡Aquí no hay agua! El desierto oriental se me viene á la memoria. El beduino presente me obliga á pensar con más viveza en aquella región quemada por el sol y agostada por la sequía. ¡Qué será de los moradores de este rancho de la pampa, sin flores para embellecer la cabaña, sin hierbas para dar descanso al cuerpo, sin agua para apagar la sed! ¡El agua! ¡espejo de los cielos y camino cuando se llama río ó mar, movimiento cuando es vapor, savia y fecundidad cuando es lluvia, salud y vida cuando es fuente! Te nombro y recuerdo á Rebeca dando de beber á Eliezer; al pueblo judío aumentando con sus lágrimas tu caudal en los ríos de Babilonia; á Moisés haciéndote brotar de la piedra del desierto; al Precursor bautizando contigo en el Jordán; á Longino haciéndote manar del costado de Jesucristo! ¡Agua clarísima, agua de salud! ¡Tú eres una de las muchas visiones de la pampa! ¡El espejismo te pinta y la realidad te desvanece!

Cual el agua era el alojamiento de San Antonio: el alojamiento como la comida, y

ésta digna de las cocineras é indigna de estómagos decentes.

Como nos encontrábamnos en vísperas del aniversario del terremoto de Mendoza, y las gentes cuyanas abrigan la preocupación de que las convulsiones subterráneas son periódicas y ocurrentes en fecha fatal, las mujeres y el maestro de posta sacaron sus camas del rancho en que dormían. Nosotros, que no quisimos imitarlos, nos levantamos más temprano que los tímidos dueños de casa. Cuando salimos de nuestro cobil despertaba don Antonio, el cual, después de vestirse, y para evitar que nuestras miradas se fijaran en sus hijas, se colocó, mientras se vestían, delante de cada una, y abriendo los brazos, improvisó con ellos y su poncho un biombo en forma de murciélago clavado con alfileres. El buen padre, á quien el cariño cegaba, podía haberse ahorrado el trabajo que se tomó, porque ninguno de nosotros pretendió sorprender encantos que debían correr parejas con el caldo y el asado que nos habían servido la noche anterior.

Alzamos las manos al cielo cuando los peones nos anunciaron que el coche estaba listo.

Pocas horas después atravesábamos el Desaguadero, y pisábamos, por consiguiente, el territorio de Mendoza.



VIII

MENDOZA

La provincia de Mendoza confina al Norte con la provincia de San Juan, al Este con la punta de San Luis, al Oeste con la República de Chile y al Sur con el Río Neuquen.

El territorio de esta provincia se extiende al costado de faldas del núcleo central de las grandes cordilleras.

Las montañas más elevadas ocupan una área de cuatro mil quinientas leguas cuadradas, tomando la cordillera sólo en doscientas veinticinco leguas de su extensión y dándole veinte leguas de ancho medio.

Las más elevadas de aquéllas en la zona de la cordillera son: el *Pico de los Leones*, (cinco mil metros), el *Pico de la Dehesa*,

(cuatro mil trescientos metros), el *Tupun-gato*, (seis mil metros), el *Portillo*, (cinco mil metros), y el *Nevado*, (cuatro mil).

Se encuentran las minas mendocinas en el *Pallen* ¹, en el *Planchón* ², en el *Nevado* ³, en los cerrillos inmediatos á *San Rafael* ⁴, en los *Tolditos* ⁵, en la cordillera de *San Carlos* ⁶, en las alturas del *Tunuyán* y sus quebradas ⁷, en el *Portillo* y al norte de este pico ⁸, en los cerros de la boca del río Mendoza y de *Pichenta*, *Jume*, *Vintalva*, *Jegenes* y *Cayado* ⁹.

El mayor asiento mineral de estas cordilleras se halla en los cerros de *Uspallata*, *Jarguaras* y *Tontal* ¹⁰.

En los sistemas secundarios de los Andes mendocinos abundan el carbón de piedra, el asfalto y el petróleo.

¹ Cobre y oro nativo.

² Plata y cobre.

³ Plata.

⁴ Oro y cobre. Á tres leguas al Oeste de este fuerte existe una cantera de alabastro.

⁵ Plata nativa.

⁶ Hierro oxidulado y piritoso.

⁷ Cobre y plata.

⁸ Cobre. En las mismas alturas se encuentran mármoles, pórfidos, alabastros, cristal de roca, cuarzos y ágata.

⁹ Plomo, galenas argentíferas, plata, selenio, alabastro y carbón mineral.

¹⁰ Amianto, plomo, cobre, galenas, plumbagina y betunes.

Las llanuras del norte de Mendoza, generalmente áridas, están cubiertas de matorrales de zampa, jume y espinos.

En las faldas de la serranía crecen la jarnilla, el retamo y el molle, formando bosques enormes.

La flora del sur y naciente es la misma que la del norte, añadiendo el chañar y el algarrobo, que se eleva á gran altura en las márgenes del Tunuyán.

Los bosques y matorrales del Sur están formados de jarilla, chañares, espinos y molles.

En las llanuras del cordón de Capis abundan la jarilla, los brezos y los espinos enanos.

La tierra de los alrededores de la ciudad de Mendoza es apropiada para toda clase de cultivos.

La corpulencia del álamo, del nogal y del naranjo, llama la atención de los que la visitan por primera vez.

Las viñas, de excelente uva, abundan en Mendoza, donde empieza á desarrollarse en gran escala la fabricación de vinos, que prometen ser muy buenos.

La fruta es hermosa á la vista y agradable al paladar.

Mendoza tiene varios baños termales.

Los del *Puente del Inca* son sulfurosos y tibios: los de *Villa Vicencio* son termales y tienen veinte grados de temple: los del *Chayado*, de una temperatura de doce á quince grados, contienen ácido carbónico y carbonato: los del *Borbollón*, con un temple de diez y nueve á veinte grados, contienen sustancias alcalinas y gaseosas: los de la *Boca del Río* son formados por tres manantiales de diferente grado de calórico; contienen carbonato, ácido sulfúrico y carbónico; los de *Lulunta*, situados á siete leguas al Sud, al pie de los cerros del mismo nombre, son tónicos y refrescantes en el verano.

La flora y la fauna de la provincia de Mendoza se diferencian poco de las de San Luis.

El aspecto general del país es muy bello.

La lujosa vegetación de sus campos, sus sembrados de trigo, sus lujosas vides, el agua que corre por acequias naturales, el perfume de las margaritas y de las azu-

cenas silvestres, y la hermosa y lejana perspectiva de las montañas, embellecen allí las horas fugitivas que el hombre consagra á cantar, en el silencio del alma, su amor á la naturaleza, al hogar, ó á la beldad soñada en las horas plácidas de la juventud.

Atravesamos, decía hace un momento, el Desaguadero dejando á la izquierda las ruinas del puente que comunicaba las orillas de este río y que fué despedazado por la montonera. A nuestra derecha y á pocas cuadras del río, encontramos una casa casi destruída, en cuyos corredores graban su nombre todos los que pasan ó se acogen á su sombra. Este edificio y el puente del Desaguadero, recuerdan al transeunte el paso de la montonera, señalado en todas partes con la ruina de lo material y la decadencia de lo moral. El paso de la civilización ha dejado otras huellas en este camino. Los árboles que preceden á la Villa de la Paz, descienden de los que plantaron Cobo y San Martín en las inmediaciones de

Mendoza, ó de álamos de la Carolina que Sarmiento difundió en la misma provincia. Los huertos, los viñedos y los alfalfares revelan al que cruza la carretera, que la barbarie no ha extinguido en Mendoza la industria ni los hábitos laboriosos que propagaron en ella aquellos hombres de pensamiento y de acción, de que se enorgullece con justicia nuestra República.

Encontramos la Villa de la Paz dominada por el pánico que produce en las poblaciones la noticia de una próxima invasión de indios. Las gentes huían en carretas ó á lomo de caballo, arrastrando consigo sus mejores prendas. Ni las mujeres ni los hombres habían olvidado sus guitarras, á pesar del pánico. Nuestros campesinos no pueden negar su origen, porque sus iustintos poéticos les harían traición. Vagan errantes, pero llevan á donde quiera que van, como el trovador español, el instrumento con que se acompañan sus quejas. Lloran, pero lloran cantando. Si no cantaran, las lágrimas se les cristalizarían en las pupilas, como á los condenados del tercer recinto del infierno del Dante.

Hicimos alto á la puerta de la casa de huéspedes de la Villa, desierta y convertida en fortaleza. Apenas nos detuvimos, empezaron á acudir mujeres y hombres. Una de ellas había perdido un brazo en el Paraguay; la otra había escapado milagrosamente del poder de los indios; la de más allá casi había muerto de sed huyendo de los bárbaros de la montonera. Uno de éstos, y no tenía que jurarlo, declaraba á voz en cuello que se había embriagado para cobrar valor; el otro señalaba una ruina, y nos decía que aquel montón de ladrillos era lo único que los indios le habían dejado; el de más allá, orador de corrillo y palabrero valiente, trazaba el plan de una defensa que no haría, y aseguraba el triunfo á los que como él no tuviesen instintos de galgo.

Un redoble de tambor puso en conmoción al grupo que nos rodeaba. La voz del orador y el furor narrativo de las mujeres fueron dominados por una diana feroz, con que un negro, tambor de la época de la Independencia, retirado en la Villa de la Paz, saludaba á los inesperados huéspedes.

Esta escena grotesca y lúgubre, ridícula y conmovedora, tenía lugar mientras el sol se ocultaba. Apenas se movían las hojas de los álamos que rodean el pueblecito. La agitación y el ruido estaban concentrados en el pequeño espacio en que nos encontrábamos. Occidente parecía reflejar las llamas de un incendio lejano.

Comenzó la noche y con ella el silencio de los hombres y de los campos.

Inmediatamente que anocheció nos preparamos á afrontar los acontecimientos. Cargamos de nuevo nuestras armas, é hicimos el propósito de vender caras nuestras vidas.

Mientras hacíamos estos preparativos, yo recordaba á mis hermanos que en la misma hora debían saludar á mi padre en su cumpleaños. Una sombra de tristeza cruzó por mi alma al comparar su situación con la mía. Me los imaginaba reunidos en torno de la mesa común y haciendo votos por la prolongación de los días del que ignoraba que uno de sus hijos se encontraba, en ese momento, amenazado de muerte en el miserable parador de un pueblo del desierto. Yo

también quise saludarlo, y le escribí, con el corazón oprimido, dándole cuenta de mi situación.

El instinto paternal percibe distintamente, á través del espacio, el ruido de los pasos del hijo que se aleja ó que torna al hogar.

Al llegar á Chile encontré en el correo una carta de mi padre, que se reducía á decirme que la fiesta que congrega á su familia en nuestra casa, no tendría lugar en aquel año, porque suponía que yo me encontraría en la pampa el día de su cumpleaños.

La luna apareció en el firmamento con la majestad con que asomaba en los bosques de encinas de los druidas. Aquella música del maestro italiano, tan pura como sus rayos, tan blanca como la vestidura de las sacerdotisas de Irminsul, resonó en mis oídos como un canto de muerte. En esa noche yo no veía en la luna la dulce inspiradora de la paz y del amor, sino la mensajera del

exterminio que alumbraba con su lámpara de plata el camino de las poblaciones cristianas á los bárbaros del desierto. Las gentes de la aldea, agrupadas en las puertas de sus ranchos y con los ojos fijos en ella, tal vez pretendían arrebatár á la esfinge de los cielos el secreto de su destino.

Un inesperado toque de clarines puso en movimiento á los que meditaban en silencio. Reinaron un momento voces de alarma y confusión de lenguas. Un grito de júbilo sucedió á la sorpresa. Acababa de llegar á la plaza de la Villa de la Paz un destacamento que enviaba en su auxilio el Gobierno de Mendoza.

La perdida calma tornó al hogar de los pobres campesinos, que corrieron presurosos á saludar á sus defensores y á ofrecerles el pan, el fuego y el agua que poseían. Inmediatamente encendieron varias hogueras, á las cuales se acercaron los soldados á secar sus ropas humedecidas por el rocío de la noche. Las mujeres cogieron sus guitarras y entonaron algunas coplas, tiernas como su historia y sencillas como el perfume del trébol de la llanura.

Yo me dormí contemplando la luz de la luna que penetraba por la ventanilla del parador y repitiendo los acordes del canto de Norma, reproducido por todos los bosques y por todos los corazones, siempre que el astro de la noche platea los árboles de la fronda ó las gramíneas de la pampa.

Los peones nos despertaron antes de amanecer. Los pobres se daban prisa por llegar á la Villa San Martín, donde probablemente tendrían antiguas amistades.

Salimos de la Paz hollando las primeras hojas que el soplo helado de las cordilleras habían arrancado á los árboles.

Llegamos á Santa Rosa al mediodía. El sol que se había ocultado y las nubes que se agrupaban al Sud del camino anunciaban lluvia y frío. Nuestros conductores nos trajeron al coche algunas uvas blancas que, producidas por las viñas romanas, habrían podido figurar en los históricos banquetes de Marco Antonio.

Una alameda de acacias y de álamos de

la Carolina, nos condujo hasta el Ramblón, bello lugar guarnecido por franjas paralelas de preciosos sauces. En el fondo se destacaba la cordillera de los Andes. Algunos álamos inclinados por los huracanes han entrelazado sus ramas y formado arcos triunfales, bajo los cuales pasan á escape las diligencias y los jinetes que cruzan la carretera.

La monotonía del viaje había desaparecido. El postillón mal enjestado había sido sustituido por muchachos alegres, cubiertos con ponchos de vistosos colores. Las diligencias provinciales se sucedían en el camino, por el que transitaban carros tirados por mulas y carretas cargadas de paja y alfalfa fresca. Descubrimos entre los árboles un campanario y poco después una escuela fiscal, que nos anunciaron la proximidad de la Villa de San Martín, en la que entramos á las seis de la tarde.

A cada paso encontrábamos en la aldea maderas acopiadas al pie de las paredes de los edificios, parvas de pasto seco y carretones de frutas y legumbres. Los trabajadores regresaban á sus habitaciones llevando

sus herramientas al hombro. Algunas mujeres los seguían á caballo.

Las casas de la villa están edificadas en medio de frondosas moreras, de corpulentos naranjos y de lustrosos y elevados nogales.

La capilla del lugar es limpia y sencilla como los fieles que la frecuentan. Entré en ella atraído por la voz quejumbrosa de su campana: algunas labriegas, arrodilladas en las tarimas de sus tres altares, oraban fervorosamente. En esa noche, tristemente célebre para Mendoza, sus oraciones debían estar impregnadas de lágrimas, porque era el aniversario de la muerte de un pueblo. Uní mis preces á las de aquellas almas atribuladas, y terminada mi ferviente súplica, me dirigí á la casa del Cura, modesto y humilde sacerdote á quien encontré rodeado de muchos de sus feligreses.

La conversación rodó sobre aquel suceso extraordinario, cuyo recuerdo es imborrable. En la misma hora en que nos encontrábamos reunidos, había sucumbido la ciudad de Mendoza, sin que precediera á su ruina ninguno de los síntomas, precursores de los cataclismos semejantes al que

sepultó á Pompeya al pie del Vesubio. El día anterior á la catástrofe, un gran meteoro, azul y rojo, había atravesado los cielos de Oriente á Occidente. Pero esta luz no había alumbrado las tinieblas de su destino á los que en la noche de su infortunio oraban en el templo, discurrían por las calles, platicaban amistosamente ó contemplaban la luna que debía alumbrar un momento después la tumba de doce mil cadáveres.

El seno de la tierra se hinchó súbitamente, y levantándose ésta como una ola inmensa, arrojó la ciudad de sus espaldas.

Parece que el volcán productor de la catástrofe, cuya existencia había sido anunciada por el geólogo Bravard, ocupaba el centro de Mendoza, pues las aldeas de las inmediaciones se salvaron de la ruina.

Es imposible pintar el espantoso cuadro que presentó la ciudad en aquellos momentos. Tembló la tierra y todo cayó. Las manos de los amigos que se saludaban en tan supremo instante, quedaron enlazadas bajo las ruinas: sólo la descomposición cadavérica borró la sonrisa que se dibujaba en la

faz de la doncella juguetona que soñaba amores sobre el volcán de Mendoza.

Una espesa nube de polvo obscureció la atmósfera por algunos minutos, en que reinó un silencio sepulcral. Pasada la primera sorpresa del bruto y del hombre, y hasta de la misma naturaleza, se oyó un grito de espanto lanzado por todos los animales, y el ¡ay! tremendo de la desesperación de los que agitaban sus brazos despedazados por entre los escombros que cubrían sus cuerpos. Los que, más felices ó más desgraciados que sus deudos, habían escapado de la muerte, corrían desatentados buscando sus casas, hundidas por las torres de los templos ó sepultadas por las macizas paredes de los conventos.

Dos sacerdotes, ángeles tutelares de la desgracia, absolvían las almas de los que morían y desenterraban los cuerpos de los que yacían debajo de las ruinas temblorosas.

Un incendio, producido por las lámparas, vino á aumentar la desolación y el espanto en aquella noche de horrores, en que los vivos fueron sepultados y los muertos salieron de sus tumbas, abiertas por el espan-

toso sacudimiento, cuyas vibraciones se extendieron hasta las orillas del Atlántico y del Pacífico.

La anterior relación, animada por el recuerdo del testigo y el dolor de la víctima, formó, como decía hace un momento, la conversación del buen Cura, que quiso partir conmigo su techo y su pan.

Le di las gracias con el corazón oprimido por la lúgubre historia que acababa de narrarme, y me marché taciturno á mi alojamiento.

La ciudad muerta que iba á contemplar, ejercía sobre mi espíritu una especie de fascinación. No habría renunciado á su vista aun cuando para realizar mi deseo hubiese tenido que arrostrar cualesquier sacrificio.

Mendoza no es Pompeya ni Herculano: es simplemente la sepultura de millares de criaturas. El viajero no encontrará en sus ruinas las huellas del esplendor del arte, pero el hombre sensible hallará en ellas los vestigios de una gran calamidad.

Todo lo grande, llámese civilización, barbarie, arte, decadencia, placer ó dolor, es digno de la admiración del hombre.

Aun no había amanecido el día siguiente á la noche del 20 de Marzo, cuando yo ya estaba en pic animando á los peones para que nos pusieran en camino inmediatamente. Nuestros beduinos no se hicieron de rogar, teniendo en cuenta que empezaba á lloviznar y que el agua podía demorarnos mucho si no aprovechábamos los momentos. Marchamos hasta el molino de Pando, movido por un brazo del río Mendoza, por entre frondosas alamedas á cuyo pie crecen grandes plantas de espadaña. Me llamó la atención el cultivo de las propiedades, separadas por largas calles de álamos de hojas amarillentas. A cada lado del camino se extiende una acequia, por la cual corre el agua de las vertientes de la cordillera ó la que producen los deshielos. La transparencia y abundancia de su caudal, anunciaban que las nieves que se habían adelantado al invierno, estaban en liquefacción á consecuencia del calor que había reinado en los días subsiguientes al temporal que las había producido.

En el Rodeo del Medio hicimos alto para mudar caballos. En este sitio tuvo lugar en

el año 1842 la batalla que lo ha hecho célebre en nuestra historia.

Lamadrid, el Murat de la América del Sud, se batió allí contra las huestes de Rosas, y fué vencido, más por el número que por el valor de las fuerzas enemigas. Derrotado en aquel campo, teniendo á su frente la muerte y á sus espaldas los Andes, cuyas nieves le cerraban el camino que conduce á Chile, se decidió á salvar las cordilleras, buscando refugio en esa tierra hospitalaria. Entonces emprendió la marcha que Sarmiento ha descrito admirablemente en la *Vida del Chacho*. Luchando contra todas las inclemencias, ateridos de frío y debilitados por el hambre y la puna, él y sus valientes compañeros escalaron las montañas más altas del globo y descendieron á los valles chilenos, que en otra hora habían contemplado victoriosos á los soldados argentinos.

Ningún objeto recuerda en el Rodeo del Medio aquel drama. Los árboles que presenciaron la batalla, se elevan en el mismo sitio y murmuran como en aquel día de luto para las armas de la libertad. Si los

lugares históricos tuvieran memoria para recordar hazañas y crímenes, y voz para narrarlos, éste relataría al pasajero una historia de proezas. La tierra insensible y muda es imagen del olvido.

Al aproximarnos á la ciudad de Mendoza encontramos muchos paisanos, que llevaban en las manos palmas y ramas de árboles. Si hubiésemos olvidado el día en que nos encontrábamos, aquellas gentes sencillas y devotas nos habrían recordado que la Iglesia celebraba la entrada de Jesús en la ciudad de Jerusalén.

Estamos en Mendoza.

Atravesemos con respeto sus calles, porque hollamos polvo de muertos.

Aquí, á la izquierda, está la ciudad finada: allí, á la derecha, se eleva la ciudad viva, como brota del añoso tronco, derribado por el rayo, el juvenil renuevo.

Entramos por el barrio de Belén, nos desviamos á la izquierda, atravesamos la calle San Nicolás, perfectamente empedrada y plantada de álamos de la Carolina, y nos detuvimos á la puerta del hotel de París.

La antigua ciudad de Mendoza ¹ era formada por calles rectas de doce varas de ancho, que se extendían hasta doce cuadras de Sur á Norte y hasta nueve de Este á Oeste. Tenía en el centro un hermoso paseo de siete cuadras de extensión y una bonita plaza, rodeada de hermosos tamarindos, con una fuente que surtía á la población de agua potable, conducida desde el Chayado por medio de cañería. Contaba entre sus edificios públicos diez templos, tres conventos, dos de regulares y uno de monjas, diez capillas, un colegio destinado á la enseñanza superior, fundado en 1816, varias escuelas elementales, una biblioteca abierta en 1822. un hospital general, un

¹ *Apuntes cronológicos para servir á la historia de la antigua provincia de Cuyo*, por Damián Hudson, 1852.

cementerio, con divisiones de cofradías, una casa de ejercicios espirituales, un pasaje, un club y un teatro capaz de contener más de mil personas.

La determinación del local donde debía construirse la ciudad actual, produjo serias y largas discusiones en que intervino indirectamente el Gobierno nacional, y que terminaron por una resolución de la legislatura provincial designando la área que hoy ocupa ¹.

Con los fondos erogados por los pueblos hermanos y los extranjeros, y con los de los gobiernos general y de la localidad, se ha reedificado la ciudad de Mendoza sobre una base más extensa que la antigua. Sus amplias calles, cortadas por un boulevard de cuarenta varas de ancho, ostentan hermosos edificios, construídos por arquitectos chilenos y europeos.

En la plaza principal, una de las mayores de la República, se encuentran la Matriz, la casa de Gobierno y las demás oficinas públicas.

¹ Véase la Memoria del Ministerio del Interior correspondiente al año 1863.

Las iglesias de Belén, San Francisco, San Agustín y Santo Domingo, han sido reedificadas con sencillez y elegancia.

Las monjas de la Buena Enseñanza han construido un convento y colegio, en el que se educan las señoritas más distinguidas de la sociedad mendocina.

El Colegio nacional es un gran edificio con su correspondiente capilla y gabinetes de física y química, estudio solitario, gimnasio, huerto y estanque para baño y natación.

La penitenciaría tiene la forma de un octágono regular. La capilla ocupa el centro del terreno: los patios y prisiones se irradian de ella. Pertenece al sistema celular y tiene talleres de carpintería y telares.

El aspecto general de la ciudad es animado y pintoresco. La inmigración, chilena y europea, unida á la población nacional, trabajan activamente por embellecerla, construyendo á competencia los edificios que destinan para habitaciones ó negocios.

El gran número de coches y de carros que circulan incesantemente, demuestra, á primera vista, la importancia del comercio de

Mendoza, que cuenta ya con varios Bancos, sólidamente radicados.

El conjunto de esta ciudad es digno de admiración. Las gentes que la habitan pertenecen á todos los países y han introducido en ella sus costumbres domésticas y sus construcciones nacionales.

La nueva población ostenta sus álamos de anchas hojas, sus huertos de naranjos, nogales, almendros y avellanos, y sus jardines cubiertos de flores, al pie de los cimientos removidos, de las torres derribadas, de las columnas rotas y de los arcos destrozados de la antigua Mendoza.

El marco de este cuadro está formado por las lejanas cordilleras, dominadas por la gigantesca mole del nevado Tupungato.

Como las montañas no pueden sombrear el gran valle de Mendoza, la ciudad disfruta, por completo, de la luz que el pródigo sol le envía á raudales.

Las ruinas se conservan, salvo pequeñas variaciones ocasionadas por los trabajos

practicados para extraer las cenizas de los muertos, en el mismo estado que la noche de la catástrofe.

Los despojos de los desmenuzados edificios inducen á la fantasía á suponer que la ciudad fué triturada entre dos montañas, como tritura el pintor entre dos piedras las tierras que emplea en la composición de sus colores.

De la Matriz no queda sino el polvo de sus murallas de adobe; de San Francisco el pórtico y los huesos de algunos de los fieles que lo frecuentaban; de San Agustín uno de los arcos de la entrada, y de Santo Domingo una columna, que se eleva melancólica y solitaria, como centinela sin relevo, colocado allí por la muerte para que vele el sueño de los difuntos y la majestad de las ruinas.

En la plaza se conservan algunos de los tamarindos que la cercaban, y la pila de pómez que manaba en abundancia el agua del Chayado.

Muchas de las plantas de los antiguos jardines se han abierto paso por entre los escombros y florecen en aquella necrópolis,

sin que nadie las despoje de sus hijas, mustias y descoloridas. Una que otra trepadora enlaza con cariño los muros de la morada de sus plantadores, pugnando por detener los ladrillos próximos á desmoronarse.

Algunos ancianos que no han querido abandonar la tierra heredada de sus mayores y regada con la sangre de sus hijos, han construído sus habitaciones con los escombros de la choza paterna. Esos viejos solitarios, los últimos de una tribu que cayó en la tumba, como cae una piedra en un abismo, vagan cual sombras errantes por las vías sin salida de la que fué ciudad.

Algunos cipreses inclinan sus copas verdinegras sobre el gran cementerio, cuyo silencio no es perturbado sino por el canto de las aves del cielo.

En la tarde siguiente á mi llegada á Mendoza visité el campo santo de la ciudad. A pocos pasos de la puerta que franquea la entrada encontré el sepulcro de Sandes, y algunas varas más adelante el de una extranjera á quien la muerte sorprendió lejos de la tierra natal. Aquellas dos tumbas representan la fuerza abatida y el amor á

la patria. La inscripción de la última me hizo comprender que la nostalgia penetra el alma y los huesos: «Hijos de la madre emigrada, dice, llevad sus despojos á la patria, porque hasta en la muerte es desgracia sufrir el peso de la tierra extraña!»

La mayor parte de los mausoleos, abiertos por el temblor del 20 de Marzo, parece que hubiesen sido visitados por el ángel de la resurrección, porque no albergan á los que han dormido en su seno el sueño precedente al juicio.

Apoyado en uno de esos monumentos vi ponerse el sol detrás de las montañas y levantarse la luna sobre las ruinas silenciosas. Tan magníficos fueron los cambiantes de luz que ostentó la cima helada del Tupungato, como poéticas las dulces irradiaciones que platearon las musgosas columnas y las hojas amarillas de los árboles.

Las cumbres reflejaron algunos momentos la pira inextinguible del sol, cuya luz reprodujo la luna, como reproduce la dulce esposa la inspiración ardiente de su amado.

Las alboradas de Mendoza son encantadoras. Al contacto de los primeros rayos del sol, los campos, humedecidos por el rocío, exhalan vapores y perfumes delicados. Blancas nubecillas coronan la frente de las montañas, asentadas sobre sombras en los momentos de dudosa claridad que preceden al día. La niebla desaparece de sus cumbres en seguida, y una faja roja las circunda. Las bases empiezan entonces á pintarse con tintas del color de la amatista. Aquellos grandes promontorios adquieren instantáneamente un nuevo aspecto: se encandecen como si fueran de metal y encerrarán en el seno inmensa retorta. Á proporción que el sol se eleva, se modifica este colorido, que va fundiéndose paulatinamente, hasta tomar el tinte de las rosas, precedente al de nácar, que lo sucede cuando el luminar del día domina el vasto sistema de los Andes.

Al gorjeo de las aves anidadas en los almendros y los avellanos, se une el canto del obrero y del labrador. El ruido que forman los carros y los coches, ahoga las voces que saludan á Dios.

La luz y la actividad madrugan en aquella ciudad, que no duerme sino para descansar de las fatigas del trabajo.

La laboriosidad del mendocino es proverbial en toda la República. El cultivo de la tierra, que es su principal ocupación, ha excluído la molicie de todas las esferas sociales.

El rico y el pobre trabajan por recuperar lo perdido á consecuencia del terrible terremoto que los arrojó á la miseria.

El Gobierno y las demás autoridades están al frente de este movimiento.

Mendoza va á renovar por completo sus antiguos hábitos, poniendo de lado los compromisos contraídos con la tradición y la rutina.

Es un pueblo con las condiciones requeridas para llevar á cabo todo lo que forma el orgullo de las sociedades nacientes; ó, para hablar con más propiedad, es un pueblo que se levanta de la tumba libre de las ligaduras del pasado.

Como encontré en Mendoza á mi compañero de viaje y de oficina, me apresuré á hacer los preparativos necesarios para atravesar las cordilleras. Las funciones de semana santa, que tenían lugar á la sazón, nos impidieron practicar nuestras diligencias con la celeridad que deseábamos. Al tercer día de nuestra residencia en Mendoza, nos fué presentado un caballero chileno que debía salir para Santiago en los últimos días de la semana. Don Francisco Berenguel, que así se llamaba tan galante persona, nos exigió que no volviéramos á pensar en mulas ni en arrieros, comprometiéndose él á esperarnos con cabalgaduras en su hacienda de Vista Flores y á servirnos de guía. Al separarnos nos citó para el sábado próximo al anochecer.

Tranquilizados por lo que se refería á preparativos de viaje y teniendo algunos días de que disponer, pudimos asistir á las fiestas religiosas que se celebraban en memoria de la pasión del Redentor del mundo. Conservaré siempre el recuerdo de aquellos días, en que contemplé complacido

la devoción con que los mendocinos conmemoraron los misterios de la muerte de Jesucristo. Un gran número de labriegos y de habitantes de los pueblos vecinos, ocupaban los templos, adornados con sencillez y elegancia. En el jueves y viernes no circularon coches ni carros. Por ambas aceras discurrían centenares de personas, que iban ó venían de las iglesias. A pesar del agrupamiento de fieles en la puertas de las casas de oración, no tuvo lugar el más mínimo desorden. La más blanca y diáfana de las lunas alumbró aquellas escenas, impregnadas del suave perfume de la religión.

La luz del sábado nos encontró de pie á la puerta del hotel, esperando el coche en que debíamos ir hasta Vista Flores. Luego que el conductor cargó nuestros equipajes y que llegaron algunas personas que iban á acompañarnos hasta San Vicente, nos pusimos en marcha, tristes y quejosos de la obligación que nos condenaba á abandonar tan pronto aquella hospitalaria ciudad.

Nuestros amigos se despidieron al llegar á la aldea nombrada. Al decirles adiós nos sentimos afligidos. ¡Habíamos recibido tantas pruebas de cariño!

Llegamos á Luján, pueblo cuyo nombre despertó en mí tiernas memorias, porque en mi provincia hay otra villa del mismo nombre, cuya historia he escrito en una de las temporadas que pasé con sus vecinos, que son mis amigos, á la sombra de hogares cuyas puertas están siempre abiertas al peregrino que visita el Santuario y al pasajero que atraviesa las soledades de la pampa.

Vadeamos el río Luján, que corría escaso de agua, y pasamos en seguida el valle del Carrizal, cubierto de jarilla y piedras. Este lugar tiene algo de salvaje y de caprichoso, que produce en el ánimo una impresión indeleble. Me imaginaba al cruzarlo que sus entrañas fermentaban y que la tierra filtraba piedras, que á manera de

sudor pasaban por sus poros dilatados por el calor.

A las tres de la tarde hicimos alto en el Totoral, posta en que debíamos mudar caballos. Dos ranchos, formando ángulo recto, componían aquella población pampeana, habitada por dos muchachas, tostadas por el sol, con cabellos negros como la noche y dientes blancos como el pálido marfil. La más avisada de las dos sacó sillas y nos invitó á pasar á la *ramada*, mientras el cochero descansaba un rato y echaba sus coplas, acompañado por una guitarra, al parecer cansada de su oficio.

Nuestra moza, con el cabello suelto sobre la espalda y embozada en un pañuelo rojo, nos miraba de hito en hito con sus grandes ojos negros, mientras nosotros recorriamos una carta geográfica buscando el lugar en que nos encontrábamos. Cuando mi compañero me dijo, señalándolo con el dedo:—he ahí el Totoral,—ella se puso de pie, y me pidió, con infantil curiosidad, que la enseñara *dónde habían firmado al Totoral*. Luego que le mostré el sitio en que se encontraba el nombre indicado, me suplicó que le pres-

tase la carta para enseñársela á su hermana. Se la entregué y partió ligera como una corza. Un momento después regresó con el semblante inundado de alegría.

Tal vez habría oído decir que los amantes ausentes escriben con cariño el nombre del país ó del lugar en que reside el objeto de sus ilusiones, y se imaginaba que el suyo había escrito sobre aquel papel el nombre del ignorado Totoral.

Cuando el sol declinó, volvimos á seguir nuestro camino. El cochero, que había perdido en el parador más tiempo del necesario para descansar, nos declaró en el Arroyo Negro que teníamos que hacer noche en la Consulta, porque los caballos que llevaba no podían hacer la jornada hasta Vista Flores. El crepúsculo nos sorprendió en las inmediaciones de aquella hacienda.

La luna iluminó el campo desierto con su plateada luz: una brisa perfumada acarició nuestras frentes: los acentos del Tunuyán

trajeron á nuestros oídos las armonías quejumbrosas de las montañas en que tiene su cuna.

Llegamos á la Consulta ya entrada la noche. Los dueños de la hacienda nos recibieron cariñosamente.

La conversación de sobremesa versó sobre el gran acontecimiento de Mendoza. El temblor que destruyó esa ciudad será inolvidable. La señora que nos hospedaba se había encontrado en él y salvado milagrosamente. Ocupaba una casa de altos, en cuya sala se hallaba en el momento de la catástrofe, meciendo al niño que jugaba á nuestros pies. Aun no se da cuenta de lo que pasó: lo único que recuerda es que cuando volvió de la sorpresa que le produjo el sacudimiento de la tierra, estaba de espaldas sobre una masa informe formada por las ruinas de Mendoza.


Luego que amaneció nos pusimos en marcha hacia el Tunuyán. En las márgenes del

río, sombreadas por sauces llorones, pacían algunos animales y bebían otros en la corriente. El agua, casi inmóvil, reflejaba el cielo, los árboles y los bueyes mansos que despuntaban la hierba. Con los ojos fijos en las cimas blanqueadas por la luz naciente, yo esperaba presenciar la reproducción del gran cuadro de Guido Reni, y ver asomar la aurora en su carro tirado por genios, agitando su antorcha y arrojando flores sobre las cumbres de los Andes.

Los peones de Berenguel nos encontraron en la orilla del Tunuyán. Así que cargaron nuestros equipajes, cruzamos el río, y, paso tras paso, llegamos á la magnífica alameda de Vista Flores.

Empleamos el día haciendo ensayos de equitación, y celebramos la Pascua en el Melocotón, donde encontramos hasta seis niñas, á las que pudimos llamar hermosas sin temor de incurrir en injusticia.

Mis amigos me abandonaron por seguir las huellas de las alegres bailarinas, lo cual me obligó á hacer un paseo romántico, pues regresé á Vista Flores sin más compañía que la de la luna y la de mis recuerdos.



IX

LOS ANDES

Estamos al pie de la cordillera de los Andes.

Algunos libros que se me vienen á la mano y algunas observaciones hechas al pasar, darán á mis lectores una idea, aunque mezquina, de las grandes montañas que separan la República Argentina de la de Chile.

La extensión de los Andes aun no ha sido averiguada con exactitud, como lo demuestran las opiniones que voy á consignar.

La gran cordillera, cuna del Amazonas, del Orinoco y del Plata, ha sido medida por geógrafos, historiadores y poetas.

Seguiré el orden de antigüedad en la enumeración de sus opiniones.

« La famosa cordillera de los Andes, dice el P. Lozano ¹, le sirve (al reino de Chile), de muro el más alto, que, ó crió el Autor de la naturaleza, ó labró la humana industria en todo el Universo. La extensión de esta casi inmensa serranía se dilata por ambas Américas, septentrional y meridional, si damos crédito á varios autores, porque el Reverendo Padre Maestro Zamora en su historia del nuevo Reino escribe, que estrechándose en las diez y ocho leguas que hay desde Panamá hasta Portobello, va discurriendo por todo el imperio mejicano; y coloca este autor su origen en la tierra que llaman del Fuego ²; y el Padre Vasconcellos quiere que sea también parte de la cordillera aquella que por cuatrocientas leguas, recorriendo cerca de la Villa de San Jorge, en la capitanía de Ileos, costea todo el Brasil, hasta dar con el Río de la Plata, que sirve sólo de paréntesis, donde descansó la naturaleza, para volver á continuar con esta fábrica fatal del terreno por Chile, Perú, Quito y Nuevo Reino. Sin soli-

¹ *Historia de la Compañía de Jesús*, por el P. Lozano, MDCCLIV.

² Otros opinan que empiezan en los 44° de latitud austral.

citar ambiciosa nuestra cordillera dominio tan dilatado, le sobra mucho para colocarse entre las primeras maravillas del Orbe. Su origen comunmente se dice ser en el Estrecho de Magallanes, con tanta elevación que pronostica luego ha de ser su altura desconocida, y se va extendiendo por cerca de dos mil leguas, hasta rematar en las Provincias de Santa Marta, en la Provincia de Tierra Firme».

«El sistema de los Andes ó Peruano, escribe Balbi ¹, es llamado así por la célebre cordillera de los Andes y por el nombre del imperio que en otro tiempo abrazaba todos los ricos países que recorren sus cadenas principales, y en cuyo terreno se elevan los más altos picos. La cadena principal á la cual convendría conservar exclusivamente el nombre de *Andes*, recorre sin ninguna interrupción perceptible, dos inmensas curvas desde el cabo Paria ², en la República de Venezuela, hasta el cabo Foward, sobre el Estrecho de Magallanes».

¹ *Geografía Universal*.
En el Mediterráneo colombiano.

El Diccionario de Mellado ¹ registra lo siguiente respecto á los Andes: «Cordilleras de los Andes de los españoles: inmensa cadena de montañas de la América meridional, se extiende en toda la longitud de este continente de Norte á Sur prolongando la costa occidental y atraviesa en el Norte una porción de su latitud. Se divide en cuatro partes llamadas «Andes patagónicos» (de 54° á 44° latitud Sur), «Andes de Chile y del Potosí» (de 44° á 20°), «Andes del Perú» (de 20° á 1° 50'), «Andes de Nueva Granada» (al Norte de los precedentes).

«Vamos á establecer, dice don Mateo Paz Soldán ², los principios geológicos con arreglo á los cuales está constituída la cordillera de los Andes en toda la parte que se halla comprendida en el territorio peruano, partiendo de la hipótesis de que esta serie formidable de montañas que recorre toda la América desde el Cabo de Hornos hasta el Estrecho de Behring, á lo largo de la costa y casi paralelamente á ella, ha provenido de un sollevamiento, no sólo por su

¹ *Diccionario Histórico y Geográfico.*

² *Geografía de la República del Perú.*

extensión sino también porque ha dado configuración á la costa ».

Afirma Velarde en una nota á su hermoso canto *La Cordillera de los Andes* ¹: « Las cordilleras, en su inmenso desarrollo desde las llanuras del Mackenzie, en la América Rusa, hasta el Cabo de Hornos, se inclinan constantemente hacia las costas occidentales del Nuevo Mundo ».

Como se ve, hay discrepancia entre los autores citados respecto á la extensión que cada uno de ellos adjudica á los Andes.

Dejando esta cuestión en el terreno de las hipótesis, veamos lo que dice el abate Molina respecto á la organización física de la parte de los Andes que vamos á atravesar.

« Los cuerpos marinos ² que se encuentran esparcidos á cada paso sobre toda la organización física del Reino de Chile,

¹ *Cánticos del Nuevo Mundo*, por Fernando Velarde.

² *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, escrita en italiano por el abate don Juan Ignacio Molina.—LXXXVIII. Traducción de Arquellada Mendoza.

anuncian claramente que ha servido de lecho por espacio de muchos siglos á las aguas del mar Océano, que retirándose poco á poco, y según lo hace en el día, ha ido dejando descubierta y desocupada la estrecha superficie de tierra actualmente poblada. Cuanto hay allí manifiesta su larga y tranquila morada, pues las tres cadenas paralelas de montes marítimos, los collados que de trecho en trecho los unen á la cordillera y las ramificaciones y apéndices de esta montaña antediluviana, son efectos nada equívocos de la lenta operación de las aguas marítimas.

» Muy diverso origen nos indica por todas partes la estructura interior de los Andes, cuya creación parece coetánea á la de la tierra. Elévase rápidamente aquella prodigiosa montaña, no formando más que un ángulo pequeño con su base, y conservando por lo general la forma de una pirámide cristada de puntas cónicas interrumpidas, más altas y como cristalizadas, compuestas de enormes masas de roca viva, cuarzosa y casi uniforme, en la cual se encuentran fragmentos de cuerpos marinos, del propio

modo que se observan entre los peñascos de los demás montes de segundo orden. Sobre la cumbre del gran monte Descabezado, que yace en la cadena primaria de la cordillera, y que no tengo por de menor altura á la del célebre Chimborazo de Quito, se encuentran igualmente patenas, bocinas, caracoles y otras especies de conchas evidentemente marítimas, unas petrificadas y otras calcinadas, y todas las cuales quedarían seguramente depositadas en aquel lugar al retirarse las aguas del Diluvio. Esta cumbre, descabezada á lo que parece por alguna erupción volcánica, forma un plano cuadrado, cuyos lados tienen más de tres leguas de largo, y en cuyo centro hay una laguna profundísima, que sería tal vez el cráter ó la boca del volcán que allanó la punta del monte.

»La cadena primaria de la cordillera está contenida entre dos subalternas, más bajas, paralelas, y distantes de ella como más de diez leguas, pero unidas de trecho en trecho por algunas ramificaciones transversales de igual antigüedad y organización á lo que parece, bien que sean sus bases

algo más elevadas y variadas, siguiéndose por de fuera á estos montes colaterales otros más pequeños con diversas ramificaciones, y los cuales no guardan siempre igual paralelo.

»No menos la osamenta de estos montes andinos externos, que la de los otros, tanto mediterráneos como marítimos del Reino de Chile, que llamamos de segunda formación, es de un orden sumamente diverso. Compónense pues estos montes, cuyas cumbres aparecen por lo general más obtusas, de lechos ó capas horizontales y paralelas, más ó menos anchas y profundas, compuestas de diferentes materias que suceden unas á otras, mezcladas de una gran cantidad de producciones marítimas que representan con mucha frecuencia figuras pertenecientes á los reinos vegetal y animal. El último lecho, según pude observar en las cortaduras y derrumbaderos hechos por las aguas ó las manos de los hombres, se componen en algunos parajes de una especie de asperón rojo y graneado, y en otra de una arena cuarzosa ó de una turba parduzca y compacta, siguiéndose á estos lechos

varias capas de arcilla, mármoles de varias especies, micachistes, espatos, yesos, carbón fósil, etc., etc., y á cuya continuación se notan vetas metálicas, ocre, cuarzos, granitos, pórfidos, arenas y rocas más ó menos duras.

» La colocación de este orden varía notablemente en casi toda la serie de aquellos montes, hallándose en el ínfimo lugar en los unos lo que en los otros ocupa el sitio más alto, contándose en el desorden de tales mezclas observadas muy rara vez las leyes de la gravedad. No obstante, parece que los lechos ó capas siguen alguna especie de regularidad, dirigiéndose casi constantemente de mediodía al septentrión, é inclinándose un poco hacia occidente, como siguiendo el propio orden del batidero del mar, el cual es occidental respecto del país, encaminándose sus corrientes de mediodía á norte.

» Además de estos montes de capas heterogéneas, hay otros varios cuya estructura se compone absolutamente de lechos homogéneos, de piedras calcáreas, yesos, asperones, granitos, rocas simples ó primi-

tivas, basaltos, lavas y otras materias volcánicas, y aun conchas poco ó nada desnaturalizadas, de que habla don Antonio de Ulloa en la relación de su viaje: pero estos montes uniformes por lo común son áridos y no producen sino arbustos de poquísimo aprecio, al contrario de los otros, que sobre los diversos lechos que ocuparon su textura interior, estan cubiertos de una costra bastante gruesa de bellísima tierra de labrantío, y se visten de lindísimos árboles.

»La forma exterior de todos estos montes, dispuestos por capas ó lechos, suministra asimismo una prueba sensible de la mansión larga y pacífica del Océano en aquel país; pues por una parte de sus faldas, anchas en demasía, van á formar insensiblemente diversos valles, cuyas inflexiones é inclinaciones representan á la vista la continuada mansión y dirección de las aguas; y por otras se refieren de tal modo y con tal alternativa sus curvas, que los ángulos salientes de las unas corresponden siempre con los ángulos entrantes de las otras; y últimamente si descendemos á

los llanos, encontraremos que su organización interna es análoga á la de los montes, y que su suelo presenta la misma disposición paralela y horizontal en sus lechos ó capas y la misma clase de materias, aunque por lo general desmenuzadas y reducidas á polvo ¹».

Hasta aquí el abate Molina.

Oigamos ahora al profesor Domeyko ² respecto á estas montañas, como expresión de una época más adelantada que aquella en que el autor citado escribió el hermoso libro que nos ha prestado algunas de sus páginas.

« Así cuando ascendiendo á regiones más y más elevadas, hasta la altura de cuatro ó

¹ Los que deseen conocer los Andes y sus valles, tienen fecundas fuentes de estudio en las admirables descripciones del Cosmos, D'Orbigni, Gillis y Burmeister.

Existen cartas de los Andes y del Estrecho de Magallanes. Las primeras pertenecen á Burmeister y Pissis; las segundas á Fitz-Roy y al jefe de la expedición de la *Nassau*, M. Mayne, quien en 1869 rectificó las conocidas.

² *Ciencias, literatura y bellas artes*. Discurso pronunciado por el profesor Domeyko en la Universidad de Chile el 1.º de Enero de 1863.

cinco mil metros, verá palidecer la vegetación, acercarse los hielos y desaparecer toda señal de vida, de repente se hallará como sobre una playa recién abandonada por el mar, sembrada de mariscos y de conchas tan bien conservados como los que el pescador recoge en la ribera, solamente de distintas formas y organización de los que estamos acostumbrados á ver en nuestros mares. El geólogo entonces le hará ver que esos cerros son monumentos de sepultura de millares de generaciones enteras de animales, cuyas especies y familias han vivido en esos *primeros días de la creación*, que eran largos intervalos de tiempo, *días* anteriores á la creación del hombre y al orden actual de la naturaleza: *días para Dios*, millones de siglos para el hombre ¹. Le hará ver que esa antigua playa fué el fondo de un mar profundo, y que en las grandes revoluciones de nuestro globo fué solevantada, como levanta el operario del fondo de una mina un fardo de riqueza que coloca en la superficie de la tierra; y á poca

¹ Wiseman.

distancia le mostrará aún el geólogo la roca de origen ígneo, por cuyo empuje fué removida del interior del abismo, arrojada y puesta en su lugar actual aquella llanura desierta que hemos comparado con una playa abandonada. Recogiendo en seguida un cuerno de amonóu ó un ortocera de aquellos que con tanta profusión hallamos en las cimas de Manflas, de Doña Ana, del Portillo, discurrirá sobre sus contemporáneos que eran unos monstruos: unos lagartos de sesenta pies de largo, con ochenta dientes en la boca, con ojos del tamaño de la cabeza de un hombre, sus pies y sus manos transformados en remos de peces; también hablará del animal llamado plesiosauro, no de menos tamaño ni de organización menos extraña que los anteriores, animal que tenía cabeza de lagarto, dientes de cocodrilo, cuello de cisne, cuerpo como el de cualquier cuadrúpedo y remos de ballena; en fin, mostrará á la imaginación del poeta, unos reptiles volantes de aquella época, que tenían alas de murciélago y la boca armada con sesenta grandes dientes. Entonces, con reliquias de aquel mundo

primitivo en la mano, abrirá el geólogo ante el hombre de sentimiento é imaginación los innumerables pliegos de depósitos que forman la crónica de nuestro planeta, y en los cuales halla la ciencia estampadas impresiones de las antiguas selvas y esqueletos de animales».

El camino de Uspallata, que se inclina hacia el centro del ferrocarril que liga á Santiago con Valparaíso, tenía para nosotros un grande interés histórico.

«Por ese camino, dice Herrera ¹, condujo el coronel español, luego general San Martín, un ejército de tres mil hombres para ayudar la independencia de Chile. Seguramente es mayor el mérito de San Martín atravesando los Andes, que el de Bonaparte en su tan exagerado paso del San Bernardo».

El recuerdo que estas palabras, escritas

¹ *Breve descripción de los viajes hechos en América por la comisión científica enviada por el Gobierno español durante los años 1860 á 1866, por don Manuel Almagro.*

por un adversario de la revolución americana, despierta en los corazones argentinos, ligado á esa legítima curiosidad que conduce al hombre culto hasta los lugares que han sido testigos de algún hecho memorable, nos impelían á seguir el camino de Uspallata ¹.

Esta vía fué también para los argentinos, durante la dominación de Rosas, un camino de salvación. Los emigrados la escogían como la más fácil y segura. Por ella pasaron, desnudos y hambrientos, los derrotados en la batalla del Rodeo del Medio.

Dos épocas de nuestra historia pueden señalarse con el paso de aquel general y con el de estos desgraciados soldados de la libertad. La primera es la edad de oro de la República Argentina: aquel tiempo en que su genio militar no reconocía fronteras, en que derramaba su sangre, desde los Andes hasta el Ecuador, en defensa de

¹ La distancia que media entre el Rosario y Santiago de Chile es, según un itinerario publicado en Buenos Aires, la siguiente:— Del Rosario á la Guardia de la Esquina, 23 $\frac{1}{2}$ leguas; de la Guardia de la Esquina á Fraile Muerto, 30; de Fraile Muerto á Rio Cuarto, 51; de Rio Cuarto á Achiras, 19; de Achiras al Morro, 13; del Morro á San Luis, 24; de San Luis á Mendoza, 74; de Mendoza á Santiago (por la vía de Uspallata) 104.— Total 338 $\frac{1}{2}$ leguas.

la independencia de América. La segunda es la época nefanda, la edad de hierro de los tiranos, en que los argentinos, que en la víspera habían llevado la libertad á los pueblos hermanos, volvían á ellos, con la frente baja, pidiéndoles un asilo y tal vez una tumba.

De las cumbres de las montañas de Uspallata se levantó el condor, con vuelo prodigioso, para ir á contar á las estrellas que los gigantes pretendían escalar el cielo.

De los desfiladeros de esa cadena sorprendente, partió un día un grito de desesperación que conmovió dolorosamente el corazón de Chile.

Las piedras, ennegrecidas por el tiempo, parece que conservaran las huellas del humo y del fuego del vivac de los antiguos veteranos.

En las mesetas de esas montañas ó en los valles enclavados á su pie, parecen asomar los huesos de los proscritos que exhalaron allí su último aliento, que tuvieron por sudario las nieves y por oración fúnebre el murmullo imponente de los huracanes.

Además de estos recuerdos, puramente

argentinos, el camino de Uspallata tiene para el viajero de todos los países un poderoso atractivo en la magnificencia, configuración y elevación de sus montañas, y en una de las obras más sorprendentes que haya realizado la sabia naturaleza.

Me refiero al puente del Inca, formado por una perforación, de treinta ó cuarenta metros de ancho, practicada en la roca viva por el río Mendoza.

El Padre Lozano hace la siguiente descripción de esa maravilla. «Al pie de este puente, dice, se descubre un tablón de peña sobre que discurren cinco canales de agua, si salobre muy cálida, pues hierve en dichas canales y da color de esmeralda á la piedra que baña. El cóncavo que sirve de arco á este puente natural, excede en belleza y artificio á toda industria humana, pues penden de él, primorosísimos labores, vistosos florones, y piñas cuya materia es como piedra de sal congelada».

El Padre Lozano olvidó agregar á su descripción, que de cada una de esas estalactitas, que él compara con la sal congelada, pende constantemente la última

gota de agua filtrada á través del arco.

Cuando el sol penetra bajo la bóveda del puente, atraviesa con sus rayos esas gotas. Descompuesta la luz por el agua, el arco presenta entonces los variados colores del prisma.

No obstante el deseo que abrigábamos de conocer los históricos desfiladeros de Uspallata y sus maravillas naturales, tuvimos, mi compañero y yo, que desistir del propósito y tomar la vía del Portillo, que conduce al Sur de Chile.

Respecto á este camino, más corto que el primero y preferido por los ganaderos á causa de la abundancia de pastos, dice el historiador Gay: «Cerrado para el comercio de orden del rey, fué rehabilitado en 1778, á consecuencia de una gran tempestad que destruyó enteramente el de la cordillera por la parte de Mendoza, é impidió algún tiempo toda comunicación entre esta ciudad y Santiago. La travesía no presenta tantas dificultades; pero como hay que pasar por

el grande y peligroso valle de Tunuyán, enclavado entre dos cordilleras de una altura absoluta de más de cuatro mil metros, donde no se halla abrigo ni socorro cuando sorprende una tempestad, resulta que este camino, cerrado la mayor parte del tiempo por las nieves y sólo transitable cuatro meses del año, ha estado siempre muy poco concurrido».

Nuestro oficioso guía, á quien habíamos aceptado sus servicios con viva gratitud, escogió este camino, y nosotros tuvimos que seguirlo porque estábamos á sus órdenes.

El 29 partimos de Vista-Flores.

Mi compañero y nuestro guía se detuvieron en el camino para despedirse de algunos amigos. Yo me adelanté á ellos acompañado por el capataz de Berenguel, que conducía á Chile una tropilla de caballos, varias aves, y entre ellas un loro, que no se resignó á marchar encerrado y se encaramó en el anca del caballo del amo.

Poca variedad presenta el camino que media entre Vista-Flores y la hacienda de los Chacayes.

Este establecimiento toma nombre de un árbol que crece profusamente en sus alrededores.

Cuando salimos de los Chacayes, después de haber dado reposo á las cabalgaduras, declinaba el día.

Al frente teníamos las primeras ramificaciones de los Andes, y más allá, envueltas en nubes, las elevadas cumbres que debíamos escalar dos días después.

Las piedras entorpecían la marcha de las mulas: uno que otro huanaco aparecía á lo lejos. Varios rebaños de cabras se deslizaban por entre las piedras, hiriendo el espacio con sus balidos.

La media luz de la tarde no permitía distinguir el quintral, de flores rojas, ni la hierba rosilla que tapizan las oleadas de granito que preceden á las montañas, que empiezan á elevarse en este sitio y á estrechar la distancia que las separa, hasta formar un gran claustro, de cuyo fondo brota una vertiente. El agua de este ma-

nautial se desliza á pocos pasos de la casilla de la Guardia del Portillo.

Luego que salimos de aquella especie de túnel, encontramos un arroyo que vadeamos sin dificultad.

Inmediatamente ascendimos la cuesta que conduce hasta el Resguardo de la aduana argentina. Marchábamos por una quebrada encerrada entre dos órdenes de cerros, salpicados de nieve. Dos grandes picos formaban el fondo de aquel cuadro colosal: el sol que acababa de ocultarse incendiaba el horizonte, del cual se destacaban aquéllos como dos grandes pirámides de lápiz lázuli.

La majestad de las montañas, la hora eminentemente triste, el ruido del agua y el canto de los pastores, hablaron á mi alma con esa voz impregnada de misticismo que despierta también en el hombre la memoria de la familia y de la patria.

El recuerdo del templo en que hice mi primer comunión, del hogar de mi familia y del techo hospitalario de mis amigos, me advirtió que me encontraba lejos, muy lejos, de las afecciones de mi alma y en el

principio de una peregrinación cuyo resultado no podía presentir. Solitario hoy, iba á ser extranjero mañana.

Contemplé las montañas y los reflejos del sol que acababa de hundirse en occidente, presté oído atento á los ecos de la soledad y percibí dentro de mí un resplandor y un eco que venían de otro mundo.

Yo no estaba abandonado. Dios mora y resplandece en la montaña y en el corazón del que lo ama y lo busca en la soledad.

Alumbrado por la luz dudosa del crepúsculo, acariciada mi frente por el aura y apoyado en una piedra, escribí la oración del viajero de los Andes en las páginas de mi libro de memorias.

¡Señor! Yo te saludo.

Estoy al pie de los Andes; de los Andes, inmenso monumento de tu poder infinito.

Me acerco á sus piedras carcomidas por el tiempo, como á las aras de tus grandiosos altares.

Los Andes parecen sombras que no bendi-

jiste, sombras petrificadas de espanto al escuchar la voz de tus enojos.

Los Andes parecen los despojos de un planeta desquiciado.

Las bóvedas de tus catedrales velan los rayos del sol: las cumbres de los Andes limitan los horizontes de tu cielo.

La luz del sol palidece en el tabernáculo y en la montaña: la luz del sol palidece en este lugar en que truena tu majestad bajo las bóvedas de granito, en que hablas con la voz de los torrentes.

¡Tú que hablas al hombre en todo lugar, habla aquí á este corazón que se siente oprimido por el infinito!

¡Tú que hacías brotar agua de la roca de Moisés y poesía de la mente del salmista, hieres mi pecho como la piedra del desierto y la mente del salmista!

Como aquel gran pico encerrado entre dos montañas, yo quiero reflejar á toda hora la luz de tu cielo: el resplandor del Tabor, pedestal del profeta y del Dios.

¡Gloria á ti, Señor de las montañas!

Al pie de ellas nació el hijo de David, en su cumbre dictó leyes al pueblo escogido,

en su cima derramó su sangre sobre la frente del linaje humano.

¡Gloria á ti, Señor de Nazaret, del Sinaí y del Calvario!

¡Al pie de este templo, alumbrado por los astros y cubierto por el azul firmamento, te pido, Señor, que hagas inmortal la vida de mi espíritu!

¡Al pie de la montaña, te pido, Señor, que me guíes en mi peregrinación y que bendigas mi presente y mi futuro hogar!

En el lugar en que nos encontramos, sumamente agreste, abunda la piedra pómez, empleada en Mendoza en la fabricación de filtros. La casucha del Resguardo y sus muebles han sido construídos con la misma materia.

En las paredes de esta humilde habitación, que hacen las veces del álbum conventual del monte San Bernardo, están inscritos los nombres de todos los viajeros á quienes ha hospedado.

Hacía largo tiempo que había anoche-

cido cuando llegaron mis compañeros, y con ellos los peones que conducían nuestros equipajes.

Como todavía podíamos decir que estábamos en poblado, comimos conservas euro-peas y un sabroso asado tostado á la llama de los chacayes, que los peones encendieron, al reparo de una gran piedra, reservando el *ulpo* y el *valdiviano* para el día siguiente ¹.

Terminada la primer comida cordillera, narrados los episodios de la jornada y aparejados los catres de viaje, no quedaba otra cosa que hacer sino cubrirnos con nuestros ponchos cuyanos y dormir tranquilamente.

Amanecía cuando me puse de pie para presenciar la salida del sol. Los peones ya

¹ Galletas, ají molido, cebollas, y un poco de vino, forman el bastimento de los que cruzan los Andes.

El *ulpo* consiste en un poco de harina tostada á la cual se agrega azúcar y agua. Esta preparación alimenta y templá la crudeza del agua de nieve que, bebida pura, produce una fatiga llamada *puna*, cuyo antídoto es, según los huasos, el jugo de la cebolla cruda.

El *valdiviano* es una especie de caldo que se hace con charqui majado.

habían encendido fuego y empezaban á tomar mate.

Me detuve involuntariamente á contemplarlos. Aquellos seres no tienen en la montaña otros compañeros que el condor altanero, el inofensivo huanaco, el león de las escabrosidades inaccesibles y la sencilla paloma que anida en las pajas de las primeras ondulaciones de la cadena andina.

El arriero que pasa su vida al borde de los abismos, suspendido entre el cielo y la tierra, conduciendo sobre el lomo de sus mulas los productos que cambian los comerciantes chilenos y argentinos, y el correísta que atraviesa aquellas inmensas soledades llevando sobre los hombros el fardo de la correspondencia y la nieve que cae sobre su cabeza, son dos tipos de valor y de fuerza que sobrepasan la talla vulgar.

Su vida se desliza entre las privaciones y el trabajo: se alimentan con el pan duro y amargo que llevan en el zurrón, y se calientan con la leña que conducen en la grupa de sus mulas: duermen en las casuchas miserables abiertas en la roca ó bajo la bóveda del cielo: marchan sobre la nieve

abriendo paso, muchas veces, á las cabalgaduras vencidas por la fatiga ó amedrentadas por el huracán: sus oídos no escuchan otras armonías que las que producen el torrente y la avalancha que rueda estrepitosamente: sus pulmones, oprimidos por la rarefacción del aire, funcionan con dificultad.

El arriero y el correísta aspiran la muerte con el aire, como los monjes de los Alpes.

Cuando las nieves los estrechan, ella les envía sus caricias con el soplo de los ventisqueros.

Y sin embargo, á despecho del huracán que ruge, de las nieves que caen, de la tormenta que estremece las montañas, las atraviesan ellos cantando y pensando en el pobre hogar que les aguarda en el fondo del valle.

Conductores de fortuna para el comercio y de felicidad para el que sueña con el amor, son portadores de una dicha de que no disfrutan, de una fortuna de que no gozan, de una historia en que no son actores.

En momentos de prueba para mi país, yo he bendecido al hombre obscuro que me traía la palabra de consuelo dentro de los pliegues de una carta; que comunicaba con una hoja de papel la frontera de dos pueblos, la morada del extranjero con la casa amada de la patria.

El dominador de la montaña es más grande que el luchador antiguo, cuya vida se extinguía en los inútiles espectáculos del romano.

El hombre de los Andes es el lidiador heroico que consagra su vida á la sociedad, que no guarda en el corazón ni su nombre ni su recuerdo.

La única huella que él deja sobre la tierra, es la que imprime su planta destrozada en la nieve de las alturas.

Pero ¡ay! detrás del correísta viene el nublado: el nublado trae lluvia para el valle y nueva nieve para las cumbres: nieve que rellena los huecos formados por sus pies y borra el rastro sangriento del hombre de los Andes!

Poco después de haber salido del Resguardo, el sol empezó á asomar por detrás de uno de los cerros que describí anteriormente y que forman el fondo de la quebrada. En la cumbre de su vecino aun se veía la luna, que se hallaba en estado de plenitud. Dos aureolas rodeaban la frente de ambos colosos: la una fuertemente acentuada y rojiza, la otra vaga y azulada. La primera me recordó la aureola ígnea del Sinaí, y la segunda el pálido resplandor de las montañas de Nazaret.

La aurora es un espectáculo siempre nuevo, como que representa una sonrisa, una alegría, un nacimiento.

El crepúsculo de la tarde está, por el contrario, revestido de tristeza, porque es imagen de la ilusión que pasa, de la despedida y de la muerte.

El día tiene de común con el hombre la alegría del principio y la tristeza del fin: luz en la aurora, sombra en la noche.

Por eso saludamos con alegres cantos la aurora que tiñe de color de rosa el cielo y la montaña, y experimentamos un dolor indefinible al contemplar la luz crepuscular.

Los arbustos achaparrados y las hierbas humedecidas por el rocío, las nubecillas que se agrupan en el cielo, las aves y los pastores que conducen sus cabras á alguna meseta de la montaña, parecen saludar al Dios que reparte sus bendiciones al mar y al firmamento, al poblado y al desierto, al hombre y al bruto, al vegetal y á la hulla escondida en el seno de la tierra.

Un rayo de luz ha iluminado las tinieblas: un soplo de vida ha animado todo lo que dormía.

Cuando mis compañeros abandonaron la cama y el jefe de la expedición dió la voz de marcha, el sol se había levantado completamente, y, Júpiter de los astros, lanzaba desde las alturas sus rayos de fuego.

Nuestro guía no pudo ser obedecido, porque una mula había tomado el camino de Mendoza.

La pérdida de una mula en la cordillera es una verdadera desgracia.

La mula está dotada de un instinto supe-

rior: conoce mejor que el hombre los peligros de los desfiladeros, los vados de los ríos y los puntos de reposo. Sus cascos se adaptan más al piso de la montaña que los de los otros animales. Es prudente y desconfía del jinete hasta la exageración. El valiente caballo se deja conducir, no conoce el peligro, y se lanza á los abismos cuando se le azota con el látigo. La mula no obedece sino á sus propias inspiraciones. Si en las laderas se resigna á seguir invariablemente la línea recta, es porque no puede hacer otra cosa: si el camino por el cual marcha fuese más amplio, se decidiría por la línea quebrada. Cuando los vientos que soplan en las alturas, en las primeras horas de la mañana, le impiden respirar con libertad, vuelve el anca al lugar de donde soplan, toma aliento y prosigue su interrumpido camino. Ella tiene su gramática parda, cuyas reglas no le fallan en los casos en que las aplica. La mula es la caballería de la montaña. Por esta razón, la pérdida de un ejemplar de este cuadrúpedo es una verdadera desgracia.

Mientras se hacía diligencias para encontrar la mula, me puse á contemplar algunas avecitas que saltaban sobre las piedras vecinas á la puerta del Resguardo. Así pude verificar la exactitud de esta observación: «es tan sensible el influjo de la naturaleza sobre todos los objetos á cuya existencia contribuye, que él se revela en el colorido y hasta en la organización del árbol, la flor, el ave y el cuadrúpedo».

«La naturaleza, dice un escritor inglés, reviste á los animales silvestres de colores, análogos al lugar en que habitan: la piel de la liebre es de un color leonado parecido al de los terrenos que frecuenta: el plumaje de la perdiz se confunde con los tonos de los rastrojos y de los surcos. El mismo hecho se produce en las regiones tropicales: la pintada piel de la pantera y del leopardo se distingue apenas, á pesar de su brillo, de las rubias hojas del bosque; los papagayos que viven en medio de los árboles son verdes, mientras que las especies que frecuentan las rocas son grises y las que habitan en los troncos de los árboles gigantescos son de color mucho más obscuro».

Las aves de los Andes comparten en su plumaje, el color parduzco de las rocas y el blanco de las nieves de las cumbres.

Nuestros peones dieron caza felizmente á la fugitiva, que era la mejor de la recua, y la que debía cabalgar, yo, el peor de los jinetes conocidos.

Al salir nos inclinamos al Sud y atravesamos un camino pedregoso y desigual que nos condujo á un plano cubierto de arena, en cuyo fondo pastaba tranquilamente una familia de huanacos.

«El huanaco,—*Auchenia huanaco*,—se encuentra desde la Patagonia hasta el Alto Perú y Bolivia: desde Caldera en el Pacífico, hasta la boca del Río Negro en el Atlántico, en tropas de pocos individuos y en rebaños de dos y de tres mil ¹. No existen diferencias en su forma exterior, son raros los blancos y nunca se encuentran de colores variados.

¹ He tomado esta descripción de los apuntes del señor don Federico Leybold, quien galantemente me la ha facilitado.

»Pertenece al orden de los camellos y como tal es rumiante. Sus pastos favoritos son las gramas y hierbas aromáticas y resinosas que se crían en los arenales y pedregales de la pampa y de las montañas desiertas.—El macho solicita á la hembra á fines de Enero y ésta pare al fin de once meses, más ó menos. En el tiempo del celo los machos libran feroces batallas. Se encuentran algunos viejos cuyo largo pescuezo está cubierto de cicatrices adquiridas en sus riñas amorosas.

»El huanaco macho tiene en las mandíbulas superiores un colmillo grande á cada lado, que es el arma de que se sirve con mucha eficacia. Además es capaz de arrollar, aturdir, y hasta de matar un perro con un golpe de sus nervudas patas. La hembra se separa del rebaño en el momento de parir, para deponer su hijo en alguna quebrada escondida. Una hora después se pone de pie el animalito y sigue á su madre con paso mal seguro. Al día siguiente ya es capaz de emprender una carrera de tres ó cuatro cuabras. Cuando la huanaca parida se ve perseguida, suele esconder su hijo

entre piedras, donde lo abandona echado, para volver á buscarlo con maternal solitud después de pasado el peligro.

»El vellón del huanaco, de color amarillo encendido, es de gran finura, y por eso muy buscado para tejidos de ponchos, bufandas y frazadas; pero su pelo no es muy fuerte y por tanto no soporta mucho el uso.

»Su carne, raras veces gorda, es seca y sirve de alimento á los habitantes de las pampas y cordilleras.

»En el verano se encuentran generalmente separados los dos sexos en tropas de hembras y machos.

»Cuando amenazan nevazones en las alturas, estas tropas se juntan y huyen con veloz carrera hacia el fondo de los valles. En estos casos los habitantes de las cordilleras suelen hacer grandes rodeos, encerrando á veces en quebradas sin salida centenares de tan hermosos animales, para pasarlos á cuchillo y aprovechar sus vellones.

»Uno de los más próximos allegados de este interesante animal es la vicuña, que se

encuentra en los desiertos pedregosos desde el Río Salado, en Chile, hasta las alturas de Quito y Potosí. En el Alto Perú existen otros dos animales, parientes de los nombrados, domesticados desde tiempo inmemorial: la llama y la alpaca. Los sabios Darwin y Burmeister han encontrado en las provincias del Plata restos fósiles de una especie gigantesca de huanaco que ha sido descrita bajo el nombre de *Macrauchenia*. Restos fósiles de una *Macrauchenia* fueron encontrados también en Bolivia en una mina de plata y cobre».

A poco trecho del plano en que encontramos los huanacos, se tropieza con grandes aglomeraciones de piedras. Los cerros presentan un aspecto muy original. Algunos parecen órganos inmensos, cuyos tubos se elevan á una gran distancia de la base. Cuando el huracán haga oír su voz en aquellos lugares, la ilusión debe ser perfecta. Otros cerros parecen colecciones de sólidos

geométricos: sus cimas recuerdan el cono, el triángulo y el rombo.

Empezamos á observar la modificación del calórico y de la vegetación.

A proporción que ascendíamos, el aire se enrarecía y enfriaba á causa de la elevación, que impide al sol derretir las nieves de las cumbres.

Las capas superiores de la atmósfera, que se enfrían en las cumbres envueltas en nieves, aumentan su densidad y bajan constantemente, arrojando el aire á las capas inferiores.

Así se explica el frío intensísimo que se experimenta en los cajones de la cordillera.

La composición de los terrenos ocasiona la esterilidad ó abundancia de ciertos cerros.

La abundancia sonrío á las montañas envueltas en tierra vegetal; la esterilidad reina en los cerros cubiertos de estratificaciones.

El árbol del valle no nace junto al arbusto achaparrado de las primeras zonas de la cordillera, ni éste se eleva donde apenas brota la hierba, que tampoco crece allí

donde no encuentra aire respirable ó no puede absorber el calórico necesario para su fecundación.

Las grandes alturas no producen sino nieve y grandes pensamientos.

En la cumbre de los Andes yo he medido mi pequeñez.

La magnificencia de la cordillera me produjo un efecto semejante al que opera en los vegetales la rarefacción del aire.

En Mal Paso, digno de su nombre, encontramos algunos de esos emigrantes chilenos que, atravesando á pie los Andes, llevan á la República Argentina la ropa que los cubre, el deseo de mejorar de condición y la fuerza de su brazo infatigable.

Allí vimos los primeros condores.

Esta ave, cantada por todos los poetas del nuevo mundo, pertenece á la familia de los buitres.

«El condor, *Sarcoramphus Gryphus* ¹, es el buitre más grande del continente americano. Este pájaro, si bien no es verdaderamente una ave de rapiña, es un animal muy dañino. Vive en familia de dos individuos, pero de noche se juntan muchas parejas para dormir en sociedad, y al reparo de los grandes farellones de la cordillera. La hembra pone un solo huevo en lugares inaccesibles, donde se encuentra el polluelo, cubierto de peluza gris, en un nido formado de terrones, restos de plantas ú otras inmundicias. En los primeros dos años es difícil distinguir á primera vista por su plumaje bruno ceniciento, los sexos de este pájaro. Después se torna ese color en un negro bien lucido, que se hace más intenso con la edad del animal. Algunas de las plumas de sus alas son de un blanco turbio, y el macho viejo ostenta alrededor de su desnudo pescuezo una lindísima gollilla de peluza fina y blanca como la del cisne. Tiene la cabeza adornada de una cresta carnosa y gris, y armada de un pico

¹ Leybold.

córneo de mucha dureza. Sus patas, provistas de dedos fuertes y abiertos, le sirven solamente para apoyarse cuando destroza su asquerosa presa, pero de ninguna manera para levantar el más mínimo objeto en los aires como hace el águila de los Alpes. Su alimento ordinario son los animales muertos ú otros restos análogos. Los hacendados sufren mucho en sus crianzas, porque el condor acecha el momento de la parición de las vacas. Estos pájaros poderosos tienen el instinto particular de esperar ese instante para lanzarse en número de cuatro ó seis sobre la vaca infeliz y alejarla de su hijo con ruidosos aletazos. El ternerillo así abandonado es fácil presa de esos demonios alados que lo devoran casi vivo.

» Apenas se despeña una vaca ó cae un animal muerto por el plomo del cazador, se juntan inmediatamente los buitres guiados por el ojo y no por el olfato, como se ha creído equivocadamente durante largo tiempo. Su vista, por consiguiente, sobrepuja á la de las demás aves. En cuanto se echa un huanaco enfermo, al cual desatenden al parecer mientras camina, se lanzan

sobre él, y en menos de veinte minutos no dejan sino los huesos y el cuero hecho bolsa. Saciada el hambre, el condor camina torpemente hacia un declive del cerro ó una piedra que le permita abarcar con sus inmensas alas el aire para lanzarse al vacío. Se le ve entonces solitario y sentado sobre un peñasco, expuesto á los rayos del sol, con la cabeza encogida y las alas entreabiertas, haciendo su rapidísima digestión. Los huasos de Chile suelen cazarlos para librarse de esos enemigos destructores de sus crianzas, formando en los promontorios de la cordillera unos grandes corrales contruídos con grandes palos, en cuyo centro colocan los restos de algún animal inútil. A poco rato se junta un enjambre de voraces buitres, los cuales una vez repletos de su asquerosa comida, no pueden emprender el vuelo sino con dificultad, y entonces caen fácilmente bajo los golpes de los que los acechaban en esta singular cacería.

»El vulgo emplea el corazón del buitre como un remedio eficaz contra la epilepsia, lo cual no pasa de ser una fábula.»

Dice Mayne Reid que en el Perú se caza al condor de diferente manera que en Chile. Él describe así la operación en su libro *Los desterrados en la selva*: «Tomando el vaquero una cuerda larga y echándose sobre los hombros la piel fresca del toro, dijo á Guapo que le siguiera llevando los dos caballos. Cuando estuvo bastante lejos de la cabaña y cerca de un hoyo que había servido en ocasiones semejantes, se tendió á lo largo en el suelo y se cubrió con la piel de toro, cuyo lado sangriento quedó expuesto al sol como si hubiera sido puesto á secar. Guapo y los dos caballos tenían por objeto engañar á los condores, que desde el punto en que estaban vigilaban atentamente lo que pasaba en la llanura. El vaquero estaba tan bien escondido en su agujero que era imposible verle. Cuando Guapo regresó á la choza conduciendo los dos caballos, creyeron los condores que no quedaba más que la piel fresca extendida al sol y que parecía carne por su color rojo. Pronto descendieron, y el mayor de ellos, sin duda el más voraz, se paró cerca del viajero; no viendo nada sospechoso se

fué aproximando y concluyó por saltar sobre la piel que empezó á desgarrar con el pico, pero en aquel momento se levantó repentinamente la piel: el condor agitó sus alas para volar, pero estaba cogido por una pata».

El célebre romancista dice, al finalizar, que el vaquero sujeta al condor con el lazo que suelta inmediatamente, y que lo deja elevarse, para después atraerlo á la tierra y herirlo.

Mayne Reid está equivocado en la última parte de su relato. Cuando el condor se acerca al cuero ensangrentado que el cazador le presenta, éste no lo sujeta con el lazo, sino que lo hiere con el puñal que al efecto tiene preparado.

En los Ojos de Agua, sitio precioso cubierto de vegetación y regado por las vertientes de su nombre, comprendimos que en las horas de día que nos quedaban no podíamos llegar al pie del Portillo, el primero de los dos órdenes de montañas

que teníamos que atravesar. Habíamos salido tarde de nuestro alojamiento, á lo cual se agregaba que los peones se habían quedado muy atrás con las camas y provisiones.

Por ambas causas nos detuvimos en las Yaretas, lugar frío y abundante en arbus-tos achaparrados y espinosos. Formamos nuestro campamento al reparo de unas grandes piedras semejantes á los *dolmenes* de los druidas.

Hicimos alto en hora poco oportuna: á las cuatro de la tarde. Pocas cosas hay que me molesten más que perder, por cuales-quier motivo, algunas horas de marcha. Á esta incomodidad se agregaba el encontrar-me *apunado*¹, que el lugar era som-brío, y que al caer la tarde se nos habían presentado dos viajeros, cuya pobreza y enfermedad me consternaron.

Admitidos éstos en nuestro campamento, partimos con ellos nuestras provisiones y nuestro fuego. Luego que se alimentaron é

¹ Llaman *puna* en el Perú á las planicies conocidas en Chile por páramos.

La *puna* (enfermedad) es producida por la rarefacción del aire en las grandes alturas.

hicieron su colecta, volvieron, á pesar de la obscuridad de la noche, á emprender la interrumpida marcha.

Los peones encendieron leñas de yareta, formando con ellas tan mezquina hoguera, que me recordó la de la vendedora de fósforos de Londres, inmortalizada por el buril de un grabador inglés. Siempre se me viene á la memoria el triste episodio que forma el asunto de ese cuadro, al ver flamear la débil llama del hogar de los viajeros ó de los desheredados.

En una helada noche de Enero, una pobre niña que recorría las calles de la metrópoli inglesa vendiendo fósforos de palo, cayó en el umbral de una puerta, vencida por el hambre y el frío. Sacó un fósforo, lo encendió, y acercó á la llama sus dedos entumecidos; agregó á este otro y otro, hasta que, apercibiéndose de la insuficiencia del medio, quemó todos los que llevaba. Cuando hubo consumido los fósforos y las cajillas que los contenían, trató de levantarse y se desplomó nuevamente sobre la nieve que cubría la acera.

Las nieves que blanqueaban en la cumbre de las montañas y el fuego de nuestra hoguera, interrumpían, en lo alto y en lo bajo, la monotonía de las sombras.

El silencio era alterado, de tiempo en tiempo, por el ruido de los rodados que descendían de las cimas al plano.

Nuestro guía se acercó á mi cama, y advirtiéndome que yo estaba despierto y con la respiración fatigosa, me hizo levantar y condujo junto al fogón.

Luego que avivó la lumbre me obligó á acostarme en su cama, y pasó toda la noche á mi lado atendiéndome con la solitud de un hermano ¹.

Los cuidados de mi amigo y el calor del

¹ Voy á explicar la razón del cambio de cama para dar á conocer á mis lectores un mueble de viaje.

Las personas acostumbradas á viajar por caminos parecidos ó iguales al del Portillo, en el cual no existen las casuchas que sirven de alojamiento á los pasajeros del camino de Úspallata, no usan el catre de Crimea por ser demasiado ligero, y por consiguiente poco abrigado. Su cama está formada por un colchón cubierto con una funda de cuero de vaca, perfectamente curtido, llamada *almofra*. Esta funda tiene una abertura en el centro de una de sus faces, por la que se introduce el cuerpo; una vez encontrada la posición que se desea tomar, se cierra la abertura dejando una rendija para respirar.

fuego y de la cama, me restablecieron completamente.

En la madrugada del 31 de Marzo emprendimos nuestra marcha hacia el Portillo que comunica á las Repúblicas argentina y chilena, y que el invierno cierra con barreras de nieve.

Ascendimos inclinándonos hacia el Sur, buscando el boquete situado á nuestra izquierda.

El camino, bastante ancho, está cubierto de una especie de arena movediza, en la cual se hunden los cascos de las cabalgaduras.

Desde cierta altura volví los ojos al espacio recorrido. En una zona más baja que la en que nos encontrábamos, se elaboraba una tormenta.

Las nubes gravitaban sobre las mulas conductoras de los equipajes. Nosotros las veíamos salir, unas después de otras, de dentro de aquella densa masa de vapores, iluminada á intervalos por el relámpago.

Llegamos por fin al Portillo.

Estamos en la cumbre de la montaña que tiene á sus pies el pintoresco y fantástico Valle de los Penitentes.

Desde esta cima, situada á cuatro mil metros sobre el nivel del mar, la mente domina con su mirada un grandioso panorama. Donde quiera que se fije la vista adquieren formas las visiones del espíritu. Se ven los Andes surgiendo de las aguas australes, siguiendo la costa del Pacífico, pasando abrumados por el peso de la vegetación bajo el arco brillante de los trópicos y perdiéndose en las soledades de la América rusa. Allí está la cuna del inmenso Amazonas, del caudaloso Plata, del soberbio Orinoco, del Cauca, del Magdalena y de doscientos ríos ¹ que fecundan con su limo las tierras colombianas. En el espacio brillan los fuegos del Misti, Cotopaxi, Pichincha y Puracé, que alumbraron un día las bodas del Continente con la libertad. Allá, en la base de la montaña, corre tempestuoso el mar del Sur, que refleja

¹ Ovallo, en su *Historia del Reino de Chile*, hace subir á doscientos los ríos que tienen su nacimiento en los Andes.

en sus corrientes la luz «del Ave del Paraíso, del Fénix, del Aspid Indico, del Triángulo y del Crucero»¹, brújula celeste é inmutable que señala perennemente el polo al perdido marinero. Hacia el Sur se descubren los bosques frondosos de Chile; al Norte se percibe el humo de sus fundiciones de metales, á la espalda están las pampas inmensas de mi patria. Ahí debajo se columpian el álamo, el olivo, la viña y el chirimoyo. En las lagunas de los campos chilenos navega el flamenco de rosado plumaje; en sus huertos floridos vaga el brillante picaflor, buscando la miel de que carecen las siemprevivas y las violetas de la cordillera.

Pero no son estos risueños cuadros lo que abisma al hombre en la cumbre de los Andes.

El conjunto del espectáculo, la armonía perfecta de todo lo que lo rodea ó descubre con su imaginación, le advierten la presencia real de Dios en aquellos lugares en que brilla su divina inteligencia, sol eterno

¹ Theodoro, citado por el padre Ovalle.

ante el cual palidece el astro que dora las cúpulas de las montañas ¹.

Descendamos, descendamos al Valle de los Penitentes, y á cada paso encontraremos la huella de ese poder omnipotente que extendió los mares y encerró los astros en las órbitas en que giran!

El Valle de los Penitentes debe su nombre á un grupo de columnas de nieve de forma cónica enclavadas en su fondo.

Miradas de cierta distancia presentan la ilusión de un grupo de penitentes vestidos de blanco y petrificados por una sentencia semejante á la que fulminó el Señor sobre la mujer de Lot.

Los viajeros desfilan por entre esos penitentes de nieve, fríos é inmóviles como el destino.

El Dante tal vez habría colocado este valle en el círculo de los hombres sin corazón, de los hombres de hielo.

¹ Esa aspiración á lo infinito que se apodera del hombre en las montañas, ha sido maestramente expresada por el poeta español don Pedro A. Alarcón, en su magnífico canto *Al Mont Blanc*.

Los cerros que nos circundan encierran reliquias de los monstruos de la zoología anteriores al diluvio.

La ciencia ha leído estas páginas de piedra, como los lingüistas orientales los papiros encontrados en los monumentos fúnebres de los Faraones, y nos ha revelado los nombres de los seres sepultados por el cataclismo universal en el seno de las actuales montañas.

Los Andes son las Pirámides de las razas fósiles.

Era la tarde y como dijo el poeta, el momento en que el sol dora las crestas nevadas de los Andes, cuando vadeamos el Tunuyán, dejando á nuestra derecha el Tupungato, cuya blanca cima ya había contemplado desde las ruinas de Mendoza. La brisa gemía melancólicamente: una que otra ave cruzaba el espacio: el cíclope universo nos contemplaba con su ojo de fuego. Los misterios empezaban: era llegado ese momento indefinible en que el poeta siente

el vacío á su alrededor y en que busca en el fondo de su memoria la imagen del alma que completa su existencia. ¡Pensé en ti, visión del bien perfecto, y todos los detalles del cuadro se engrandecieron al reflejarse en el cristal purísimo de tus ojos! Te vi contemplando el firmamento y el mar con mirada infinita; pisando con breve planta la tierra abrasada por el volcán; girando en las ondas de las armonías de la tarde, como la mariposa en torno de la ardiente luminaria. Separaste del espacio rutilante tu mirada inmensa para posarla en mis ojos: te desprendiste de la onda perfumada y armoniosa y te arrojaste en la onda de mis suspiros... ¡Oh! ¡así, reclinada la frente sobre mi pecho rebosante de emociones, así es bello atravesar la tierra y el mar, contemplar la puesta del sol en los Andes y ver alzarse la luna en la pampa!

Alumbrados por la luz del crepúsculo
atrasamos el célebre valle de Tunuyán,

situado entre montañas de tan caprichosa formación, que parecen cubiertas de bajos relieves, representando combates colosales esculpidos por Miguel Angel.

El viento que agita las hierbas del suelo, remeda una canción tristísima, cuya melodía evoca ante los ojos de las gentes sencillas imágenes que ellas toman por realidades pavorosas.

Sin contarme en el número de éstas, experimenté al atravesarlo una penosa sensación.

Si hubiese dado forma á las escenas que vi cruzar, habría reproducido, aunque imperfectamente, algunas de esas luchas de espíritus que el Dante ha descrito con asombrosa verdad.

Quien ha pintado los desfiladeros, los abismos y los misterios del infierno con tintas apropiadas y valientes, debió recorrer, antes de escribir el inmortal poema, las montañas de su querida Italia.

Si la historia le sirvió de antorcha y Virgilio de guía en la peregrinación por los círculos del infierno, los vestigios de las montañas debieron inspirarle aquellos

grandes cuadros iluminados con llamas, pintados con sangre y sombreados con el alma de los condenados.

El objetivo de nuestra marcha era el cerro Palomares.

Llegamos á él, y ascendimos una ligera pendiente, en cuyo término se encuentra una especie de cueva, que recuerda el baobab africano, pues parece un gran agujero practicado en el tronco de un árbol gigantesco.

En este sitio, humedecido por las filtraciones de la roca, pasamos la noche, que no nos habría parecido muy agradable si los pasajeros que lo ocuparon antes no hubiesen dejado en él un buen haz de leña.

Apenas amaneció nos levantamos y descendimos al plano á contemplar á Palomares.

Este cerro es un verdadero capricho de la naturaleza. Representa un castillo de la edad media en construcción. Una gran puerta parece franquear el paso á su ima-

ginario interior. Dos gruesas columnas colocadas á derecha é izquierda de la portada, encierran dos huecos que simulan las ventanas de aquel edificio fantástico, en cuyos ángulos hay otros tantos promontorios que hacen la veces de almenas ó garitas.

No faltan crédulos que se adhieren á la opinión de los que dicen que ese cerro ha sido tallado por gentes que se proponían aprovechar su base para edificar una grandiosa morada.

En los alrededores se percibe un fuerte olor azufrado.

Si no se viera la vertiente de agua sulfurosa que lo produce, el vulgo habría creído que el diablo era el castellano de aquella fortaleza.

Luego que estuvieron ensilladas las cabalgaduras, emprendimos nuestra marcha en dirección á la cordillera de los Piuquenes.

Este orden de montañas, que es necesario atravesar para descender al valle del Yeso, separa por esta parte á la República Argentina de la de Chile.

En esta marcha nos precedían los peones que arreaban las mulas y los piuquenes de tardo vuelo y blanco plumaje.

Los gritos con que aquéllos estimulan á las mulas para que apuren el paso, resonaban en el fondo de los precipicios.

En los grandes lienzos de la montaña, brillantados por el rocío, se advertían las huellas de los leones que acababan de retirarse á sus guaridas después de haber dado la batida.

«El león, *Felis Cóncolor*, *Puma pagai* de los araucanos ¹, se encuentra en los Estados Unidos, en Méjico, bajo el Ecuador, en el Perú, Bolivia y á lo largo de toda la cordillera hasta la Tierra del Fuego. Este gato formidable, muy feroz y atrevido en las regiones más al Norte del Perú, se manifiesta bastante cobarde é inofensivo para el hombre en el hemisferio austral; de tal manera, que ha habido naturalistas que han

¹ Leybold.

creído que el león del hemisferio del Norte y el del Sur son diferentes. No es raro que el primero persiga en las montañas de Quiriquí al indio solitario durante horas y horas, hasta que pueda lanzarse de repente sobre su presa dormida.

»En Chile y las provincias argentinas el león huye del hombre, y aunque se hallan sus rastros, pocos son los cazadores que se han encontrado con él.

»Se refiere que un cazador que se había alejado de sus perros fué sorprendido en la cordillera de Chile por un león, y muerto y devorado por la fiera. Se cuenta también que un leñador que se calentaba junto á una pequeña hoguera, fué atacado por uno de estos animales, y salvado por los ladridos de un perrito que puso en fuga al león.

»La leona pare uno ó dos leoncitos en Agosto ó Septiembre, los que, antes de nacer, é inmediatamente después de nacidos, ostentan unas rayas obscuras sobre su piel de amarillo blanquizeo. Esto ha dado ocasión varias veces á que los huasos, habiendo encontrado un par de leones ovcros, hayan creído que tenían que haberse-

las con la madriguera de un tigre. La piel del felis cóncolor varía muchísimo. Las pieles del puma de Costá Rica son de un rojo encendido: el león de Chile es generalmente de un gris amarillento: los cueros de este animal, traídos de las pampas de Patagones y del Estrecho de Magallanes son cenicientos, blanquizcos y casi blancos. El león vive en Chile casi exclusivamente de potrillos, yeguas y terneros. En las cordilleras y en las pampas suele sorprender al huanaco desde su escondite, y dando un terrible salto sobre las espaldas de su víctima, le disloca en el acto con sus musculosos brazos las vértebras del pescuezo. Satisfecha su hambre, el león lleva á la rastra los restos de su comida á algún escondrijo, que cubre con hierbas y ramas que arranca con sus cortantes uñas. El único animal que no cae con facilidad bajo la cuchilla del merodeador, es el pacífico burro: al recibir éste sobre el lomo el pesado cuerpo de su enemigo, se arroja al suelo ó se despeña entre las rocas, procedimiento que generalmente suele librarle, salvo algunos horribles rasguños.

» En montañas poco pobladas de huancos y en que escasea el alimento ordinario del león, es fácil accecharlo escondiéndose el cazador cerca de los restos del animal cogido por él, á los cuales vuelve el hambriento león si no logra apoderarse de una nueva presa. Se le coge en Chile mediante jaurías de perros enseñados con este fin, los cuales lo rastrean y obligan á subirse á un árbol ó peña, permitiendo así al huaso enlazarlo con felicidad desde el caballo y matarlo en seguida á pedradas.

» La carne del león es blanca, muy buena, y sabrosa al paladar. Del cuero se hacen guardamontes y pellones para monturas ».

El Paso Hondo, senda estrecha y casi perpendicular, al parecer abierta á pico en las rocas, precede á las primeras laderas de la suave pendiente de los Piuquenes.

Las laderas correspondientes á la parte occidental de esta montaña, estaban cubiertas de escarcha.

Nos encontramos á tres mil metros sobre el nivel del mar y con la vida confiada á la inteligencia de un miserable animal.

Cuando fijamos la vista en los abismos, experimentamos un fuerte estremecimiento nervioso.

El peligro á que estamos expuestos nos obliga á pensar en la muerte: la idea de perecer obscuramente en aquellas sombrías profundidades, nos obliga á levantar el espíritu á Dios.

El descenso de los Piuquenes no es tan suave como la subida. A pesar de que el camino es ancho, en el término de la ladera se hace escabroso por los bancos de nieve, mesas de granito y piedras de todos tamaños que lo cubren. Uno se imagina que los gigantes de la fábula se hubiesen propuesto reunir allí los materiales necesarios para edificar alguna colosal ciudad.

A la caída de la tarde penetramos en el valle del Yeso, formado por un cataclismo cuyas huellas no ha borrado el tiempo.

Según la opinión de los que han estudiado la formación de los cerros que lo encierran, los ángulos salientes de los unos

corresponden con los ángulos entrantes de los otros. Los dos órdenes se contemplan cual dos luchadores airados que no esperan sino la señal convenida para lanzarse al combate.

El espacio que los separa, sin excluir la senda que atravesamos, está cubierto de pequeñas extratificaciones y de piedrecillas de variados colores.

Las cumbres vecinas presentan un caprichoso efecto de perspectiva.

Parece que sobre ellas se hubiese edificado con nieve una ciudad semejante al Cairo del Egipto ó á la morisca Granada de los Abencerrajes, por la profusión de torrecillas y minaretes que la coronan.

Cuando por la noche se proyectan en la nieve las sombras de las aves de paso, la imaginación ve á los genios del invierno abandonar aquellas moradas y discurrir por sus helados pórticos.

Alojamos á la intemperie junto á una pirca¹, y á orillas de una laguna situada al pie de la cuesta del Inca.

¹ Cerca de piedra construida sin barro ni mezcla de ninguna clase.

La luna apareció por detrás de los cerros de la izquierda, pudorosa y tímida como la virgen de la soledad y del misterio.

Su luz melancólica transformó, aparentemente, la materia de que estaban formadas las agujas y torrecillas de las montañas.

La nieve fué substituída por la filigrana de plata.

Aquellas alturas dejaron de ser la morada de los genios del invierno: las hadas los arrojaron de sus palacios aéreos.

En la madrugada del 2 de Abril seguimos nuestra marcha hacia San José del Maipo.

La cuesta del Inca es de fácil acceso. Ha sido compuesta á expensas del gobierno chileno, que en la actualidad está construyendo un camino carretero que debe conducir de la ciudad de Santiago hasta el valle del Yeso, á los que en sus viajes á la República Argentina prefieran la vía del Portillo á las de Uspallata y el Planchón.

Luego que pasamos el cristalino Man-

zано, advertimos el vigor y abundancia de la vegetación.

A cada instante encontrábamos quillayes, peumos y hierbas medicinales, como la del paño, el maqui y la perfumada manzanilla.

Al aproximarnos á la cuesta de los Cipreses, nos detuvimos á contemplar un hilo de agua clarísima que, descendiendo desde la cumbre hasta la base de la montaña, parece una sierra de plata que tratara de dividirla.

En los cerros de San Gabriel viven los obreros empleados en el laboreo de las minas de cobre de las inmediaciones. Sus casuchas podrían tomarse por nidos de condores, si la presencia de sus habitantes no advirtiese que son albergues humanos.

En la tarde vimos los primeros hornos de fundición de las orillas del Maipo, cuyas laderas atravesamos al trote de nuestras cabalgaduras.

Este río caudaloso trajo á mi memoria la batalla que afianzó la independencia de Chile.

En esa acción gloriosa y fecunda por sus resultados, cuyo estruendo parece renovar

el estrépito de la corriente del Maipo, se confundió la sangre de los chilenos con la de sus hermanos de la República Argentina.

Los que se sienten conmovidos al recordar la gloria que el nuevo continente obtuvo en las nobles luchas de la independencia; los que profesan el culto de la fraternidad americana, no pueden permanecer insensibles en presencia de los testigos del esfuerzo y del sacrificio, á cuya costa conquistaron nuestros padres la libertad de que gozamos.

Las casas, los huertos y los pequeños jardines del camino de San José, demuestran la laboriosidad del pueblo chileno.

El agua de las vertientes, los árboles enlazados con los pámpanos y el aroma de las flores silvestres, producen un agradable efecto en los que acaban de pasar algunos días en medio de una naturaleza árida y helada.

Todo lo que vamos encontrando anuncia la vecindad de la suspirada meta.

El pasajero activo y el perezoso, el peón diligente y el remolón, el ágil caballo y la

mula parsimoniosa, todos parecen aguijoneados por el deseo de llegar á Santiago.

Las cabalgaduras apuran el paso, apenas se aperciben de que se aproximan á lugares en que abunda el pasto.

Nuestro conductor se detenía á cada momento, pues conocía á la mayor parte de las personas establecidas á orillas del Maipo.

Merced á esto fuimos bien hospedados esa noche, y dormimos debajo de techo el más dulce y reparador de los sueños.

En la mañana siguiente atravesamos el pueblecito de San José. Me llamó la atención su poético cementerio, situado en la falda de las sierras y rodeado de una reja de madera.

Una gran cruz, colocada en el centro del campo del reposo, abre cariñosamente sus brazos á los que allí descansan.

Un ave, posada en uno de aquéllos, cantaba melancólicamente.

La sencillez de las tumbas, el perfume de


los árboles y el gorjeo de aquella ave, me obligaron á pensar en los *bosquecillos de la muerte*, cantados por el autor de *Atala*.

Pasamos el río Colorado por el puente que acaba de construir el gobierno de Chile, y entramos poco después en el camino que lleva á Santiago.

Vamos á descender al valle del Mapocho. Dentro de poco estas montañas estarán lejanas. Ya no las tocaré con la mano. Veré en lontananza sus cordones sonrosados, sus órdenes escalonados, y me parecerán ora pirámides que se encumbran al cielo, ora caravanas de gigantescos camellos de granito, echados los unos, de pie los otros. Alumbradas por el sol, me recordarán *el mar petrificado en el momento del combate* de que habla Lord Byron, ó plateadas por la luna, memoria del sol, las ruinas de un mundo fantástico, misterioso, osiánico. Sus profundas quebradas, sus gargantas estrechas, sus anchas faldas, sus angostas laderas, han desaparecido. Ya no contemplo detalles sino grandes masas... Ya no veo sino la gran silueta de los Andes, proyectada en el lienzo de la inmensidad.

Y pues la suerte nos ha sido propicia y hemos atravesado felizmente los escabrosos senderos de la montaña, demos gracias á Dios en el valle y enviemos nuestra despedida á los Andes.

¡Soberbias montañas, peligrosos senderos, páramos, ventisqueros, sombras, voces y misterios! ¡el viajero y el poeta os dicen adiós!



DEL MAR PACÍFICO AL MAR ATLÁNTICO

SANTIAGO DE CHILE

SANTIAGO, fundado en 1541 por Pedro Valdivia, es una hermosa y extensa ciudad, situada en el pintoresco valle del Mapocho ¹.

Su aspecto general revela á primera vista

¹ La República de Chile está limitada, según su Constitución, por los Andes, el mar Pacífico, el desierto de Atacama y el Cabo de Hornos.—El gobierno es unitario republicano.—Las principales producciones de Chile son: plata, cobre, trigo y maderas de construcción. Los mejores distritos minerales se encuentran al Norte, las maderas al Sud, y el trigo se produce desde Acencagua hasta Arauco.—El orden administrativo se halla dividido en quince provincias.—La educación primaria y secundaria está difundida en toda la República.—En el año 1870 había 675 escuelas urbanas y rurales, con 38,904 alumnos, á los cuales se repartieron 112,887 libros.—Funcionan en Santiago y Valparaíso algunas sociedades de jóvenes encargadas de propagar la educación popular.—El país, cruzado en toda su extensión por telégrafos, cuenta con seis líneas férreas.—El clima de Chile es célebre por su benignidad: el agua es deliciosa, y sus baños termales son muy recomendados por sus virtudes medicinales.—En la Memoria que como Secretario de la Legación Argentina presenté á mis superiores en 1869, de que ya hablé en la introducción de este libro, se encuentra una descripción completa de la República de Chile.

la mala división de la propiedad: tiene edificios magníficos que contrastan con la pobreza de la mayoría.

Santiago cuenta en su radio, con sesenta iglesias, entre templos y capillas.

Los edificios públicos más notables son: el Palacio de Gobierno, la Universidad, el Seminario Conciliar, la Catedral y Santo Domingo, el cuartel de Artillería, la plaza de Abastos y la estación central de los caminos de hierro del Sud y del Norte.

Existen doscientas escuelas gratuitas, una de artesanos, un Instituto en que se hace el curso de Humanidades, una escuela de Medicina, una Militar, una Academia de Bellas Artes, un Observatorio astronómico, un Museo de Historia Natural, y una Quinta Normal, destinada á propagar árboles útiles.

Varias bibliotecas, entre las que se distinguen la Nacional, la de los Recoletos dominicos, la del Instituto, la de la Universidad y la de los Dominicos y Mercedarios, atestiguan la ilustración de la capital de Chile.

Ocho bancos, sólidamente establecidos,

facilitan las operaciones comerciales del país.

Varias compañías de seguros mutuos y contra incendios, le prestan importantes servicios.

Muchas congregaciones religiosas tienen á su cargo los hospitales, casa de corrección de mujeres, asilos, dispenserías, casas de expósitos, escuelas infantiles y talleres para enseñar á las mujeres pobres algunas artes é industrias.

Las monjas de los Sagrados Corazones, los Padres de la misma Orden y los Jesuítas, han fundado grandes colegios para la enseñanza de los dos sexos de las clases acomodadas.

Todos los conventos de regulares sostienen una escuela gratuita.

En la escuela de Artes y Oficios y en la Maestranza de Limache, establecimientos costeados por el Gobierno, se forman excelentes operarios.

Los almacenes y tiendas de Santiago no dejan que desear. Además de los artículos extranjeros de lujo y de primera necesidad, se expenden en ellos muchos de los que pro-

duce la industria nacional. Tales son los vinos de Cauquenes, Aconcagua y Lima-che, los cristales de Puchoco, los charoles y becerros de Rengo, los paños de Lota, Concepción y Tomé y los cáñamos de Lima-che.

Santiago tiene dos hermosos clubs nacionales y tertulias establecidas en los cuarteles de bomberos voluntarios. Estos pertenecen á las principales familias de la población.

Actualmente existen dos pequeños teatros: está en reconstrucción el municipal, que se incendió hace poco tiempo.

Toda la ciudad, alumbrada á gas, está dotada de acequias destinadas á la limpieza interior de los edificios.

Una empresa particular se ha encargado de la provisión de agua potable, traída de la cordillera, excelente y barata.

En todas las plazas hay surtidores para los pobres y los aguadores que la distribuyen á las casas que no tienen cañería.

La fuente más notable es la de la Plaza de Armas. Esta plaza tiene un jardín circular perfectamente cultivado.

La Alameda de Santiago es una de las más hermosas del mundo. Está plantada de álamos y de acacias, y dividida en dos avenidas separadas por una más ancha que ocupa el centro. En ésta se encuentran sofás, pilas, jardines y las estatuas de los hombres más notables del país, entre las que ha sido colocada la del general San Martín. En los extremos del paseo se elevan las cordilleras, cubiertas de vegetación y coronadas de nieve.

Una de las curiosidades de Santiago es la casa que se supone ocupó Pedro Valdivia, conservada con gran cuidado. Al lado de ella se ha erigido una capilla consagrada á la Vera-Cruz.

La prensa de la capital y del Puerto de Valparaíso, es notable por la seriedad de su redacción y belleza tipográfica.

Los que desean conocer la historia de este hermoso país, sus leyes, el movimiento administrativo, la estadística y las letras, encuentran en Santiago un archivo de publicaciones, que el Gobierno reparte gratuitamente á los hombres estudiosos.

La virtud y belleza de las mujeres, el

trato reposado y la ilustración de los hombres, el amor por la ciencia de la juventud, y la compostura que observa el pueblo en todos los actos en que ejerce su soberanía, demuestran la cultura de esta ciudad, centro social y político de una nación que atraviesa, guiada por el buen sentido, la ancha vía del progreso, sembrada por el trabajo de espigas doradas por el sol benéfico, que contempla desde un cielo despejado la constante actividad del obrero y de las máquinas, el perenne estremecimiento de los hilos conductores de la palabra civilizadora, y el ir y venir de las locomotoras que derraman á su paso la abundancia y la riqueza.

XI

LA ALAMEDA DE SANTIAGO

Terminada la oración matinal, encerrada en breve fórmula, abro mi balcón para contemplar el cielo y dar paso al aire que llama á sus cristales con las alas que nadie ha acertado á descubrirle.

¡Hermosa está la mañana! ¡qué bien huelen los aromas de esos velos rosados con que se envuelve la naturaleza!

¡Es fastuosa la dama misteriosa!

Se anuncia arrojando á la tierra las perlas que adornaban el manto negro con que se cubrió al entregarse al reposo.

¡Es coqueta la dama misteriosa!

Aun no ha abierto bien sus ojos, cuando ya se contempla en los espejos líquidos de los arroyos y de los ríos, y pasea su mirada

complacida por los fecundos valles y las ásperas montañas.

Despierta á las aves, y las aves agradecidas le improvisan un concierto con sus lenguas armoniosas.

El resplandor que arroja su ropaje, se refleja dulcemente en las gramillas de la pampa y en la cumbre de los cerros.

Después que la mañana se ha bañado en el agua de los mares ó en los lagos azules de los campos, después que ha sonreído á todos los seres que la esperaban, aparece su esposo el sol, orgulloso, brillante, espléndido.

Su mirada ardiente seca el rocío, enciende al parecer las entrañas de las montañas, que toman á su contacto el color del metal encandecido, y penetrando en todas partes, despierta al hombre que duerme, para recordarle la maldición que pesa sobre la prole de Adán.

Apenas aparece el sol en el horizonte, el hombre y el irracional, el ave canora y la abeja laboriosa, empiezan á agitarse en torno de la obligación que la naturaleza les ha impuesto.

Así como el sueño es una imagen de la muerte, el despertar de cada día es una imagen de la resurrección.

La luz del sol pone término á la angustia y al escándalo.

Acabo de pisar la calle y encuentro dos hombres.

El uno ha pasado la noche coronado con las flores de la orgía: trae en la frente las heridas que le han abierto sus espinas.

El que le sigue ha pasado la noche desvelado: es un jornalero sin trabajo que aprovecha las primeras claridades del día para pedir limosna.

Sigo mi camino, lectora, porque voy á dar un paseo por esta tu ciudad natal.

Sé que madrugáis, que cubierta con el negro manto y llevando en el brazo la pequeña y mullida alfombra y en vuestras torneadas manecitas el libro de oraciones, atravesáis las calles de Santiago en las primeras horas de la mañana y os dirigís al Carmen Alto.

Muchas veces os he encontrado en las inmediaciones de ese relicario gótico: llevabais el rostro coloreado por el aire de la

mañana, caminabais apresuradamente y exhalabais un perfume de sencillez y religiosidad, que dejaba muy atrás los perfumes de vuestro vestido de baile.

¡Ni vos me conocéis ni yo sé cómo os llamáis, aunque presiento que vuestro nombre es *María!*

Hoy he estado en el Carmen Alto y no os he visto.

En el lugar en que vos os colocáis, se hallaba arrodillada otra niña que esperaba la Misa que anunciaban alegremente las campanas del monasterio, cuyos sonidos atravesaban penosamente por entre las acacias de la Alameda.

Esa mujer lloraba: esa mujer sufría: el volcán de su corazón había lanzado ceniza sobre su frente.

Es una pobre obrera que dedica á su madre moribunda las horas de trabajo y las horas de descanso.

Esa niña que viene al templo á pedir las fuerzas que el sacrificio ha extinguido en su cuerpo, es una de las bellas apariciones de mis mañanas.

Salgo del templo en puntillas de pies para

no interrumpir con el ruido de mis pasos su santa oración y tomo la calle central de la Alameda.

Ni el movimiento que ha comenzado, ni el ruido confuso del día que empieza, formado por la fusión de mil rumores parciales, entre los cuales descuellan el golpear del martillo de los obreros, el sonido de las puertas que se abren, el murmullo de las hojas de los árboles y los cantos de las aves, distraen mi pensamiento.

¡En fin, pecho al agua y preocupaciones á un lado!

Echaré una mirada sobre todo lo que encuentre á mi paso.

Una Hermana de la Caridad aparece en la puerta del hospital de San Juan de Dios.

Esta santa mujer ha consagrado el reposo de la noche que termina á los dolores ajenos.

Inclino mi cabeza ante el ángel de la caridad, y paso.

La iglesia dedicada á San Francisco sucede al hospital.

Entran y salen grupos de trabajadores, que se asoman á ella para saludar á Dios

antes de entregarse á sus obligaciones cotidianas.

A pocos pasos del templo murmura no sé qué el agua de una pila de mármol blanco.

Un olor muy marcado á frutas y flores, anuncia la proximidad de la calle del Estado.

En efecto, allí está la primer tienducha en que se venden frutas y se sirve café y chocolate á los mozos de cordel y á los cocheros.

Las bestias que conducen están tan acostumbradas á detenerse junto á ella, que se paran al pasar, quiera ó no quiera el auriga.

Ignoro si es el ruido del molinillo el que les grita ¡alto! ó la vista de las sandías, cuya cáscara apetecen los animales condenados á una alimentación homeopática.

En este punto la afluencia de gentes comienza á aumentar.

Unos vienen del mercado, y otros van á proveerse; unos salen de sus casas, y otros regresan á ellas después del paseo matutino.

Frente á la Universidad y recostado en la reja que rodea el pedestal de la estatua del

abate Molina, un joven lee con interés un diario que acaba de comprar, sin fijarse en los estudiantes que con los cuellos de sus levitas levantados para resguardarse del frío las gargantas, y con el libro abierto en las manos, pasan y repasan esperando la hora de clase.

Sigo caminando á grandes pasos por la orilla de la acequia de la derecha, en la cual dan de beber los cocheros á sus caballos en los baldes de madera que conducen en el pescante de sus carromatos, porque un cochero de posta sin balde, es en Chile una *i* sin punto.

Permitidme, bella lectora, una pequeña desviación.

Hemos llegado á la calle de Morandé y voy á comprar á Villarroel una cajetilla de sus celebrados cigarros de hoja.

Ya estoy de vuelta con el cigarro encendido y arrojando sendas bocanadas de humo.

El cigarro convida á la meditación.

Busco un objetivo para ella y lo encuentro en unos pobres burros que marchan con la cabeza gacha, conduciendo dos árganas de tierra cada uno.

¡Cuántos burros! exclamo para mi capote, pero no tantos como andan disfrazados por esos mundos de Dios.

Estos burros de orejas largas, pacientes, trabajadores y resignados, me inspiran una simpatía que no profeso á esos otros burros que no son pacientes, ni mansos, ni trabajadores.

Y á propósito de animales ¿por qué hinea á sus bueyes con tanta crueldad aquel carretero que con la pica al hombro y la cabeza cubierta con una gran *chupalla*, marcha á pie delante del yugo, guiando el carro cargado de paja?

¡Ay! es la cuestión del *último mono*: ¡todos los hombres ejercen tiranía sobre los seres que les son inferiores!

El patrón trata mal al carretero, y el carretero hace sentir su superioridad al buey.

Los gritos de los vendedores de frutas me distraen, hasta que tropiezo con la tienda de un barbero callejero.

Más allá de las barberías, están situados los herradores de caballos con su delantal de cuero y la mano sobre el martillo, espe-

rando que llegue alguna bestia descalza, para colocarle con cuatro clavos sandalias de hierro.

Las lecherías que les suceden reclaman un momento de atención.

No intento beber leche al pie de la vaca, porque gracias á Dios es remedio de que no necesito y vicio que no conozco.

Lo que me detiene, lectora amiga, es algo que siempre detiene al hombre en su camino.

Dos niñas frescas como las flores de Octubre y rosadas como los cielos de la mañana, beben el espumoso néctar que les presenta la vaquera en vasos transparentes. Ambas deben regresar del templo, porque oigo desde el lugar en que me he detenido, el ruido que forman las cuentas de sus rosarios al chocarse contra el cristal de los vasos.

Mis ojos se separan de los ojos de las bellas madrugadoras, para fijarse en la figura tallada en bronce del guerrero de los Andes y solazarse con las flores del jardín que se descubre más lejos.

¡Patria! ¡patria adorada! ¡allá estás, allá

te veo! ;Te contemplo detrás de aquellas montañas á las cuales señala con su brazo rígido el guerrero de bronce!

Todas las afecciones de la familia se agolpan en mi corazón, al contemplar estas imágenes de mujer que me recuerdan el hogar.

¡Todos, todos los hálitos de mis bosques y de las brisas que agitan las aguas de mis ríos, acarician mi frente en este lugar perfumado por flores semejantes á las que yo arrancaba todas las mañanas del huerto de mi padre!

¡Adelante, adelante, pasajero en este mundo y en esta hermosa tierra!

Contemplo con admiración el palacio que el genio emprendedor de Meiggs hizo traer de los Estados Unidos, y hago alto otra vez.

La gótica iglesia que se levanta en honor de San Miguel, me reclama un momento de atención.

Anduvo acertado el que concibió la idea de levantar un templo gótico en este sitio, cuya fisonomía se armoniza perfectamente con ese género de construcción.

Seguidme, linda lectora, que prosigo mi camino.

He dejado atrás á San Miguel y me encuentro frente á las fábricas de la Alameda, por delante de las cuales cruzan dos ó tres carretillas tiradas por cabras, uno que otro birlocho digno de figurar, por la fecha remotísima de su construcción, entre las prendas de algún anticuario, los *barrenderos* que regresan después de haber cumplido con su limpio ministerio, los coches que conducen pasajeros á la estación del Norte y los celadores que van á custodiar los alrededores de la alameda de Yungay.

Por no pasar por curioso no me acerco á aquellas mesas colocadas al aire libre en que almuerzan los pobres.

Si no temiese que se enfadara aquella mujer que amasa en una mesa de pies cortos las *sopaipillas*, que esperan con impaciencia sus parroquianos, me permitiría preguntarle cuánto le produce al día su molesto oficio.

Confieso mi mal gusto, delicada lectora; el apetito se me ha despertado con la vista

de las *calduitas* que vende ese mozo que pasa gritando como un becerro.

He llegado por fin al término de mi paseo, que es la fuente vecina á las estaciones de los caminos de hierro del Sur y del Norte.

A su alrededor se agrupan mujeres y niños que vienen á buscar agua en jarros y cántaros.

Apenas me aperciben los mozos de la estación, se me acercan á preguntarme si traigo equipaje, los vendedores de diarios á ofrecerme los del día, los dulceros á presentarme *substancia* y los fabricantes de *lozitas* á meterme por los ojos tres sartas de *miniaturas*.

Estoy, como dije antes, en el término de mi paseo.

¿No os llama la atención, lectora querida, ese maremágnum que forma la Alameda de Santiago en las primeras horas de la mañana?

¿Sí? Pues pedid á vuestro padre ó á vuestros hermanos que os acompañen á recorrer sus hermosas calles.

Siento no poder ofreceros mi compañía,

porque me lo privan los respetos sociales, pues no tengo la dicha de ser vuestro hermano, y tengo la pretensión de no tener la edad suficiente para llamarme vuestro padre.

La charla me tiene entretenido y distraído. ¿Qué hora es? El reloj que tengo abierto en mi escritorio marca las cinco de la mañana.

La luz del nuevo día me sorprende en esta tarea inocente, tras de la cual me espera el lecho con el cobertor doblado y el sueño pacífico que no interrumpirá ningún grito de la conciencia.

Pero hoy no reposaré satisfecho ni tranquilo.

La luz que comienza anuncia á dos desgraciados que ha llegado la hora de morir.

Siento el rumor de las pisadas de muchas gentes que van á hacer también su paseo matinal, aun cuando no se dirigen á la Alameda que acabamos de recorrer.

Esas gentes van á ver á aquellos desgraciados, que no contemplarán en su meridiano el sol que asoma.

La noche que se ausenta para nosotros, se prolongará para ellos en la tumba.

¡Así es la vida! ¡unos nacen y otros mueren, unos lloran y otros cantan!

Dedico á ellos la oración con que saludo á Dios antes de mi paseo matinal.

Comencé con la risa en los labios: termino con una lágrima en los ojos.

Voy á recogerme.

¡Hoy no recorreré la Alameda de Santiago, porque no quiero escuchar mezclado con el alegre ruido que puebla sus ámbitos, el eco de la descarga que va á poner fin á los días de dos criaturas del Dios que formó estos cielos tan puros, estas montañas tan hermosas, y estos valles que se extienden á sus pies y en los cuales mana la vida por do quiera!

XII

LA VUELTA DE LA PAMPILLA

Como á la mitad de la Alameda de Santiago, doblando á la izquierda, siguiendo después por la calle «18 de Septiembre», y volviendo á doblar por no recordamos dónde, se encuentra la «Pampilla», ó sea el campo de operaciones en que tiene lugar anualmente la revista militar en el aniversario de la Independencia. Supera á nuestra reconocida pereza la tarea de describir coma por coma esa fiesta nacional, la más popular, la más entusiasta de cuantas se celebran en América. Apenas nos proponemos ahora reunir algunos apuntes consignados en la cartera de viaje.

Pero antes de empamparnos, los lectores nos permitirán trabar conocimiento con algunos tipos populares, establecidos al aire

libre en la celebrada Alameda del Mapocho. Ese gañán que pasa llevando en la cabeza una especie de cesta plana, es un vendedor de chirimoyas del Perú y de lúcumas de Quillota. Va descalzo, con sombrero, y se cubre lo que la decencia no puede dejar descubierto, con un pantalón de brin blanco ordinario y una camisa de tocuyo. Acaba de detenerse á conversar con la vendedora de chocolate caliente y espumoso, que tan buenos servicios presta en la Estación *Llai-Llai* en las altas horas de la noche, cuando el valle y las montañas parecen amortajados por la nieve. Como todos los rotos se conocen y tutean, la saluda familiarmente al pasar un traficante de picarones, rosquetes y suspiros de monja. Cruza por delante de este grupo y se detiene á engrosarlo un zapatero de cargazón, que lleva ensartados botines y zapatillas dentro de una canasta.

No nos detengamos porque va á atropellarnos la carreta, tirada por chivos, de un labrador que conduce al mercado ajos y cebollas, pero echemos una ojeada, rápida también, sobre aquella especie de banco de

zapatero. Es la mesa-cocina forrada en hoja de lata, en que el *empanadero* conserva calientes al rescoldo, sobre una parrilla, las famosas *calduitas*. Pocos pasos adelante la mujer que amasa en un banquillo y fríe *sopaipillas* en una olla de barro, departe con un *platicante* sobre los arcos triunfales y los guardia-nacionales, que están desconocidos con el uniforme de lienzo azul y blanco. Los muchachos que se dedican á coger y vender violetas silvestres, van y vienen ponderándolas. Pasan y repasan los pollinos arriados por los burreros, que por lo escasos de tela para cubrirse, parecen huemules en pelo.

Los preparativos de los mozos de manta anuncian los festejos del día, que terminan con una *rasca* análoga á la que cogen el 24 de Diciembre, que es la noche *mala* de Chile, á pesar de ser conocida con el renombre de *buena*, como en toda la cristiandad. Consisten estos preparativos en la compra de *chupallas*, de pañuelos de seda de colores vivos, y de alguna bufanda de lana para envolverse el cuello; pero, sobre todo, en la rasura de la barba y el indispensable corte

del enmarañado cabello. El barbero que los aguarda, improvisa su tienda de arpillera, sostenida con puntales de caña, á la orilla de las acequias, por las cuales corre el agua de la Cordillera, encargada de la limpieza interior de las casas santiaguinas. Un sillón de brazos constituye el banquillo de esos verdugos. Cobran un *quinto* por afeitar y ramonear el pelo, y dan de llapa en verano una tajada de melón, y en invierno, cuando las frutas disminuyen y encarecen, *descocados* con *mote*, que también venden los llamados *moters* en todos los sitios públicos, donde, en la estación de las nieves y de los ábregos, cogen, como todos los negociantes ambulantes, formidables catarros, que les obligan á estornudar con estrépito sobre el tablero y los comistrajos. Acreditan de concurrida la tienda de nuestro barbero los despojos del trabajo del día precedente, ó sea el pelo cortado á los marchantes, y, en la hora á que nos referimos, congelado y abillantado por la escarcha nocturna. Cuando la concurrencia afluye y el rapabarbas no cuenta con su paciencia, jabona á los clientes y los va señalando con

la navaja. Todos los del oficio asientan la navaja en una tira de cuero, sujeta al sillón por un extremo, meten el dedo en la boca, ponen al sol la cara del parroquiano y le cercenan forúnculos y verrugones. Algunos lavan la cara de los parroquianos con el agua de la acequia, y otros se contentan con presentarles una toalla morena para que se enjuguen la espuma sobrante. Por galantería suelen favorecerlos con un pedazo de espejo, en que el roto se mira sin saber para qué, antes de recoger el sombrero, sacudirlo y cobrar los descocados ó la fruta que la prodigalidad del barbero tiene preparada para la clientela callejera y trashumante.

Pero ya es tiempo de tornar al principio, regresando á la Pampilla y dejando para otra oportunidad el averiguar si antaño los rotos que no estaban hechos á bragas, se hacían amarrar en el acto de la rasura, temerosos de mayor daño si se movían al dejar partículas de orejas y narices entre los dientes de los mellados verdugillos.

La Pampilla no tiene de notable sino lo llano y despejado del terreno, circuns-

tancia que dió origen al nombre del sitio. Los cuatro costados del campo de operaciones de la tropa de línea y cívica de la ciudad de Santiago, se cubren en los días de formación de *chinganas* de medio pelo y de pelo entero, indefectiblemente adornadas con el tricolor chileno, y ostentando las de más fuste, entre otros perendengues, banderolas con letreros de este jaez: «¡Gordito! ¡alto ahí!», «*Chicha de Aconcagua*», «¡*El Potrillo!*». Esas leyendas, inspiradas por el fermentado líquido, sirven, si no miente el chinganero, para dar el ¿quién vive? á cien pasos de distancia, á la gente *divertida* que se aproxima.

Junto con los fruteros, bizcocheros y violeteros, empiezan á llegar los *huasos* y los *ciáticos* á las *chinganas*, donde se suceden las *cuecas* tocadas en el arpa por una moza libre por su voluntad y cantadas por otra de la misma condición. En el *borneo* de esta danza, los hombres suelen emplear pañuelos endurecidos por los catarros invernales. Los vasos de *chicha*, de tres litros de capacidad, pasan de mano en mano, ahogando penas y reforzando malas

intenciones. Algunos de los que se hacen servir sin bajarse del caballo, desafíanse á *topear*, operación que consiste en dar y evitar *pechadas* con los animales. Raras veces varían las diversiones en las tales chinganas. Se cuenta, como excepción de la regla, que vez pasada el dueño de uno de esos improvisados ventorrillos, anunció un baile de pavos que dejó maravillados á los espectadores. El muy taimado caldeaba una plancha y colocaba encima á los desgraciados animales, que, de puro pavos, en vez de bajarse, batían las apestadas alas y remedaban en su desesperación el solo inglés, provocando la hilaridad general.

Mucho tienen que contar los que prestan oído al comadreo de las chinganas. Bajo la influencia de unos ojos que producirían calor insoportable, aun cuando el termómetro de Reamur marcara tres grados bajo cero, ño *Peiro* Cañizales exclama:

— « ¡Si no tapan esas bocas de *juego*, voy á morir *ajusilao!* »

— « ¡Calle la boca, le *retruca* la tocadora, que desde que ofendo á mi Dios *lei conocio* más de diez *temples!* »

— «Se equivoca, niña, replica Cañizales. ¿De dónde vino, añado, que trajo esa sentencia que parece vanagloria de *futrí*, que no anda con olor á medio en el bolsico?...»

— «Mire no sea *chinchoso*, responde la moza, que yo no soy *lesa* para creerle que no *ojea* á otra muchacha que á la hermana del *paco* que tiene la *parada* en la Plaza de Armas».

— «Vaya, Conchita, contesta ño Peiro, *bebamos al tiro ese potrillo* y déjese de tirar la lengua á un hombre que no le gusta ladrar como los *quiltros*».

El chinganero ceba el vaso y ambos contrincantes lo agotan en dos embestidas.

— «Mi caballero, dice la mujer que pulsa las cuerdas flojas del arpa, descubriendo á un joven bien puesto que lleva una criatura de la mano, acuérdesese que ha sido *gua-gua* y cómprele al niño una *tortilla al rescoldo*».

El aludido vuelve la espalda y sale.

— «Parece *curado*, observa otra mujer. Los ricos *cufitos* no responden para que no les conozcan que están marcados».

— «Si no fuera por no comprometer á

los amigos, tartajeó un guapetón que requibraba á las mozas, esta noche le daba un *esquinaso* ».

— « Güena la haría, *compaire*, observa sentenciosamente un viejo con guardamonte de cuero y espuelas de hierro. Todos esos *manates* se *rascan* con la justicia. Yo me *almiro* de que el condor necesite tantas plumas para volar, mientras que los *letraos* con una sola lo dejan á uno como si acabara de *librarlo* la madre ».

— « Asina es, apoyó el interlocutor: cuando *subí á la parra* el primero del año en Valparaíso, y del *suelaso* me saqué un pie, el *meico* por poco me come la *huata* ».

— « El *abogao* que me sacó inocente del *peñascaso* que le pegué al *gringo*, dijo ño Peiro metiendo su cuchara, no fué tan malo como otros más buenos, porque luego que me dejó sin camisa, me prestó un sombrero viejo para salir de la *Polecía*. El escribano se hizo pago de no hacer nada vendiéndome hasta la mula *personal* con que tragnaba en la Cordillera... ¡Vea qué gente! »

— « A bailar, á bailar, gritó la arpista con voz destemplada por las libaciones, que

hoy no es día de sacarle á la patria los cue-
ritos al sol. ¡Viva Chile!»

Y agregó entre admiraciones la célebre
palabra de Cambronc, de indispensable
repetición en estos días cada vez que se
exclama ¡Viva Chile!

Difficil si no imposible sería presenciar
otro espectáculo popular parecido á la
fiesta de la Pampilla. Nadie ignora que
Santiago es la ciudad americana que tiene
más vehículos. El 19 de Septiembre de cada
año, lujosa ó modestamente ataviados,
sanos ó enclenques, flamantes ó cayéndose
á pedazos de puro viejos, no queda carreta,
tartana, birlocho, berlina, calesa, tílbury,
cupé y landó que no salga á luz, condu-
ciendo campesinos, provincianos y ciuda-
danos de la capital, satisfechísimos de no
tocar con los pies la áspera tierra. Desde el
asendereado rocín del coche de plaza que
pernocta al aire libre, hasta el fogoso potro
que duerme bajo techo, todas las cabalga-
duras parece que supieran de qué se trata
en este día, porque, contra la costumbre de
su raza en aquel clima, á la par que dan
botes, relinchan como si anduvieran sueltas

en la pampa argentina. La Policía establece, hasta donde es posible, la distancia entre tartana y birlocho, berlina y calesa, cupé y landó, y consiente ó niega, en la medida de sus fuerzas, que discurran los jinetes por el espacio, en forma de línea quebrada, que separa los carruajes que vienen de los que van.

Como todo grupo popular numeroso, la tropa, al regresar á sus cuarteles, entra en las calles precedida por los perros perseguidos, los muchachos perseguidores, y los borrachos á quienes la chispa tienta á marcar el paso á pesar de dar un traspíe á cada golpe de tambor. Las criadas, agrupadas en las puertas de calle, apenas reconocen bajo el uniforme á los mozos con quienes tienen sus *picholeos*. El ardor patrio inflama en ese momento todos los corazones, hasta el punto de que el Himno Nacional resuena en los cuatro ángulos de la ciudad, ejecutado en los pianos de los salones de fuste, en los claves arrumbados de las casas de la época gloriosa, en las arpas de la gente de medio pelo, en las guitarras de las populares chinganas, y, por último, al

aire libre, tocado por las charangas militares. Todos los labios parecen moverse entonando cada cual la *canción vieja* de Vera y Pintado ó gritar estrepitosamente: ¡Viva Chile!

Mientras tanto la columna avanza compacta como torrente caudaloso que, incorporándose al caer la nieve de las montañas, derretida por el calor, descendiera de las cimas al valle próximo de los Andes. Las marchas militares, los vítores del pueblo, las innumerables banderas que agita el viento, los álamos rumorosos de la Cañada, el desfile pausado de centenares de carruajes, y el sol que se pone en ese momento, pintando con las medias tintas del nácar aquí, y con los acentuados cambiantes del amatista allá la imponente Cordillera, hollada por la hueste de San Martín, que inmortalizó los cercanos campos de Chacabuco y Maipo, constituyen un espectáculo inolvidable para los espectadores de tan magnífica escena.

Aun cuando un sentimiento nacional exagerado extravíe con frecuencia la sensibilidad de los chilenos, hasta el punto de

pretender que la política que ellos critican abiertamente en su patria no sea discutida á media voz por el extranjero en la suya, el recuerdo de las fiestas con que acreditan ante el mundo que forman una nación unida y poderosa, como la gratitud hacia los que nos prodigaron atenciones y hospitalidad, saldrá de nuestro corazón, como la huella indeleble del fuego, con el pedazo. En Chile hemos sufrido y gozado, como se sufre y se goza en la época en que la existencia no es una carga que se arrastra, sino una fuerza que nos impulsa á escalar las montañas, á salvar los torrentes, á llorar y cantar al borde de los precipicios erizados de espinas ó esmaltados de flores. Como compensación á muchos desengaños, cuando la carga nos abrumba, la memoria suele descansar renovando el eco de los aplausos y el perfume de los verjeles de Chile, desvanecidos por el tiempo que todo lo convierte en humo y ceniza. ¡Nuestros afectos, á despecho de la ley natural que relega al olvido lo pasado, tienen, como los montes de los Andes, corona de nieve y raíz de fuego!

XIII

EL FERROCARRIL DEL NORTE

Los primeros kilómetros de la vía férrea del Norte no presentan nada digno de ser consignado en el libro de apuntes del turista ¹.

La naturaleza empieza á engrandecerse en Colina, lugar frecuentado por sus baños medicinales.

Al acercarse el tren á las inmediaciones de Tiltil, el pasajero apenas puede contem-

¹ El costo de las 118 millas inglesas que mide esta línea ha sido de 14.200.000 pesos fuertes. El ferrocarril de Santiago á Curicó y ramal de la Cañada mide 140 millas inglesas. Costó 6.000.000 de pesos, y produjo en 1863, 633.000. El de Caldera á Copiapó, Pabellón y Chañareillo mide 120 millas y produce el 10 $\%$. El de Carrizal á Cerro Blanco consta de 50 millas y produce el 8 $\%$. El de Coquimbo á la Serena y Ovalle mide 100 millas y produce el 8 $\%$. El de Pabellón á Juan Godoy consta de 42 millas. Este camino tiene una pendiente de 5 $\%$, y es notable por la estrechez de los radios de sus curvas. El de Caldera á Pabellón es uno de los más productivos del mundo. En diez años dió un producto bruto de 220 $\%$.

plar un modesto monumento elevado en uno de los costados del camino.

Esa columna labrada en piedra de las montañas vecinas, recuerda á los transeuntes á aquel patriota chileno que fortaleció el espíritu público postrado por la derrota de Cancha-Rayada y que protegió eficazmente á los generales que organizaron el nuevo cuerpo de ejército que debía llevar la libertad al Perú.

Aquí comienzan las dificultades del gran camino de hierro.

Esta obra, fruto de once años de sacrificios, sorprende hasta á aquellos que están familiarizados con los grandes caminos españoles é italianos.

La montaña, allanada por la barreta y la pólvora, los túneles que atraviesan su corazón, los puentes suspendidos sobre los abismos, producen un efecto maravilloso en el que admira el poder de la inteligencia que concibió tales obras y la fuerza del brazo que las ejecutó.

Nuestros antepasados habrían concebido visionario al que les hubiese dicho que el ruido de las locomotoras perturbaría

en el porvenir el silencio imponente de los Andes.

En efecto, parece fabuloso que un convoy de carros movidos por el vapor atraviese los desfiladeros de la cordillera.

La fábula antigua no ha creado imagen más fantástica.

La locomotora que llega á la cumbre de la montaña respirando penosamente, empañando la atmósfera con su aliento entrecortado por la fatiga, es el gigante vencedor de la agreste naturaleza.

Al llegar á la estación Montenegro se presenta una escena muy animada.

En su plataforma están agrupados, esperando el tren, mujeres, niños, viejos y mendigos.

Éstos piden limosna, aquéllos venden bizcochuelos, unos ofrecen agua en botellas, otros presentan por las ventanillas de los carros pan y quesos de cabra.

La curva vecina á Montenegro es una obra atrevida.

Tiene la forma de un arco armado: es un semicírculo de hierro, por el cual pasa volando la locomotora.

Mirado el tren desde las veutanillas del centro, parece una serpiente que intenta morderse la cola.

El puente de los Maquis, suspendido sobre los abismos, da la idea de una gran hamaca amarrada á las montañas.

La locomotora sale de los abismos para penetrar en el corazón de los cerros.

El túnel del Tabón sigue al puente de los Maquis.

Un momento después que el pasajero vuelve á contemplar la luz, aparece ante sus ojos el precioso y cultivado valle de Llaillai.

En este sitio se encuentran los trenes, se recibe á los viajeros de los Andes y almuerzan los transeuntes.

Calera es célebre por su cal, blanca como el alabastro, y por sus uvas que recuerdan las de Canaán.

Apenas se pasa la Calera se encuentra el canal Waddington.

Por medio de este acueducto se trataba de proveer de agua potable á la ciudad de Valparaíso.

El río Aconcagua estaba llamado á apa-

gar la sed de aquella vecina de la mar salada.

La estación de Quillota es el mercado donde se proveen los pasajeros de flores y frutas.

En ella se expenden las mejores peras, las más dulces naranjas y las más exquisitas lúcumas y chirimoyas.

Los chiquillos mercan diarios viejos, que hacen pasar por nuevos, las muchachas venden flores y los hombres frutas de dudosa propiedad.

Los gritos de los vendedores y el clamoreo de los niños, que rodean á los que bajan en la estación, la convierten en una escuela sin maestro.

Quillota está á cuatro horas y veinte minutos de Santiago.

Cinco mil personas habitan la que debió ser capital de la República de Chile, por su vecindad al puerto y la abundancia de minerales de plata.

La población está rodeada de cerros cultivados y de magníficos sembrados.

A su derecha se eleva majestuosamente el cerro de la Campana, desde cuya cumbre

se ve en los días despejados la ciudad de Valparaíso.

El valle de Quillota, monótono y triste para algunos, tiene para mí cierto encanto que me obliga á pensar en las delicias campestres cantadas por los poetas latinos.

Aquel pedazo de tierra revela la actividad de una población honesta y laboriosa.

Una frondosa arboleda sombrea el lugar, que parece ser la tierra primitiva del peral, del lúcumo, del manzano y del chirimoyo.

Pasada la estación Quillota, los huertos se suceden: al pie de los cerros se elevan numerosos plantíos de pinos, nogales y parras.

El túnel de San Pedro, que mide novecientos metros, es una de las obras más difíciles de este camino.

El pasajero contempla en Limanche un lindo paisaje, formado por las fábricas allí establecidas y los árboles que sombrean los edificios adyacentes.

En esta población, al parecer transportada de Inglaterra, se encuentran los talleres de la fundición de máquinas y cañones

conocida con el nombre de Maestranza de Limache.

Hay, además, una gran fábrica de tejidos de cáñamo: aquélla pertenece al Gobierno y ésta á una sociedad particular.

El pozo artesiano de Quilpué se encuentra á pocos kilómetros de Limache.

Entre Quilpué y el Salto acaba de construirse un nuevo túnel, para evitar el paso de cinco puentes de madera en mal estado.

Este túnel mide ciento diez metros de largo.

Viña del Mar es la penúltima estación del camino.

Esta pequeña estación presenta un aspecto muy pintoresco.

Un marco de álamos encierra el paisaje formado por las casas, los huertos y los jardines del pueblecito.

Al llegar á este lugar el día en que lo conocí, experimenté un movimiento de placer.

El hijo de la tierra rodeada por la pampa y los grandes horizontes del Plata, volvía á contemplar una estación cuyos límites no podía medir con la mirada.

Mi espíritu, reconcentrado por el espectáculo de las montañas, se dilató en presencia de la inmensidad, al escuchar el canto del pescador que surcaba las aguas, al oír el ruido atronador de las olas que azotaban la costa y las murallas de Valparaíso.

Al aproximarme á esta ciudad, pude comprender que sus enemigos no podrán acercársele en adelante impunemente.

Valparaíso se ha armado.

Una doble fila de cañones corona la entrada del puerto, defendida por magníficas fortificaciones de piedra.

Los pobladores de Valparaíso pueden dormir tranquilos. El soldado chileno vela por su propiedad y su vida desde las almenas de aquellos castillos.

XIV

VALPARAÍSO

Valparaíso limita al Norte con la provincia de Aconcagua, al Este con la misma y la de Santiago, al Sur con esta última y al Oeste con el Pacífico.

Este puerto, que es el más importante de la costa del Pacífico, tiene 73,731 habitantes.

La ciudad está dividida en dos partes llamadas el *Puerto* y el *Almendral*. Aquella es la más americana: ésta la más europea. La primera es el asiento ¹ del Comandante general de Marina, cuyo destino lo desempeña el Intendente de la provincia.

Valparaíso tiene una Bolsa comercial,

¹ *Geografía de Lastarria y Tornero.*

una Aduana ¹ con magníficos y extensos almacenes fiscales, un Liceo, un Hospital general, un Hospicio, un teatro, cuatro imprentas, dos grandes diarios, ocho librerías, dos fábricas de gas, dos órdenes de cañería de agua potable, un ferrocarril urbano que se extiende de un extremo á otro de la población, cocherías, fundiciones, carpinterías y multitud de establecimientos industriales.

Lo que más distingue á Valparaíso es la actividad de su comercio, representado por varios Bancos, importantes casas de consignación y numerosas compañías de seguros nacionales y extranjeras.

El cuerpo de bomberos voluntarios enorgullece con justicia á Valparaíso.

¹ Chile exporta trigo, carne salada, charqui, grasa, mantequilla, manteca de chanco, sal, vino, licores espirituosos, suelas, becerros, metales, maderas, lanas, carbón de piedra, ladrillos, loza, paños, muebles, máquinas, arneses, arados, calzado, perfumería, cables y velas de buque, miel, cera, frutas secas, semillas de gusanos de seda, capullos, guano, aves domésticas, animales vacunos y cabalgaros. Los países á que exporta son: Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Italia, Austria, España, Cabo de Buena Esperanza, Polinesia, Norte América, California, Méjico, Centro América, Nueva Granada, Ecuador, Uruguay, Bolivia, Perú, República Argentina y Brasil. Véase la Memoria del Secretario de la Legación Argentina en Chile.

La ciudad está edificada al pie de los cerros, sobre éstos y en las inmediaciones del mar. Los extraujeros habitan la parte alta, en la que han construído preciosas casas.

Valparaíso es la población más europea de Chile. Sus edificios, más uniformes y elegantes que los de Santiago, aunque menos valiosos, manifiestan un reparto más equitativo de la fortuna.

La policía de seguridad está perfectamente organizada y la Municipalidad despliega mucho celo por la limpieza é higiene públicas.

Los templos, con excepción del de los Padres de los Sagrados Corazones, no pueden competir con los de Santiago.

Se distinguen entre los edificios públicos la Intendencia, la Casa municipal, el Cuartel de policía, la Bolsa, los Bancos, la Casa de correos y el Cuartel general de bomberos.

El teatro, cómodo y sencillo, es del estilo de la mayor parte de los teatros norteamericanos.

Los hoteles de Valparaíso están monta-

dos á la europea en casas espaciosas y bien repartidas.

En el centro de la plaza de la Victoria hay una hermosa fuente de hierro fundido.

Las tiendas, librerías, almacenes y mercerías, con grandes vidrieras á la francesa, acreditan con el lujo de sus anaqueles y la riqueza y variedad de sus artículos, la abundancia del consumo.

El cementerio, que se encuentra en uno de los cerros más pintorescos de Valparaíso, reúne á la elegancia y buena distribución de los monumentos, las mejores condiciones higiénicas.

Valparaíso es en el verano el punto de reunión de la sociedad de Santiago, que va al puerto á disfrutar de su excelente temperatura y de los baños de agua salada.

XV

PAISAJES Y CREPÚSCULOS

I

La provincia de Aconcagua que confina con las de Santiago y Valparaíso, la de Coquimbo, los Andes y el Pacífico, abraza unos doscientos mil kilómetros cuadrados de superficie.

Regada por los ríos Chuapa, Petorca, Ligua, Putaendo y Aconcagua, es la más fecunda de la República de Chile, y la que más se presta al cultivo.

Produce cereales, frutas, legumbres, cáñamo, vinos, aguardientes, cobre, plata y oro ¹.

Cuando tomé en Llai-Llai la diligencia

¹ Véase el Diccionario del señor Asta Burrnaga, para comprobar los datos geográficos.

de San Felipe, todavía no estaba entregada al servicio público la línea férrea, que hoy comunica este pueblo con Santiago y el puerto principal.

Entonces se escalaba en carruajes, enfrenados como los tranvías, la cuesta que domina el hermoso y cultivado valle de Llai-Llai.

Al descender al llano, se tropieza con una preciosa alameda, que conduce hasta Paun-quehue, lugar en que se relevaban los caballos de la diligencia.

En aquel sitio hay una especie de ventorrillo, con un corredor de cañas y paja, á cuya sombra bebían, el 22 de Julio de 1872, hasta unos treinta individuos, todo lo que sus cuerpos podían contener, de la célebre chicha de Aconcagua, que es un vino de «primera intención», formado con el mosto de la uva, hervido primero, y fermentado después, en tinajas de barro ó calabazas curadas.

Despachaba en la venta la más bonita campesina de Chile.

Los bebedores compraban la chicha en baldes, y la trasegaban á unos vasos de

vidrio, fabricados en Puchoco, capaces de contener hasta seis litros de líquido.

Los sectarios de Baco rodeaban el balde, ó rodaban en torno de él, derribados por los vapores del licor.

Coplas gangosas y contrahechas, salían de sus labios, azucarados con los residuos de la bebida favorita del pueblo chileno.

La chicha produce una borrachera plácida, pero insoportable, á causa de la cantidad de líquido que es necesario beber, antes de llegar á la embriaguez.

Cuando un bebedor de chicha se encuentra como Baco lo quiere, rueda por tierra entorpecido, con la cabeza y la voluntad perdidas.

La criminalidad progresa en Chile con el consumo del aguardiente, que suple á la chicha, en el caso de que la cosecha anual se extinga en el mes de Septiembre, aniversario de la Independencia.

El borracho chileno es generoso, como el borracho de todos los países.

Se cuenta que los mineros que asisten á las fiestas del santuario de Andacollo, suelen, después que han depositado su limosna

en el cepillo de la Virgen, pedir una onza de oro de chicha, servida en un solo vaso. El pulpero vierte en él dos ó tres barriles, cuyo contenido pasa del mesón á la calle y circula como si fuese agua llovida.

A este acto, que los acredita de rumbosos, sigue otro que pone el acento á su reputación: encienden el cigarro con un billete de banco convertido en mecha.

Los gañanes no pueden hacer alarde del desprendimiento de los mineros; pero no dejan de derramar aun cuando sea un vaso de líquido, ni de convidar á beber á todos los circunstantes.

Dejamos á Pauquehue y sus alegres huéspedes, y seguimos nuestro camino por entre huertas y sembrados, admirando la lozanía de aquella tierra, la más fecunda de cuantas en Chile reciben semillas en su prolífico seno.

Declinaba la tarde cuando llegamos á un cerro cubierto de arcilla roja, semejante á la que se emplea en la fabricación de cántaros, é inmediato á la especie de puerta que precede al pueblo de San Felipe.

Entonces pude admirar en todo su es-

plendor el magnífico valle de Aconcagua.

El sol transmontaba los Andes. Su globo inmenso parecía que reverberaba al Dios del Sinaí, á quien involuntariamente busqué en las crestas atornasoladas que miran al Ocaso.

Los árboles cubiertos de hojas secas, y bañados por esa luz amarillenta que los montañeses llaman «sol de los venados», por la semejanza de color con el de la piel de tan ligeros como codiciados animales, presentaban caprichosos efectos de claro-oscuro.

Una de las gargantas de la Cordillera, herida por los rayos transversales del astro que se ocultaba, parecía pintada por el pincel con que Saal ha iluminado los picos de las serranías del Norte de Europa.

El verde obscuro de las hierbas del valle, contrastaba con las tintas fuertemente azuladas del centro de la montaña, y con la blanca vestidura de vapores, que envolvía algunos de los cerros de segundo término.

Las cumbres nevadas parecían aglomeraciones de nácares de diversos colores.

A la derecha, en un ángulo formado por

dos cerros, se destacaban algunos árboles del fondo lila, que formaba la niebla transparente, adherida á la corteza de la imponente Cordillera.

Los pájaros, atraídos al valle de Aconcagua por las últimas flores, volvían á sus nidos, bulliciosos y alegres, cantando como se canta cuando el corazón no tiene penas.

La brisa de la tarde conducía hasta nosotros las vibraciones de las campanas de San Felipe, cuyas torres se empinaban sobre los árboles, como para divisar desde lejos á los viajeros, que en ese momento se acercaban á las calles de líneas correctas, que separan las enfiladas moradas de los ricos labradores del emporio agrícola de Chile.

Entramos en la ciudad hollando hojas secas.

Miradas á la luz del crepúsculo y agitadas y revueltas por el viento en el fondo del camino, me parecieron ideas, imágenes, días y recuerdos removidos por el soplo de la memoria, en la vía obscura de una existencia sin tesoro que cuidar y sin oasis en que reposar de sus fatigas.

Los baños termales de Cauquenes, se encuentran en el departamento de Caupolicán, sobre la ribera Sur del Cachapual.

Están colocados en las últimas ramas de los Andes, á setecientos setenta y nueve metros sobre el nivel del mar.

Brotan allí cuatro manantiales, cuya temperatura no baja de 27° centígrados, y llega á los 40° en el del *Pelambre*, llamado así porque el calor del agua deja sin piel á los bañistas.

Las aguas son alcalino-gaseosas, y contienen cloruro de calcio y algo de sodio, magnesio, sulfato de cal, sílice, hierro y alúmina.

Así me hablaba mi compañero, mientras faldeábamos la montaña, por cuya base discurre el bullicioso Cachapual.

El Cachapual tiene origen en las vertientes del cerro elevado ó macizo que yace

en el centro de los Andes, bajo los 34°, 15' de latitud y 9°, 40' longitud Este.

Desde aquí se inclina al Noroeste, hasta enfrentar con la ciudad de Rancagua, de donde cambia su inclinación otra vez al Suroeste, y aun hace una tirada directa al Sur, entre Idohue y la confluencia del río Claro de Rengo, para luego dirigirse de aquí al Noroeste hasta su junta con el Tinguiririca.

La margen del río, por la cual ascendíamos, es muy agreste.

Cardos de flores moradas y tunas espinosas cubren todo el trayecto.

El quillay, el maitén y el peumo prestan sombra en las horas del calor á los pasajeros y sus cabalgaduras.

Allí se percibe el perfume especial de cierta tierra saturada con las emanaciones resinosas de las flores y arbustos de la Cordillera, mezclado con el aroma de no sé qué leña que exhala un olor semejante al del sándalo.

Una de las impresiones más gratas que experimenta el viajero de los Andes al salir de los nevados, es, indudablemente, la que

produce en el paladar, seco por el aire rarificado de la montaña, el agua clarísima de las vertientes que riegan los valles.

Sigue á este placer del paladar, otro que pertenece al pulmón. Me refiero al bienestar que le traen las brisas de las laderas de los cerros cubiertos de flores.

La casa de baños, rodeada de árboles y de jardines, yace en el fondo de una quebrada, cruzada en la parte superior por un puente de madera, que salpican las espumas de la pequeña cascada de Cauquenes.

El edificio, si se tiene en cuenta la escasez de bañistas, parece, y es, en verdad, muy pequeño si se le compara con aquellos hermosos cerros inclinados sobre su techumbre, llamados á servir de antemural á algún monumento gigantesco.

Las estrellas parecen incrustadas en la frente de esos colosos de granito, en la hora mística y solemne del crepúsculo.

Brotan profusamente las flores inmortales, en esta zona de los Andes. El celeste y poético *no me olvides* y las siemprevivas de todos colores, viven en sociedad con los

cactus rojos y blancos de pétalos amarillos.

Los bañistas cogen de la serranía inmortales para sus sombreros de paja de Italia y miosotis para señalar en el romance favorito la página amada.

Cuando con los ojos fijos en el cielo sin nubes, se ven dos pájaros en los árboles, se observan dos hojas unidas por el mismo tallo, ó dos mariposas que revolotean en torno de las más pintadas flores del jardín de Cauquenes, involuntariamente se piensa en la asociación que va reuniendo de dos en dos, hojas, aves, mariposas y almas.

Allí se dormita al arrullo del río inmediato á las galerías de la casa. El ruido continuo de las piedrecillas de su lecho, pereunemente removidas por la corriente, apaga las voces de los que recorren los pórticos exteriores del edificio. Apenas si se escuchan los que se dicen de cerca tier-nas palabras.

El Cachapual, es el río prudente que apaga los ecos de la voz, sin interrumpir las confidencias del corazón.

Por eso sus acentos son música inolvidable para las almas que se hicieron la

gran promesa en sus orillas, ó que en sus márgenes se cambiaron, con mutuos suspiros, las palabras sublimes que el amor escucha, después que el sacerdote sella la fórmula del pacto eterno.

Cuando la luna se alza melancólica, como alma convaleciente de acerbo dolor, dulce claridad ilumina el cuadro. Asciende, asciende y todo se acentúa. La vaga silueta de los Andes desaparece y la montaña deja de ser sombra y perfil. En tal momento los lirios marchitos por el calor del día alzan sus flores abatidas, para perfumar la blanca vía de la argentada luna.

Cantó un ave y su trino quejumbroso me recordó el *alma perdida* del valle oriental de los Andes. AVECILLA desconocida, habita entre las piedras de la pampa. Sale por la noche y se eleva, se eleva... En seguida descende y se posa en la copa de un árbol. Allí se queja á la luz de las estrellas, con canto semejante al habla de quien no tiene amigos, y confía sus penas á la soledad, temeroso de que los ecos repitan su querrela á los indiferentes. Con la luz desaparece, y con la sombra sale otra vez de su ignorado

asilo. Por eso la llama el pastor pampeano *el alma perdida*.

Aquel alado cantor, tal vez sería algún emigrado de su hogar, que, como yo, soñaba en lejana tierra á la luz de la luna, que plateaba las cúpulas de los cerros de Cauquenes.

III

Renea es una aldea del Departamento de Santiago, con iglesia parroquial y una escuela.

Quinientos habitantes, agricultores todos, viven dispersos entre sus huertos. Está situada sobre la banda Norte del Mapocho, y dista nueve kilómetros de la plaza de armas de Santiago.

La mala fama de Renea, forma antítesis con el concepto que inspira la vista del pueblecito.

Nada hay más reducido ni sencillo que sus casas, construídas al acaso en tortuosas y enmarañadas calles.

Los moradores de Renca, sombreada por melancólicos sauces y corpulentos nogales, dedícanse á plantar cebollas y cosechar frutillas.

La industria de la localidad y la sencillez pastoril de las habitaciones, parece que deberían excluir de las costumbres de los habitantes de Renca, la afición por la báquica y coreográfica *remolienda*, á que se entregan debajo de los cobertizos formados con ramas de álamos.

Se penetra en la silenciosa aldea por verdes avenidas, embalsamadas por las moradas flores de la lila ó las amarillas del retamo. Algunos rosales callejeros invaden la pública vía y crecen y florecen sin cuidarse de los viandantes, ni del polvo que les arrojan los jinetes que pasan indiferentes por su lado.

La plaza de Renca es lo más interesante del lugar. Miran al Oriente algunas casuchas de puertas bajas y desvencijadas, y se destaca de las ramificaciones de los Andes que contemplan el Occidente, un cerro de forma cónica, abrupto y gigantesco. El espacio de la plaza queda comprendido

dentro de un marco de acacias. Al pie de aquella pirámide de piedra, y apoyada en sus primeras gradas, se eleva una capilla modestísima, perteneciente á los labradores de la montaña.

Tal vez ocupa el mismo lugar que la que se incendió en 1729, erigida en honor del Cristo del Espino, encontrado en Limache.

Domina la frondosa arboleda de la derecha, uno de los más bellos cordones de la Cordillera, cubierto de nieve en la época á que se refieren estos apuntes, mes de las flores de 1872.

Desviándose uno á la izquierda de la plaza y dejándose guiar por una tortuosa cerca de álamos, un desnivel súbito del terreno, anuncia la vecindad del Mapocho, que corre en el fondo de los barrancos que de uno y otro lado le orillan.

En el penúltimo término se agitan las copas y las hojas de muchos árboles, plantados desordenadamente, y siempre acariciados por leve y aromática brisa. El sol poniente corona de rayos aquel encantado lugar.

Los moradores de las humildes chozas

diseminadas en el quebrado terreno que cruza el Mapocho, descansan de sus faenas, mientras sus hijos juegan con el mastín, centinela del huerto, ó con el ternero amarrado al palenque, que muge llamando á su mansa madre. Algunos contemplan con cariño los arbolitos que se desarrollan lentamente bajo la mirada paternal del plantador, y no faltan quienes, bajo el arco derruido y tapizado de yedra de antigua puerta, ó por entre los hierros cubiertos de orín de una ventana, contemporánea de aquélla, platiquen á sus anchas de un amor combatido.

El que de vuelta de este breve paseo, ó al penetrar en Renca por primera vez, se fije en el centro de la plaza, descubrirá, por todo adorno, un largo puntal de álamo coronado de brotes y de hojas. Lo plantó una compañía de maese-Pedros, para sostener la tienda de lona á cuya sombra convocaba todos los domingos, por medio del tambor, á los labradores de Renca, admiradores inocentes de los equilibrios de la tropa de juglares. Al declinar un día de invierno, vi al payaso de la cuadrilla, ves-

tido de abigarrado traje y con la cara cubierta de tiza y almazarrón, haciendo cabriolas entre las hierbas del pavimento, repicando castañuelas, á ratos, y en otros. redoblando en el parche del tamboril. Un numeroso séquito de chiquillos le hacía coro con infantil algarabía.

El imponente silencio de la tarde de Renca es perturbado de tiempo en tiempo por el ruido de las alas del ave que navega el océano atmosférico, ó por el canto de la que eleva su oración vespertina desde la copa de las acacias.

Cuando nuestro día empieza á desceñirse el casco luminoso, que otro día espera para cubrir su frente, el cielo azul se cubre de nubecillas rosadas, que obligan á pensar en el pudor del firmamento, tal vez ofendido por los juramentos del pastor que reúne el rebaño en las fragosidades de la serranía.

El sol poniente abrillanta en el fondo del camino el polvo que levantan los bueyes del carro cargado de paja ó de frutos. El conductor, vestido de dril blanco, con la camisa echada sobre el corto y amplio pan-

talón, los pies defendidos con ojotas de cuero sin curtir, la cabeza cubierta con la grosera *chupalla* de paja y la pica al hombro, precede cantando la marcha de los fatigados animales.

La luz se va, y los sueños, evocados por los misterios, acuden á la mente. Aquellas arboledas son dignas de guardar el recuerdo de un suspiro. El suspiro parte del corazón y la soledad lo repite con su eco.

Si una erupción de nubes cubre el cielo, el hálito de las almas corrompidas parece formarlas. Pero si por el contrario se extiende en el firmamento una capa luminosa, semejante al brillo de la pupila alegre, una plácida sensación de bienestar moral nos conduce al paraíso de las almas buenas.

¡Espléndida es la noche azul y serena de la América del Sur! ¡Imponderable es el brillo de sus estrellas!

Cuando la pálida luna asoma por entre los blancos vapores de las cumbres de Renca, el disco del astro nocturno parece débil hoguera formada con flores secas: y la niebla, humo leve de hojas marchitas. Podría tomarse aquella claridad, por un

fuego encendido por mano de amante, para señalar la tienda de la montaña al lejano compañero.

IV

Los baños de Apoquindo están situados á diez kilómetros al Este de la ciudad de Santiago, en uno de los estribos occidentales de los Andes y en el fondo de una quebrada. Sus manantiales brotan á setecientos ochenta y dos metros sobre el nivel del mar. Las aguas alcalino-gaseosas, son cristalinas, inodoras, desabridas y saturadas de ázoe. Concentradas por la ebullición, depositan algunas substancias salinas, y descubren indicios de ácido carbónico. Su temperatura varía de 21° á 23° del centígrado, y contienen cloruros de sodio y calcio, sulfato de cal, hierro, alúmina y sílice.

Al frente de la casa de baños se extiende una cadena de cerros, en cuyas cónicas cimas empezaban á acumularse las nieves

el domingo de Pascua de 1872. Apenas se columbraban al pie, medio velados por la bruma, los edificios del valle del Mapocho.

El terreno inmediato al hotel forma, antes de llegar á la rampa natural que precede á las casas, una hondonada, que se levanta, suave y paulatinamente, hasta formar la meseta que domina el valle. Algunas chozas, diseminadas aquí y allí en el camino, ostentan, con la sencillez de la pobreza, pequeños jardines, cultivados para suministrar alimento y materia prima á las abejas.

El camino, abierto en la hondonada, tiene á sus costados los cercos de las propiedades inmediatas.

En el fondo de una de ellas se eleva, como un espectro, solitario como un pastor, y afirmado en los cerros, como quien pide apoyo á la tierra para elevarse al cielo, el monasterio de los Recoletos dominicos.

Unas cercas son de adobe, y otras de espinos raquíuticos, aromáticos eucaliptus, verdes rosales y lustrosos olivos.

De trecho en trecho se encuentra, como soldados diseminados por la derrota, uno

y otro álamo, cuyas hojas amarillas se desprenden y vuelan, se arremolinan y descienden, cual si fuesen las mariposas del invierno perseguidas por las brisas heladas de los Andes.

El día al cual se refieren estos recuerdos, fué brumoso y melancólico: fué uno de esos días que reflejan el alma conturbada por algún dolor, ó sacudida por el viento del desengaño, más frío que aquel que arrastra á los valles el polvo blanco de las neveras.

El bañero, sin parroquianos, hacía lo mismo que las aves, que saltaban en las copas de los úsperos del jardín: cantaba.

En el parque lateral corrían y juguetaban, como alegres corderillos, algunas blondas alemanas; en las galerías bebían cerveza y fumaban la pipa, sus novios ó esposos; en torno de un acuárium, en que se revolvían muchos pececillos plateados, y de la fuente que los mojaba con la finísima lluvia del surtidor, saltaban y gritaban los niños pertenecientes á aquellas buenas familias.

Algunos jóvenes recorrían el jardín alfombrado de hojas secas, que quebraban con

los pies, cogiendo las primeras violetas, malvas inglesas y las ramitas más verdes de los cedrones.

Estas flores, y las postreras y descoloridas rosas del otoño, pasaban de las manos de ellos á las cabezas de sus compañeras, que repetían versos amados, al atravesar, asidas del brazo de sus amigos, el espacio que separa el parque bajo del salón del establecimiento.

Una mujer, á quien no vi, pero cuyo origen no era difícil adivinar, ejecutaba en el piano una dulce balada, recuerdo de un campo, de un hogar y de un amor lejanos.

Sobre este cuadro pastoril, brillaba pálido el primer sol del invierno. El diáfano manto que cubría el astro, me envolvía á mí también, cual si fuese un velo de recuerdos y memorias confusas, interpuestas entre mi presente y mi porvenir.

El débil sol de la mañana adquirió fuerza al trasponer el vasto sistema de los Andes. Evaporada la nieve por sus postreros rayos, flameaba sobre las montañas una extensa y blanca nube.

Mudos volvían los pájaros á sus agrestes moradas: bulliciosos regresaban los pastores á sus chozas pajizas.

Pequeños rebaños de cabras y blancos corderos, guiados por muchachos, ascendían la cuesta que los conducía hasta la vertiente en que iban á beber.

Sobre el polvo del camino, sobre los árboles, sobre el vapor de las montañas, flotaba el aliento melancólico del invierno, que todo lo hiela, y la niebla de lo desconocido para el alma, que todo lo entristece.

La mirada no encontraba más allá del horizonte sensible, sino un caos infinito como el mar desbordado.

V

Peñalolén, situado al Oriente de Santiago, es un vasto campo que se extiende hasta las faldas de las montañas, cruzado por un canal del río Maipo.

No es posible pintar la hermosura de los

alrededores de la ciudad de Santiago, ni describir la variedad de sus paisajes. Con desviarse solamente pocas cuadras del Norte al Sur, ó del Oeste al Este, cambia por completo el cuadro de la naturaleza. Pero en todas partes, el espectador ocupa el centro de un círculo de montañas.

El cerro de Renca, de imagen imborrable en la memoria, no se parece á ninguno de los innumerables que cubren el camino de San Bernardo.

Cuando el sol se pone detrás de estos picos, áridos y sombríos, y el cielo se cubre de celajes que recuerdan la mirada sangrienta de Otelo, ó la luna plena se levanta como un fanal de alabastro, suspendido por hilos invisibles en la bóveda infinita, el paisaje parece un cuadro del Oriente, aumentado por un microscopio, que equivaldría en operación aritmética, á un multiplicador de siete cifras.

Nada falta en él: ahí están el sol de fuego, la luna roja y las pirámides de piedra que oprimen con su planta á los pulverizados Faraones.

¡Y qué diferencia tan notable hay entre

las alamedas verdes y rumorosas de Chunchunco y el fresco panorama del Resbalón! Aquí la mirada apenas abarca los extendidos y nevados cordones de la Cordillera; allí se camina por entre claustros de follaje, con el cielo por techumbre, y con álamos gigantescos por columnas.

El desnivel del terreno en el Resbalón, no se parece al desnivel del terreno en Renca, á orillas del Mapocho.

La selva que crece en las quebradas de aquí, convida á reposar: el alegre paisaje que se domina desde las márgenes del delgado río que atraviesa esta aldea, nos convida á soñar despiertos.

Los árboles que coronan algunas cuestas traen á la memoria el bosque de abetos, inmediato al ocaso, que Lamartine llama «párpado del ojo del cielo».

En el camino del Resbalón, y mirando á Occidente se extienden, en línea de batalla, un centenar de álamos, formando escalafón de tamaños y edades.

El valle tiene algo de fantástico, y como todo lo fantástico recuerda al Dante, aquellos árboles obligan á pensar en alguna de

las transformaciones que el poeta florentino describe en su *Divina Comedia*.

Esa arboleda parece representar muchas generaciones, descuidadas y curiosas, convertidas en plantas raquíticas, en castigo de haber abandonado á las espinas, la naturaleza que debieron cultivar.

Pero la luz se va, y antes que la luz se marche, debemos observar el camino de Peñalolén, comprendido entre las cercas que rodean las sementeras de trigo, las tierras tapizadas de flor de yuyo y los huertos de delicados frutales, los jardines y las granjas de recreo.

Se ve aquí el horno en que la mujer cuece el *quique*¹ sabroso de los peones, y más allá la mesa de la vendedora de tortillas cocidas al rescoldo. Algunas vacas pacen tranquilamente en la vega de la derecha.

A la izquierda, hay un rancho repleto de chiquillos, que contemplan alegremente los pollos que devoran los granos de trigo que les arroja la dueña de la cabaña.

Algunos muchachos atraviesan la carre-

¹ Pan de cobada ó sémola.

tera, agobiados bajo los haces de leña que conducen sobre los hombros.

Pasa una y otra carreta, tiradas por bueyes, llevando á la ciudad pasto fresco para las cabalgaduras, y sobre la alfalfa al indolente carretero, que tararea entre sueños la predilecta zamacueca.

En el fondo del camino blanquea la casa de Peñalolén, inmediata á los cerros, atormentados por el sol poniente. Las nubes rojizas de la parte occidental del cielo, recuerdan los cielos de Marcó: las tintas de la parte oriental, traen á la memoria las noches azules de Smith.

Avanza la sombra, pero los Andes « conservan todavía los reflejos de un sol por siempre hundido ». La luz se desvanece sensiblemente. A proporción que la obscuridad envuelve, desde la copa del álamo, hasta el rosal de la cerca, se aumenta el perfume de las acacias y de las silvestres margaritas.

Estamos sobre la rústica puente del Maipo. Dos franjas paralelas de robustos árboles se extienden delante de nosotros.

Una pareja de novios asoma á la distan-

cia. Sin duda ha venido á recordar escenas del pasado, ó á ver salir la luna, cuyos rayos descienden verticalmente por los troncos de los álamos. Su luz platea las extendidas ramas de los pinos, diseminados en el poblado valle.

En uno de los picachos de la montaña, brilla el fuego de una hoguera; y á la derecha, rumbo de la pampa argentina, relampaguea una nube.

Puede ser el eco luminoso de una tempestad, que en este momento incendia con sus rayos las gramíneas marchitas y los secos pajonales del desierto.



XVI

MAGALLANES

El 13 de Septiembre de 1869 me embarqué en el paquete *Araucania* que partía para Europa, haciendo escala en el puerto de Montevideo. En el mismo vapor habían tomado pasaje los obispos chilenos que iban al Concilio Ecuménico que debía celebrarse en Roma. Numerosa comitiva los acompañó á bordo. Al zarpar el vapor algunos sacerdotes que se hallaban á su alrededor, en pequeñas embarcaciones, éntonaron el himno *Ave maris stella*.

No sé lo que pasó por mí al separarme de las playas chilenas. No dejaba en ellas el hogar, pero dejaba algo que no olvidaré nunca: amigos afectuosos que me habían prodigado bondades inmerecidas.

La mejor sociedad, los clubs y las asociaciones de utilidad pública me habían abierto sus puertas; la prensa había dado franca hospitalidad á mis escritos y aplaudido generosamente mi palabra.

Una hora después de haber levado anclas el *Araucania*, yo permanecía en la proa contemplando la tierra de que me alejaba.

Luego que perdí de vista la ciudad de Valparaíso, bajé al camarote á dar mi adiós á Chile con las lágrimas que había ocultado á los compañeros de viaje.

Al día siguiente la costa chilena parecía una simple nube.

La vista del cielo infinito y del mar inmenso me produjo un movimiento de asombro y de adoración.

Hollábamos el Océano y nos cobijaba el firmamento.

Teníamos á nuestras plantas el abismo con todos sus monstruos, sus arenas y sus vegetaciones: se extendía sobre nuestras cabezas la bóveda grandiosa que tiene soles

por lámparas y constelaciones de estrellas por artesonados.

Cuando el hombre mira el cielo y sondea el mar desde la cubierta de un buque, reconoce su pequeñez y se siente oprimido por las dos inmensidades.

El espíritu de Dios que flotaba sobre las aguas en los primeros días del mundo, que se mecía sobre las ondas del Genezaret, que conducía á Pedro sobre las ondas agitadas por la tempestad, parecía cernerse, benigno y complaciente, sobre las corrientes impetuosas del Pacífico.

Yo, que me había inclinado ante la majestad del Omnipotente al pie de los altos Andes, bajé mi frente en el Océano ante la fuerza que enfrena el mar, cuando sublevado por el huracán pretende apagar el sol.

El 17 creímos percibir entre vapores las cimas heladas de Magallanes, la desierta Patagonia y la salvaje Tierra del Fuego, en cuyas inmediaciones nos encontrábamos.

Los pasajeros del *Araucania* estaban más comunicativos que en los días anteriores. La proximidad de la tierra alegre siempre

el ánimo de los que viajan. El agua no es el elemento del hombre.

Vimos, á larga distancia, levantarse en la superficie del mar, fuentes de espumas, formadas por la respiración de las ballenas del mar del Sur.

Esta novedad distraía de tiempo en tiempo á los pasajeros, que consultaban á cada rato el mapa y hostigaban á preguntas á los oficiales del vapor, tan pobres de palabras, que me daban tentaciones de regalarles un montón de *síes* y *noes* para que quedaran bien con los mendigos de noticias.

La proximidad del Estrecho era perceptible: la anunciaban la variación de la temperatura, la frecuencia de los nubarrones que nos enviaban al pasar agua y nieve, el movimiento de las corricutes encontradas y las bandadas de albatros que seguían la estela del *Araucania*.

«Nadie ignora, dice Amunátegui ¹, que el descubrimiento de la América fué debido al deseo de encontrar un pasaje por mar á esa India cuyas inagotables riquezas codiciaban las naciones europeas. Los españoles no quedaron satisfechos con haber hallado un nuevo mundo perdido hasta entonces en medio de la inmensidad de las aguas. Continuaron agitados siempre por el pensamiento de abrirse, al Occidente de la famosa línea de demarcación trazada en el mapa por el dedo de Alejandro VI, ese camino que les permitiera disputar á los portugueses, sus rivales, los tesoros del Oriente ².

«Cuando se habían hecho varias tentativas infructuosas ó desgraciadas, apareció en la corte de Castilla, Hernando de Magallanes, ilustre marino y guerrero lusitano, que como pocos había dado á su patria gloria y riquezas en Asia, pero que, resentido por una ingratitud de su soberano, se había

¹ MIGUEL LEIS AMUNÁTEGUI. — *Descubrimiento y conquista de Chile*.

² Véase también el precioso y erudito libro de don Diego Barros Arana titulado: *Vida y viajes de Hernando Magallanes*.

desnaturalizado jurídicamente. Llamaban *moradía* los portugueses á ciertos emolumentos ó gajes de honor en la casa del rey, los cuales apreciaban, no por interés material, sino por la distinción. Magallanes había solicitado en recompensa de sus servicios el que se aumentase la suya medio cruzado, «porque subir en ella cinco reales en dinero, dice Faría, autor portugués, es subir muchos grados en calidad»; mas habiendo sufrido el sonrojo de ser desairado, no sólo salió de su patria, sino que renunció á ella ante escribano, y fué á ofrecer á España, nación rival, el descubrimiento de esa comunicación entre dos mares que los españoles tanto deseaban encontrar, y que tanto habían buscado. Sin embargo, á pesar de lo halagüeño de la proposición, necesitó superar grandes dificultades antes de que se le proporcionaran los cinco buques y los doscientos treinta individuos con que se hizo á la vela para ir á cumplir su promesa.

»Sea que Magallanes, como lo pretende, al parecer sin fundamento, su compañero de viaje y cronista de su expedición, Auto-

nio Pigafeta ¹, hubiera visto en la cámara del rey de Portugal un mapa levantado por Martín Behen, hábil marino, en el cual aparecía marcado hacia el Sur un estrecho pasaje de un mar á otro; sea, como parece más probable, que sólo fuera guiado por los cálculos del ingenio, lo cierto fué que el 6 de Noviembre de 1520 embocó por el estrecho que ha inmortalizado su nombre. Llamó *tierra de los Patagones ó Patagonia* la que tenía á la derecha, y *Tierra del Fuego* la que tenía á la izquierda.

La tradición ha cuidado de conservar el origen de tales denominaciones. El primer indígena que los españoles vieron antes de descubrir el Estrecho, pero en la región adyacente, fué, á lo que refieren, un gigante á cuya cintura llegaban apenas. Aquel salvaje diforme iba cubierto con la piel de un animal y llevaba los pies vestidos con la extremidad de ella, como en pantuflas; así es que parecía tener grandes patas de bestia, lo que fué causa de que Magallanes dijese que era *patagón ó*

¹ Véase el viaje de Pigafeta.

patón¹. Después siguieron observando que los indígenas de aquel país medían doce ó trece palmos de alto, é hicieron extensivos á todos el apodo que su general había dado al primero.

» *Tierra del Fuego* debió su nombre á muchos fuegos que aquellos intrépidos navegantes percibieron en ella durante la noche.

» Los individuos de la expedición no se detuvieron á examinar las costas del Estrecho, que vieron adornadas de bella verdura y pobladas de tupidos bosques en que había maderas aromáticas; pero hacía tanto frío, la naturaleza era tan agreste, el país se presentaba tan poco cultivado, que los descubridores, impacientes por entrar en el nuevo Océano, no se detuvieron á explorar una comarca tan áspera.

» El 28 de Noviembre del mismo año navegaron á velas desplegadas por el espa-

¹ Se refiere en los diarios de los exploradores que habiendo cogido á uno de estos gigantes en la bahía San Julián, murió de rabia y de tristeza á los pocos días.—Siempre que en el año 1809 visitaba el jardín zoológico de Santiago, se me venía á la imaginación aquel indio desgraciado al acercarme á la jaula que guardaba un condor de los Andes.—Cuando la fuerza encarnada en el salvaje, en el conquistador, ó en el ave de las montañas, adquiere el convencimiento de que ha sido vencida, se concentra en el corazón del prisionero, dilatado por la tristeza, y lo hace estallar.

cioso mar del Sur, que denominaron Pacífico, porque el tiempo, constantemente favorable, les dejaba hacer singladuras hasta de sesenta leguas.

» Fueron descubriendo varias islas, hasta que el 27 de Abril de 1521, Hernando de Magallanes murió peleando esforzadamente y cubierto de muchas heridas en la de Mactán, una de las Filipinas.

» El 6 de Septiembre de 1522, la nave *Victoria*, una de las cinco de Magallanes y la primera que hubiese dado la vuelta al mundo, regresó á Sanlúcar al mando de Sebastián de Elcano, con diez y ocho personas á los tres años menos catorce días de haber zarpado del mismo puerto á las órdenes del valiente é infortunado portugués.

» Lo lucrativo que, según se consideró, debía ser el comercio con las islas de las especies descubiertas por Magallanes en los mares australes, hizo que menos de tres años después del regreso de la nave *Victoria*, el emperador Carlos V mandara salir por el mismo derrotero una segunda armada de siete buques, tripulada con cuatro-

cientos cincuenta individuos y dirigida por el comendador de la orden de Rodas fray don García Jofré de Loaisa.

» Cuando la expedición llegó á la boca oriental del Estrecho, sufrió muchos y grandes desastres, incluso naufragios y gruesas averías. El buque *San Lesmes*, capitán Francisco de Hocés, arrastrado por un viento recio, fué llevado hasta el grado 55° de latitud Sur. Desde allí volvió á reunirse con las otras naves, diciendo los que iban en él, que, á lo que parecía, el punto hasta donde había alcanzado era *acabamiento de tierra*. Este fué el primer descubrimiento en Enero de 1562 del que más tarde debía ser bautizado con el nombre de Cabo de Hornos.

» La expedición pudo entrar en el Estrecho y seguir sin tropiezo su rumbo el 2 de Abril del mismo año; se ocupó en examinarlo con alguna más detención que Magallanes, pero siempre á la ligera; y salió al Pacífico el 26 de Mayo. Apenas había comenzado á navegar por este vasto mar, cuando un furioso temporal separó las naves unas de otras. A consecuencia de haber tenido que soportar trabajos espan-

tosos, Loaisa falleció de muerte natural el 30 de Julio, y tuvo por sepultura ese océano cuyo poder había osado arrostrar.

»El primero de esta desastrada expedición que volvió á España á los doce años de haber salido, fué el capitán Andrés de Urdaneta; pero mucho tiempo antes, otro de sus compañeros había ido á dar á Méjico, desde donde se había esparcido por todas las nuevas colonias americanas la relación de las aventuras que habían corrido, y de las fábulas más estupendas que la imaginación puede inventar, y á que la credulidad de los hombres puede dar asenso. Contábase que las tierras adyacentes al Estrecho estaban habitadas por un pueblo de gigantes á cuya cintura no alcanzaba á llegar con la mano un hombre alto. Referíase que aquellos monstruos humanos se comían de un bocado tres ó cuatro libras ó más de ballena hediente, y se bebían de un trago más de seis arrobas de agua. De este jaez eran las patrañas que se corrían sobre la parte austral de América.»

El 18 de Septiembre saludamos al Cabo Pilar, entramos en el Estrecho y contemplamos aquel admirable conjunto de ensenadas, farellones y playas; de montañas, bosques y agua; de pirámides de piedra y de eminencias cubiertas de nieve y vegetación ¹.

Esta región salvaje, hermosa, inhospitatoria, laberinto de canales y de cerros, da testimonio de la fuerza de voluntad de los exploradores del nuevo mundo.

La magnitud y dificultades de la empresa de Hernando de Magallanes, están señaladas en las cartas geográficas con los nombres de los lugares descubiertos por el navegante portugués: ;bahía de los Muertos, bahía del Hambre, bahía de la Desolación! Pero ni el hambre, ni la desolación, ni la muerte, detuvieron á aquel puñado de aventureros ².—El camino líquido que comunica

¹ Don Jorge Schythe ha escrito un interesante folleto, reproducido en 1855 en los *Anales de la Universidad* de Chile, que contiene la descripción geológica del territorio magallánico disputado por la República Argentina. En él se encuentran detalles muy interesantes sobre las maderas y carboneras del Estrecho.

² El poeta peruano don Nicolás Corpancho ha escrito un poema que lleva por título *Hernando de Magallanes*, consagrado á encomiar el valor de este intrépido navegante.

el Pacífico con el Atlántico, es el fruto de su inquebrantable arrogancia.

Los exploradores del Almirantazgo inglés prosiguieron la obra de los valientes descubridores, sellada por la Compañía de navegación del Pacífico con el establecimiento de una línea de vapores.

Los descendientes de los salvajes que arrojaban flechas á los compañeros de Magallanes, saludan sorprendidos desde esa comarca informe de escollos y de agua, sus espléndidos buques, mensajeros del Evangelio en las vírgenes tierras del patagón y del fueguino.

Teníamos á la vista en la parte Sur la Tierra del Fuego y en la Norte la Patagonia.

La bahía de la Desolación, tumba del vapor *Santiago*, se presentó á nuestra vista. Las áridas rocas que la rodean, tienen el aspecto adusto de la desgracia que bautizó con tan triste nombre aquel recodo de las montañas magallánicas.

En torno de esas rocas se ha llorado la patria perdida y la vida amenazada por el hambre y el indio.

A proporción que avanzábamos en el Estrecho, crecía nuestra admiración. Ora nos cobijaba una nube parduzca que se deshacía en raudales de agua; ora nos cubría un cielo brillante; ora pasaba el vapor por debajo de un grandioso arco iris, apoyado en los cerros de ambas orillas; ora tomaba la luz, al reflejarse en la nieve, el pálido tinte de los días polares; ora se llenaba el vapor de blancos copos, que el sol deshacía inmediatamente. Aquí, cerros vestidos de líquenes, dominando bosquecillos de perfumados coleguayes; allá, rocas cubiertas de rojiza arcilla. En este lugar se estrecha el canal, el vapor se aproxima á las montañas, y penetramos en la obscuridad de un claustro gigantesco. Pocas millas más adelante el canal se ensancha, se entra en una inmensa laguna de agua dormida, y aparecen todos los cerros que abarca la

mirada cubiertos de nieve más alba que el armiño. La corriente arrastra hierbas; miriadas de pájaros se calientan al sol en los islotes; lobos marinos asoman su cabeza por entre el agua espumosa de las orillas. Pasan grandes familias de aves blancas que buscan la raíz de la montaña para reposar un momento; se divisa á la distancia una canoa tripulada por indios; los pescados, sorprendidos por el ruido del vapor, se agitan debajo de las aguas: sus escamas brillan heridas por la luz. Aquí una brisa templada recuerda la primavera: más adelante una ráfaga de viento helado advierte la presencia de un eterno invierno. Por este cerro ha pasado la nieve, salpicándolo apenas: el de más adelante está ceñido por el hilo de agua congelada de una vertiente petrificada por el frío. De pronto humean todas las cumbres y un manto de niebla se extiende en el espacio. Parece que las montañas se inclinaran sobre el agua en ciertos parajes y que se alzarán en otros pidiendo al cielo luz y calor. Densas masas de nieve gravitan sobre estas eminencias, vecinas á otras recamadas de helada filigrana de plata. La

hélice, el albatros y el lobo marino perturban, al agitar el agua, el silencio imponente de aquella soledad, amortajada por las brumas de las nieves seculares.

¡Quién podría describir la belleza sublime, la majestad, la magnificencia del Estrecho de Magallanes!

¡Quién podría dar forma á las ideas que inspira aquella región inerte, olvidada, melancólica!

¡Quién podría acertar á darla otro nombre que el de cuna de la nostalgia!

Compartimos el 18 de Septiembre entre la admiración que nos produjeron el Cabo Foward, la tierra de Guillermo IV y las penínsulas de Croker y Brunswicks, y el deber, grato al corazón, de celebrar con recuerdos y brindis el aniversario de la independencia de Chile.

En las primeras horas de la noche, chilenos, peruanos, bolivianos y argentinos cantaron al piano los himnos nacionales de sus respectivos países.

La aparición de la luna puso fin á aquella expansión de los corazones.

No es posible decir nada digno de la noche del Estrecho.

La atmósfera adquiere un colorido tenuemente azulado. El firmamento, del cual se destaca la Cruz del Sur, se convierte en una gran constelación. La luz de la luna recuerda los velados reflejos de las lámparas de alabastro. Bosques, montañas y nieves forman una inmensa y fantástica decoración. ¡Aquello es un capricho del Omnipotente!

Muchas millas antes de llegar á Punta-Arenas ¹ oímos un rumor confuso que fué haciéndose cada vez más perceptible, hasta que por fin no perdíamos ninguna de sus

¹ *Punta-Arenas* es la colonia chilena establecida primero en el puerto del Hambre, y trasladada posteriormente al lugar de su nombre, en la península de Brunswicks. Dista 200 millas inglesas de la boca del Pacífico (Cabo Pilar) y 120 de la del Atlántico (Cabo de las Vírgenes). Los deportados por los tribunales y los colonos libres, se dedican en ella á la pesca de lobos y á la explotación de las maderas, carboneras y lavaderos de oro que hay en el territorio.

notas. Era el himno nacional de Chile que cantaban en coro los habitantes de aquel puerto. El efecto que él nos produjo es indescribible. El lugar, la hora, la luz de la luna, la soledad, el páramo, la nieve, le prestaban un encanto subyugador. Aquel coro parecía cantado por seres invisibles ó la repercusión del que en ese momento se entonaba en todas las ciudades chilenas. Yo me imaginaba que las sombras de los guerreros de América iban á alzarse en las cumbres de las montañas, envueltas en las blancas nieblas que las coronaban y agitando las banderas á cuyo pie cayeron combatiendo.— Nunca se habrá escuchado en teatro más grandioso, un himno coreado por los ecos de las aguas, de los bosques y de las montañas. La yerta naturaleza parecía inflamada por el fuego del patriotismo: la muda soledad austral había adquirido voz y palabra. Tal vez Dios le había gritado: *¡Lázaro, levántate!*

Apenas el cañón de proa anunció la llegada del *Araucania*, se presentó el gobernador de la colonia á practicar la visita.

La iluminación de todas las habitaciones de aquélla anunciaba el júbilo de sus moradores.

En pocos momentos se llenó la cubierta de comerciantes y cambalachistas. Los unos vendían plumas de avestruz, quillapies de huanaco y pieles de león: los otros cambiaban iguales objetos por ropas y calzado.

Aquel improvisado mercado tenía algo de curioso é interesante, porque los artículos y los mercaderes venían de regiones cuya historia pertenece al dominio de la fábula.

Entregada la correspondencia de Chile y recibida la de la colonia, el vapor volvió á ponerse en marcha.

Al día siguiente el Ilmo. Arzobispo de Chile celebró en la cámara principal del

Araucanía. Todos los pasajeros católicos asistieron á la santa ceremonia.

La tripulación, que no estaba de servicio, asistió una hora después, en el mismo lugar, á la lectura de la Biblia. En una de las mesas de la cámara colocaron un almohadón cubierto con la bandera del buque, y sobre ésta pusieron el Antiguo Testamento, que leyó en voz alta el segundo comandante del vapor.

El capitán no asistió al acto porque se hallaba en la toldilla, cumpliendo la facción que le está impuesta al comandante desde que el buque entra hasta que sale del Estrecho.

Terminada la comida subimos á cubierta.

Entre Chile y nosotros se interponía el Estrecho de Magallanes.

A nuestra izquierda se veía el Cabo de las Vírgenes.

Algunos chilenos reunidos en la popa del *Araucanía* enviaron su adiós á la patria cantando el himno nacional, que repitieron

los ecos del Atlántico y mi corazón que los escuchaba conmovido.

Cada ola que me separaba de Chile rompía en mi pecho una fibra que me ligaba al corazón de un amigo.

Comprendía la tristeza de aquéllos, porque conozco el amor de Chile.

Lo he probado como hermano y adivino su cariño paternal.

¡Que las nubes del cielo, exclamé desde el fondo de mi alma en aquel momento, lleven al mar del Sur una gota del agua regeneradora del Jordán! ¡Que ella arroje de sus ondas el espíritu de la tormenta, como arrojó de la humanidad el pecado de Adán! ¡Que estas olas mezcladas con aquéllas derramen á tus pies ¡oh Chile! las riquezas de la Europa! ¡Que ellas lleven hasta ti los votos de la gratitud del extranjero! ¡Que el sol esplendoroso preste siempre á la estrella de tu bandera su brillante resplandor!

El sol desapareció en el mar del Norte rodeado de celajes azules y rojos. La luz

se extendió sobre las aguas, como se extiende en esa hora sobre la superficie de la pampa.

Los que acabábamos de pasar por el Estrecho, como los granos de arena por el cuello que separa los vasos de la ampolla, saludamos la amplitud del Atlántico y respiramos con delicia su fresca brisa.

En aquel momento yo creía asistir á una grandiosa escena pintada por Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*.

Declinaba la tarde cuando los marineros del bajel que conducía al poeta á las playas americanas, con la cabeza descubierta, los sombreros embreados en la mano y la rodilla derecha doblada sobre el puente, entonaban el *Ave maris stella*. Entonces, dice, parecía que el Dios del infinito, hundiendo con una mano el sol en Occidente, y levantando con la otra la luna en el Oriente, se inclinaba sobre el abismo para prestar oído á la voz de su hechura.

Es el 24 de Septiembre.

Estamos en las inmediaciones del Cabo San Antonio.

Las olas, como los corazones que nacen á orillas del río cuya embocadura está cercana, se levantan altivas.

Me parece que el aire que respiro viniera del hogar.

El pulmón se dilata al aspirarlo, y los ojos buscan la tierra que anuncian las aves que juguetean con las olas.

Pronto descubriré los árboles y el humo de mi hogar.

En él me esperan el corazón del padre, el amor del hermano, un niño nacido en mi ausencia, y la esposa que acaba de recibir uno de los míos al pie de los altares.

¡Cuánto tarda en llegar el momento deseado!

¡Tengo tanto que decirles! Tengo que narrarles lo que vi y sentí en el antiguo solar de mis abuelos, en la ruina solitaria, en la montaña inmensa, en la mar tempestuosa, en la ciudad lejana en que encontré amigos, hermanos, dulces y puras afecciones.

¡Estoy orgulloso con el cariño de mis nuevos amigos; estoy orgulloso con el amor de mis nuevos hermanos!

¡Que el viento y el vapor supriman en esta noche la distancia que me separa de la tierra que me envía el perfume de sus selvas y de sus pampas, que se adelanta á darme la bienvenida, que besa mi frente con sus brisas!

Seis meses después volví á atravesar el Estrecho de Magallanes.

El 23 de Marzo de 1870 me encontraba en el Archipiélago de los Chonos, en el Océano Pacífico.

El mar sacudía al *Cordillera* cual si fuese un débil barquichuelo.

Mi espíritu enfermo y debilitado por grandes luchas, se dejó dominar por el siniestro espectáculo de la tempestad que nos amenazaba.

El pájaro del mar llamó á las siguientes páginas que escribí en la tarde de aquel día. Ellas reflejan la situación de mi alma, y reproducen el cuadro que me las inspiró.

Sobre olas hinchadas, sobre montañas de espuma, cruza la nave combatida.

Cielos sañudos la contemplan y vientos coléricos sacuden sus mástiles y sus velas.

Un ave, blanca como la espuma del mar, blanca como la nieve de las montañas, sigue la nave con vuelo fatigoso, se detiene sobre las olas que se levantan en la popa, revolotea en torno de la espiral que forman, descende hacia el abismo y torna á alzarse sobre la onda que sucede á la que baja al fondo.

¿De dónde vienes y á dónde vas? ¿qué playa abandonas ó qué playa buscas, ave viajera?

¿Eres acaso el espíritu del mar que flota en la superficie de las corrientes tempestuosas?

¿Eres el ave á quien la tormenta sorprendió en viaje y rompió el ala que te conducía hacia el nido de tus antiguos amores?

¿Eres el ave cuya ala débil no puede luchar con el viento que te lleva lejos, muy lejos, del nido de tu amor primero?

¿Eres el ave huérfana á quien la tempes-

tad deshizo el nido en las costas de las nieves eternas?

¿Eres el ave proscripta del nido por las injusticias de tu tribu, que saluda tu trabajo con graznidos, que saluda con graznidos tu partida al nacer el día, que saluda con graznidos tu regreso al declinar la tarde?

¿Eres el ave peregrina que busca en alguna playa desconocida un palmo de tierra solitaria para reposar, para olvidar, para morir?

No sé si eres anciana, no sé si eres joven, no sé si eres huérfana, no sé si eres proscripta, no sé si eres el espíritu del mar que flota sobre las corrientes tempestuosas...

No sé, ave del mar, de qué playa vienes ni á qué costa diriges tu cansado vuelo...

¡Pero sí sé que tu presencia oprime el corazón y llena de suspiros mi pecho y de lágrimas mis ojos!

Yo también he abandonado mi hogar, yo también lucho con la tempestad: las mismas nubes nos cubren, los mismos vientos nos impelen, las mismas lluvias nos azotan.

¡Si esas nubes dan paso al rayo y el rayo

me hiere; si esas olas se levantan coléricas y me sepultan en el fondo de estos abismos, detén tu vuelo sobre el casco roto de la nave náufraga; detén tu vuelo y espera á que flote mi cuerpo sobre las ondas amargas; arranca cabellos de mi cabeza, y desafiando al huracán, desanda el camino que acabas de recorrer; desanda el camino, sigue el rumbo del Plata, llega á sus riberras, acércate á mi hogar y anida con ellos en el huerto de mi padre, en la copa del árbol predilecto de mis hermanos, del árbol á cuya sombra juegan sus tiernos hijos!

.
.
Así dije con los ojos fijos en el cielo, al compás del rugido de las olas y del silbido de los vientos.

.
.
Las montañas se deprimieron, las olas se aplanaron, los cielos sonrieron, los vientos depusieron su enojo, los rayos del sol se convirtieron en iris mensajeros de la calma de los elementos.

Y el ave del mar desapareció, cual si

fuese el espíritu de la tempestad vencida, la hija temible de la tormenta, ó el alma errante de un náufrago, condenada á luchar eternamente con el mar en las horas de la borrasca, cuando el trueno retumba en la inmensidad y el rayo surca el espacio encerrado entre el Océano y el firmamento.

En los primeros días de Enero de 1871, presencié en el estrecho de Magallanes uno de los largos crepúsculos del verano. A las diez p. m. recién cayeron las sombras sobre las aguas y las montañas. Los relojes señalaban las dos de la mañana, cuando la nueva aurora las volvió á alumbrar. Tuve ocasión, como se ve, de asistir á la manifestación de ese fenómeno por el cual las noches, á causa de la posición de los lugares con relación al Ecuador, son tan cortas como hermosas en el verano, y tan largas como tenebrosas en el invierno. En una travesía de este género, la inteligencia del hombre más sencillo comprende y se explica la marcha de la tierra en la elíptica, su

posición sobre el eje en que efectúa su diaria rotación y el paralelismo de los rayos solares sobre el globo.

¡A pesar de haber presenciado las borrascas luminosas de las puestas de sol en los trópicos, de haber contemplado las caprichosas refracciones de sus rayos en la llanura, inundada por ríos desbordados, y de haber admirado en la pampa variados fenómenos de espejismo, el recuerdo de aquel día singular, de aquel día sin noche, vivirá perennemente en mi memoria, como imagen del día sin término de la inmortalidad!

ÍNDICE

	Págs.
<i>Prólogo</i>	
<i>Introducción.</i>	7
DEL PLATA A LOS ANDES.	
I.—Montevideo..	15
II.—El Paraná.—El Rosario.—El ferrocarril central argentino.—Episodio histórico.	54
III.—Córdoba..	54
IV.—Alta Gracia.	80
V.—Río Cuarto.	90
VI.—La Pampa.—Achiras.	99
VII.—San Luis.	117
VIII.—Mendoza..	138
IX.—Los Andes..	174
DEL MAR PACÍFICO AL MAR ATLÁNTICO.	
X.—Santiago de Chile.	243
XI.—La alameda de Santiago.	249
XII.—La vuelta de la Pampilla..	263
XIII.—El ferrocarril del Norte.	276
XIV.—Valparaíso.	284
XV.—Paisajes y crepúsculos..	288
XVI.—Magallanes	315

